

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 19

270. Entre estos y otros discursos, permitió el Señor que San Pablo padeciese algunas dolorosas pero dulces penas, y al fin hablando consigo mismo dijo: Anímate, hombre vil y pecador, que sin duda te admitirá y perdonará la que rogó por ti, por ser Madre verdadera del que también murió por tu remedio, y obrará como Madre de tal Hijo, que todos son misericordia y clemencia y no desprecian al corazón contrito y humillado (Sal 50, 19).—No se le ocultaban a la divina Madre los temores y discursos que pasaban en el pecho de San Pablo, porque todo lo conoció con su altísima ciencia. Entendió también que no sería posible en mucho tiempo venir el nuevo Apóstol a su presencia, y movida con maternal afecto y compasión no pudo permitir que se le dilatase tanto a San Pablo el consuelo que deseaba y, para dársele desde Jerusalén donde ella estaba, llamó a uno de sus Santos Ángeles y le dijo: Espíritu divino y ministro de mi Hijo y mi Señor, compadecida estoy del dolor y cuidado que San Pablo tiene en su humilde corazón. Yo os suplico, Ángel mío, vayáis luego a Damasco y le confortéis y consoléis en sus temores. Daréisle la enhorabuena de su dichosa suerte y le advertiréis del agradecimiento que eternamente debe a la clemencia con que mi Hijo y mi Señor le ha traído a su amistad y gracia, eligiéndole para su Apóstol, y que jamás hizo tal misericordia con algún hombre cual en él ha manifestado. Y de mi parte le diréis que en todos sus trabajos le ayudaré como Madre y le serviré como sierva que soy de todos los Apóstoles y de los ministros que predicán el santo nombre y doctrina de mi Hijo. Daréisle la bendición en mi nombre y diréis que se la envíe en nombre del que se dignó tomar carne en mis entrañas y alimentarse a mis pechos.

271. Con esta obediencia y legacía de su Reina cumplió

el Santo Ángel puntualmente, llegando con presteza a la presencia de San Pablo, que siempre continuaba su oración; porque sucedió esto otro día después de su bautismo y al cuarto de su conversión. Manifestósele el Ángel en forma humana visible con admirable luz y hermosura y le refirió todo lo que María santísima le ordenó. Oyó San Pablo esta embajada con incomparable humildad, reverencia y júbilo de su espíritu y, respondiendo al Ángel, dijo así: Ministro soberano del omnipotente y eterno Dios, yo vilísimo entre los hombres os suplico, Espíritu dulcísimo y divino, que así como conocéis mi deuda y la dignación de la infinita misericordia que en mí ha manifestado sus riquezas, le deis gracias y dignas alabanzas, porque desmereciéndolo yo me señaló con el carácter y luz divina de sus hijos. Cuando yo me alejaba más de su bondad inmensa, me siguió; cuando iba huyendo, me salió al encuentro; cuando me entregaba ciego a la muerte, me dio vida; y cuando le perseguía como enemigo, me levantó a su gracia y amistad, recompensando las mayores injurias con los mayores beneficios. Nadie se hizo tan odioso y aborrecible como yo y nadie tan liberalmente fue perdonado y favorecido. Sacóme de la boca del león, para que fuese una de las ovejas de su rebaño. Testigo sois, Señor mío, de todo, ayudadme, pues, a ser eternamente agradecido. A la Madre de misericordia y mi Señora os ruego le digáis que éste su indigno esclavo está postrado a sus pies, adorando la tierra donde pisan, y con corazón contrito le suplico perdone al que fue tan atrevido en destruir el nombre y honra de su Hijo y verdadero Dios, que olvide mi ofensa, y con este pecador blasfemo haga como madre que concibió, parió y alimentó siempre virgen al mismo Señor, que le dio ser y la eligió para esto entre todas las criaturas. Digno soy del castigo y de la venganza de tantos yerros y aparejado estoy para recibirle, pero sienta yo en ella la clemencia de sus

piadosos ojos y no me arroje de su gracia y protección. Recíbame por hijo de su Iglesia, que tanto ama, que para su aumento y defensa sacrifico mis deseos y mi sangre, y en todo obedeceré a la voluntad de la que reconozco por mi remediadora y madre de la gracia.

272. Volvió el Santo Ángel con esta respuesta a la presencia de María santísima y, aunque su sabiduría no la ignoraba, se la refirió el soberano embajador. Oyóla con especial júbilo y de nuevo dio garbos y loores al Altísimo por las obras de su divina diestra, que hacía en el nuevo Apóstol Pablo, y por el beneficio que con ellas resultaba a toda la Iglesia y a sus hijos. De la confusión y opresión que recibieron los demonios con esta maravillosa conversión de San Pablo, y otros muchos secretos que se me han manifestado de la malicia de este Dragón, hablaré lo que fuere posible en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles María santísima.

273. Hija mía, ninguno de los fieles debe ignorar que pudo el Altísimo reducir y convertir a San Pablo justificándole, sin hacer tantas maravillas como su poder infinito interpuso en esta obra milagrosa. Pero hízolas para testificar a los hombres cuán inclinada está su bondad a perdonarlos y levantarlos a su amistad y gracia, y para enseñarles también cómo deben ellos cooperar de su parte y responder a sus llamamientos con el ejemplo de este gran apóstol. A muchos despierta y llama el Señor con la fuerza de sus inspiraciones y auxilios, y muchos responden y se justifican y reciben los Sacramentos de la Santa Iglesia, pero no todos perseveran en su justificación, y menos son los que prosiguen y caminan a la perfección, antes comenzando en espíritu se resuelven y rematan según la carne. La

causa por que no perseveran en la gracia y vuelven luego a caer en sus culpas, es porque no dijeron en su conversión lo que San Pablo: *Señor, ¿qué queréis hacer de mí y que yo haga por vos (Act 9, 6)?* Y si algunos lo pronuncian con los labios, pero no es con todo el corazón, donde siempre reservan algún amor de sí mismos, de la honra, de la hacienda, del gusto, del deleite y de la ocasión del pecado, en que luego vuelven a tropezar y caer.

274. Pero el Apóstol fue un vivo y verdadero ejemplar de los convertidos a la luz de gracia, no sólo porque pasó de un extremo tan distante de culpas a otro de admirable gracia y favores, sino también porque cooperó con su voluntad a esta vocación, alejándose totalmente de su mal estado y de su mismo querer y dejándose todo en la divina voluntad y en su disposición. Y esta negación de sí mismo y rendimiento al querer de Dios contienen aquellas palabras: *Señor, ¿qué queréis hacer de mí?*, en que consistió, cuanto era de su parte, todo su remedio. Y porque las dijo con todo corazón contrito y humillado, se desposeyó de toda su voluntad y se entregó a la del Señor y determinó no tener potencias ni sentidos de allí adelante para que sirviesen a los peligros de la vida animal y sensible, en que había errado. Entregóse a la obediencia del Altísimo por cualquier medio o camino que la conociera, para ejecutarla sin dilación ni réplica, como lo cumplió luego con el mandato del Señor entrando en la ciudad y obedeciendo al discípulo Ananías en cuanto le ordenó. Y como el Altísimo, que escudriña los secretos del corazón humano, conoció la verdad con que Pablo correspondía a su vocación y se entregaba todo a la voluntad y disposición divina, no sólo le admitió con tanto beneplácito, sino multiplicó en él tantas gracias, dones y favores milagrosos, que aunque Pablo no los pudo merecer, tampoco los recibiera si no estuviera tan resignado en el querer del Señor, con que

se dispuso para recibirlos.

275. Conforme a estas verdades, quiero, hija mía, que obres con toda plenitud lo que muchas veces te he mandado y exhortado: que te niegues y alejes de todas las criaturas y olvides lo visible, aparente y engañoso. Repite muchas veces, y más con el corazón que con los labios: *Señor, ¿qué queréis hacer de mí?* Porque si quieres hacer o admitir alguna acción o movimiento por tu voluntad, no será verdad que quieres sola y en todo la voluntad del Señor. El instrumento no tiene otro movimiento ni operación más del que recibe de la mano del artífice, y si le tuviese propio podría resistirle y encontrarse con la voluntad de quien le gobierna. Pues lo mismo sucede entre Dios y el alma; que si ella tiene algún querer, sin aguardar que Dios la mueva, se encuentra con el beneplácito del mismo Señor y, como la guarda los fueros de su libertad que la dio, déjala errar, porque ella lo quiere y no aguarda a ser gobernada de su artífice.

276. Y porque no conviene que todas las operaciones de las criaturas en la vida mortal sean milagrosamente gobernadas por el poder divino, para que no aleguen ni se llamen a engaño los hombres les puso Dios la ley en su corazón y luego en su Santa Iglesia, para que por ella conozcan la voluntad divina y se regulen por ella y la cumplan. A más de esto puso en su Iglesia a los superiores y ministros, para que, oyéndolos y obedeciéndolos como al mismo Señor que los asiste, fuese obedecido en ellos y las almas tuviesen esta seguridad. Todo esto tienes tú, carísima, con grande abundancia, para que ni admitas movimiento, ni discurso, ni deseo, ni pensamiento alguno, ni ejecutes tu voluntad en ninguna acción, sin voluntad y obediencia de quien tiene a su cargo tu alma, porque a él te envía el Señor, como a Pablo envió a su discípulo Ananías. Pero sobre

esto, aún es más estrecha tu obligación, porque el Altísimo te miró con especial amor y gracia y te quiere como instrumento en su mano y te asiste, gobierna y mueve por sí mismo, por mí y por sus Santos Ángeles, y esto hace con la fidelidad, atención y continuación que tú conoces. Considera, pues, cuánta razón será que tú mueras a todo tu querer, y en ti resucite el querer divino, y que él sólo sea en ti el que dé alma y vida a todos tus movimientos y operaciones. Ataja, pues, todos tus discursos y advierte que si en tu entendimiento resumieras la sabiduría de los más doctos y el consejo de los más prudentes y toda la inteligencia de los ángeles por su naturaleza, con todo esto no acertarás a ejecutar la voluntad del Señor, ni a conocerla con suma distancia, cuanto acertarás si te resignas y dejas toda a su beneplácito. El solo conoce lo que te conviene y con amor eterno lo quiere y eligió tus caminos y te gobierna en ellos. Déjate llevar y guiar de su divina luz, sin gastar tiempo en discurrir sobre lo que has de hacer, porque en eso está el peligro de errar y en mi doctrina toda tu seguridad y acierto. Escríbela en tu corazón y óbrala con todas tus fuerzas, para que merezcas mi intercesión y que por ella el Altísimo te lleve a sí.

CAPITULO 15

Declárase la oculta guerra que hacen los demonios a las almas, el modo cómo él Señor las defiende por sus Ángeles, por María santísima y por sí mismo, y un conciliábulo que hicieron los enemigos después de la conversión de San Pablo contra la misma Reina y la Iglesia.

277. Por la abundante doctrina de las Sagradas Escrituras, y después por las de los doctores santos y maestros, está informada toda la Iglesia católica y avisados sus hijos de la malicia y crueldad vigilantísima

con que los persigue el infierno, desvelándose con su astucia para llevarlos a todos, si le fuera permitido, a los tormentos eternos. Y también de las mismas Escrituras sabemos cómo nos defiende el poder infinito del Señor, para que, si queremos valernos de su invencible favor y protección, caminemos seguros hasta conseguir la felicidad eterna, que nos tiene preparada por los merecimientos de Cristo nuestro Salvador, si nosotros juntamente la merecemos. Para asegurarnos en esta confianza, y consolarnos con esta seguridad, dice San Pablo (Rom 15, 4)) que se escribieron todas las Escrituras Santas y para que no fuese vana nuestra esperanza si la tenemos sin obras. Por esto el Apóstol San Pedro juntó lo uno y lo otro, pues habiéndonos dicho que arrojemos toda nuestra solicitud en el Señor, que tenía cuidado de nosotros, añadió luego: *Sed sobrios y vigilantes, porque vuestro adversario el diablo como rugiente león os rodea, buscando en quién hacer presa para devorarle (1 Pe 5, 8).*

278. Estos avisos y otros de la Sagrada Escritura son en común y en general. Y aunque de ellos y de la continuada experiencia pudieron los hombres, hijos de la Iglesia, descender al particular y prudente juicio de las asechanzas y persecución que a todos hacen los demonios para nuestra perdición, pero como los hombres terrenos y animales, acostumbrados a sólo aquello que perciben por los sentidos, no levantan el pensamiento a cosas más altas (1 Cor 2, 14), viven con falsa seguridad, ignorando la inhumana y oculta crueldad con que los demonios les solicitan su perdición y la consiguen. Ignoran también la protección divina con que son defendidos y amparados y, como ignorantes y ciegos, ni agradecen este beneficio ni temen aquel peligro. ¡Ay de la tierra —dijo San Juan en el Apocalipsis (Ap 12, 12)— porque bajó a vosotros Satanás con grande indignación de su ira! Esta dolorosa voz oyó el Evangelista en el cielo,

donde si pudiera haber dolor, le tuvieran los santos de la oculta guerra que tan poderoso, indignado y mortal enemigo venía a hacer a los hombres. Pero aunque los santos no pueden tener dolor de este peligro, sin dolor se compadecen de nosotros, y nosotros, con un olvido y letargo formidable, ni tenemos dolor ni compasión de nosotros mismos. Para despertar de este sueño a los que leyeren esta Historia, he entendido que en todo el discurso de ella se me ha dado luz de los ocultos consejos del maldad que han tenido y tienen los demonios contra los misterios de Cristo, contra la Iglesia y sus hijos, como lo dejo escrito en muchas partes, declarando algunos secretos ocultos a los hombres de la guerra invisible que nos hacen los espíritus malignos para traernos a su voluntad. Pero en este lugar, con ocasión de lo que sucedió en la conversión de San Pablo, me ha declarado más el Señor esta verdad, para que la escriba y se conozca la continua lucha y altercación que tienen nuestros Santos Ángeles con los demonios, sobre defender las almas, y el modo con que los vence el poder divino, o por medio de los mismos Ángeles, o por María santísima, o por Cristo nuestro Señor, o por sí mismo el Todopoderoso.

279. De las altercaciones y contiendas que tienen los Santos Ángeles con los demonios para defendernos de su envidia y malicia, hay claros testimonios en la Sagrada Escritura, que para mi intento basta suponerlos sin referirlos. Notorio es lo que el Santo Apóstol Judas Tadeo dice en su canónica (Jds 1, 9): que San Miguel altercó con el diablo sobre que este enemigo pretendía manifestar el cuerpo del Santo Profeta y Legislador Moisés, que el Santo Arcángel había sepultado por mandado del Señor en lugar oculto a los judíos. Y Lucifer pretendía que se declarase, por inducir al pueblo a que adorándole con sacrificios pervirtiese el culto de la ley en idolatría, y San Miguel lo defendía, que no se

manifestase el sepulcro. Esta enemistad de Lucifer y sus demonios con los hombres es tan antigua, cuanta lo es la inobediencia de este Dragón, y tan llena de furor y crueldad, cuanto él estuvo y está soberbio contra Dios, después que en el cielo conoció que el Verbo eterno quería tomar carne humana y nacer de aquella mujer que vio vestida del sol, de que se dijo algo en la primera parte (Cf. supra p. I n. 90-91). De reprobado estos consejos de la eterna sabiduría y no sujetar su cerviz este soberbio ángel, le nació el odio que tiene contra Dios y contra sus criaturas, y como no puede ejecutarla en el Señor, ejecútala en las hechuras de su mano. Y como el demonio por su naturaleza de ángel aprende con inmovilidad, para no retroceder de lo que una vez determinó su voluntad, por esto, aunque muda el ingenio en arbitrar medios, no muda el afecto de perseguir a los hombres, antes ha crecido y crece más en él este odio [accidentalmente] con los favores que Dios hace a los justos y santos de su Iglesia y con las victorias que de él alcanza la semilla de aquella mujer su enemiga, con quien la amenazó Dios que él la acecharía pero ella le quebrantaría la cabeza.

280. Pero como este enemigo es espíritu intelectual y que no se fatiga ni se cansa en obrar, madruga tanto a perseguirnos, que comienza la batería desde el mismo instante que comenzamos a tener el ser que tenemos en el vientre de nuestras madres, y no se acaba este conflicto y duelo hasta que el alma se despide del cuerpo, verificándose lo que dijo el Santo Job (Job 7, 1): que la vida del hombre es milicia sobre la tierra. Y no sólo consiste esta batalla en que somos concebidos en pecado original y de allí salimos con el *fomes peccati* y pasiones desordenadas que nos inclinan al mal, más, fuera de esta guerra y contradicción que siempre llevamos con nosotros en la propia naturaleza, nos combate con mayor indignación el demonio, valiéndose

de toda su astucia y malicia y del poder que se le permite, y luego de nuestros propios sentidos, potencias e inclinaciones y pasiones. Y sobre todo esto, procura valerse de otras causas naturales para que por su medio nos ataje el remedio de la salvación eterna con la vida y, si esto no puede, para pervertirnos y derribarnos de la gracia. Y ningún daño ni ofensa de cuantos alcanza con su entendimiento que nos puede hacer, ninguno deja de intentarlo desde el punto de nuestra concepción hasta el último de la vida, que también dura nuestra defensa.

281. Esto pasa de esta manera, particularmente entre los hijos de la Iglesia. Luego que conoce el demonio que hay alguna generación natural del cuerpo humano, observa lo primero la intención de sus padres y si están en pecado o en gracia, si excedieron o no en el uso de la generación. Luego la complexión de humores que tienen, porque de ordinario la participan los cuerpos engendrados, atienden asimismo a las causas naturales, no sólo a las particulares sino también a las generales que concurren a la generación y organización de los cuerpos humanos. Y de todo esto, con las experiencias largas que tienen, rastrean cuanto pueden la complexión o inclinaciones que tendrá el que es engendrado y desde entonces suelen echar grandes pronósticos para adelante. Y si le hace bueno, procuran cuanto pueden impedir el nacimiento ofreciendo peligros o tentaciones a las madres para que aborten. Es grande la rabiosa indignación de estos dragones, para que no salga a la luz la criatura, ni llegue a recibir el bautismo si nace donde luego se le pueden dar. Para esto inducen a las madres con sugerencias y tentaciones, que las obliguen a hacer muchos desórdenes y excesos, con que muevan la criatura antes de tiempo o muera en el vientre; porque entre los católicos o herejes que usan del bautismo se contentarían los demonios con impedirselo, para que no se justifiquen y vayan al limbo donde no han de ver a

Dios; aunque entre los paganos e idólatras no ponen tanto cuidado, porque allí la condenación es más probable...

282. Contra esta malignidad del Dragón tiene prevenida el Altísimo la protección de su defensa por varios modos. El común es, el de su general y grande Providencia con que gobierna las causas naturales, para que tengan sus efectos en sus tiempos oportunos, sin que la potencia de los demonios las puedan impedir y pervertir en ellos; porque para esto les tiene limitado el poder con que trasegaran el mundo si lo dejara el Señor a la disposición de su implacable malicia. Pero no lo permite la bondad del Criador, ni quiere entregar sus obras ni el gobierno de las cosas inferiores, y menos el de los hombres, a sus enemigos jurados y mortales, que sólo sirven en el universo como verdugos viles en la república bien concertada, y aun en esto no obran más de lo que se les manda y permite. Y si los hombres depravados no diesen mano a estos enemigos, admitiendo sus engaños y cometiendo culpas que merecen castigo, toda la naturaleza guardaría su orden en los efectos propios de las causas comunes y particulares, y no sucederían tantas desgracias y daños entre los fieles, como suceden en los frutos de la tierra, en las enfermedades, en las muertes improvisas y en tantos maleficios como el demonio ha inventado. Todo esto, y otros malos sucesos en los partos de las criaturas, viciados por desórdenes y pecados, y dar mano al demonio, y merecer nosotros que por su malicia seamos castigados, pues nos entregamos a ella.

283. A más de esta general providencia entra la particular protección de los Ángeles Santos, a quien, como dice Santo Rey David (Sal 90, 12), les mandó el Altísimo que nos trajesen en sus palmas, para no tropezar en los lazos de Satanás; y en otra parte dice (Sal 33, 8) que enviará su Ángel, que con su defensa nos rodeará y

librará de los peligros. Esta defensa comienza también, como la persecución, desde el vientre donde recibimos el ser humano, y persevera hasta presentar nuestras almas en el juicio y tribunal de Dios, según el estado y suerte que cada uno hubiere merecido. Al punto que la criatura es concebida en el vientre, manda el Señor a los Ángeles que guarden a ella y a su madre, y señala un particular Ángel por su custodio. Pero desde la generación tienen los Ángeles grandes altercaciones con los demonios, para defender a las criaturas que reciben debajo de su protección. Los demonios alegan que tienen jurisdicción sobre ella, por estar concebida en pecado y ser hija de maldición, indigna de la gracia y favor divino y esclava de los mismos demonios. El Ángel la defiende con que viene concebida por el orden de las causas naturales, sobre las cuales no tiene autoridad el infierno, y que si tiene pecado original le contrae por la misma naturaleza y fue culpa de sus primeros padres y no de su particular voluntad y, que no obstante el pecado, la cría Dios para que le conozca, alabe y sirva y para que en virtud de su pasión y méritos pueda merecer la gloria, y que estos fines no se han de impedir por sola la voluntad del demonio.

284. Alegan también estos enemigos que los padres de la criatura en su generación no tuvieron la intención recta ni el fin que debían tener y que excedieron y pecaron en el uso de la generación. Este derecho es el más fuerte que puede tener el enemigo contra las criaturas en el vientre, porque sin duda los pecados les desmerecen mucho la protección divina, o que se impida la generación. Pero aunque esto sucede muchas veces, y algunas perecen las criaturas concebidas sin salir a luz, comúnmente las guardan los Ángeles. Y si son hijos legítimos, alegan que sus padres han recibido el sacramento y bendiciones de la Iglesia y, si tienen, algunas virtudes de limosneros, piadosos y otras

devociones o buenas obras. Todo lo alegan los Ángeles y se valen de ellas como de armas contra los demonios, para defender a sus encomendados. En los que no son hijos legítimos es mayor la contienda, porque tiene más jurisdicción el enemigo en la generación en que Dios es tan ofendido, y de justicia merecían los padres riguroso castigo; y así en defender y conservar los hijos ilegítimos manifiesta Dios mucho más su liberal misericordia. Y los Santos Ángeles la alegan para esto y que son efectos naturales, como arriba dije (Cf. supra n. 283). Y cuando los padres no tienen méritos propios ni virtudes, sino culpas y vicios, entonces también los Ángeles alegan en favor de la criatura los merecimientos que hallan en sus pasados, abuelos o hermanos, y las oraciones de sus amigos y encomendados, y que el niño no tiene culpa porque sus padres sean pecadores o hayan excedido en la generación. Alegan también que aquellos niños con la vida pueden llegar a grandes virtudes y santidad, y que no tiene derecho el demonio para impedir el que tienen los niños para llegar a conocer y amar a su Criador. Y algunas veces les manifiesta Dios, que son los niños escogidos para alguna obra grande del servicio de la Iglesia, y entonces la defensa de los Ángeles es muy vigilante y poderosa, pero también los demonios acrecientan su furor y persecución, por lo que conjeturan del mismo cuidado de los Ángeles.

285. Todas estas altercaciones, y las que diremos, son espirituales, como lo son los Ángeles y los demonios con quienes las tienen y también son espirituales las armas con que pelean así los ángeles como el mismo Señor. Pero las más ofensivas armas contra los espíritus malignos son las verdades divinas de los misterios de la divinidad y Trinidad beatísima, de Cristo nuestro Salvador, de la unión hipostática y de la Redención y del amor inmenso con que nos ama en cuanto Dios y en cuanto hombre procurando nuestra salvación eterna;

luego la santidad y *pureza* de María santísima, sus misterios y merecimientos. De todos estos sacramentos les dan nuevas especies a los demonios, para que los entiendan y atiendan a ellos, y para esto los compelen los Santos Ángeles o el mismo Dios. Y entonces sucede, como dice Santiago (Sant 2, 19), que los demonios creen y tiemblan, porque estas verdades los aterran y atormentan de manera, que por no atender tanto se arrojan al profundo y suelen pedir que les quite Dios aquellas especies que reciben, como de la unión hispostática, porque los atormentan más que el fuego que padecen, por el aborrecimiento que tienen con los misterios de Cristo. Y por esto repiten los Ángeles muchas veces en estas batallas: ¿Quién como Dios? ¿Quién como Cristo Jesús, Dios y hombre verdadero, que murió por el linaje humano? ¿Quién como María santísima nuestra Reina, que fue exenta de todo pecado y dio carne y forma humana al Verbo eterno en sus entrañas, siendo Virgen y permaneciendo siempre Virgen?

286. Continúase la persecución de los demonios y la defensa de los Ángeles en naciendo la criatura. Y aquí es donde se señala más el odio mortal de esta serpiente con los niños que pueden recibir agua del bautismo, porque trabaja mucho por impedirselo por todos caminos cuanto puede; y donde también la inocencia del infante clama al Señor lo que dijo Ezequías: Responde, Señor, por mí, que padezco fuerza (Is 38, 14), porque en nombre del niño parece lo hacen los ángeles: guárdanlos en aquella edad con grande cuidado, porque ya están fuera de las madres y por sí no se pueden valer, ni el desvelo de quien los cría puede prevenir tantos peligros como aquella edad tiene. Pero esto suplen muchas veces los Santos Ángeles, porque los defienden cuando están durmiendo y solos en otras ocasiones, donde perecerían muchos niños, si no fueran defendidos de sus Ángeles. Los que llegamos a recibir el sagrado bautismo y confirmación, tenemos en

estos sacramentos poderosa defensa contra el infierno, por el carácter con que somos señalados por hijos de la Iglesia, por la justificación con que somos reengendrados por hijos de Dios y herederos de su gloria, por las virtudes fe, esperanza y caridad y otras con que quedamos adornados y fortalecidos para bien obrar, por la participación de los demás sacramentos y sufragios de la Iglesia, donde se nos aplican los méritos de Cristo y de sus Santos, y otros grandes beneficios que todos los fieles confesamos; y si nos valiéramos de ellos, venciéramos al demonio con estas armas y no tuviera parte en ninguno de los hijos de la Santa Iglesia.

287. Pero ¡ay dolor, que son muy contados aquellos que, en llegando al uso de la razón, no pierden luego la gracia del bautismo y se hacen del bando del demonio contra su Dios! Aquí parece que fuera justicia desampararnos y negarnos la protección de su providencia y de sus Santos Ángeles. Pero no lo hace así, porque antes, cuando la comenzamos a desmerecer, entonces la adelanta con mayor clemencia, para manifestar en nosotros la riqueza de su infinita bondad. No se puede explicar con palabras cuál y cuánta sea la malicia, la astucia y diligencia del demonio para inducir a los hombres y derribarlos en algún pecado, al punto que llegan a entrar en los años y en el uso de la razón. Para esto toman la corrida de lejos, procurando que en los años de la infancia se acostumbren a muchas acciones viciosas; que oigan y vean otras semejantes en sus padres, en quien los cría y en las compañías de otros más viciosos y de mayor edad; que los padres se descuiden en aquellos tiernos años de sus hijos en prevenir este daño, porque entonces, como en cera blanda y en tabla rasa, se imprime en los niños todo lo que perciben por el sentido y allí mueve el demonio sus inclinaciones y pasiones, y comúnmente los hombres obran por ellas, si no son gobernados con especial auxilio. Y de aquí resulta que, llegando los

mozos al uso de la razón, siguen las inclinaciones y pasiones en lo sensible y deleitable, de cuyas especies tienen llena la imaginación o fantasía. Y con hacerlos caer en algún pecado, toma luego el demonio posesión en sus almas y adquiere nuevo derecho y jurisdicción sobre ellos para traerlos a otros pecados, como de ordinario por desdicha de tantos sucede.

288. No es menor la diligencia y cuidado de los Santos Ángeles en prevenir este daño y defendernos del demonio. Para esto dan muchas inspiraciones santas a sus padres, que cuiden de la crianza de sus hijos, que los catequicen en la ley de Dios, que los impongan en obras cristianas y en algunas devociones y se vayan retirando de todo lo malo y ensayándose en las virtudes. Las mismas inspiraciones envían a los niños, más o menos como van creciendo, o según la luz que les da el Señor de lo que quiere obrar en las almas. Sobre esta defensa tienen grandes altercaciones con los demonios, porque estos malignos espíritus alegan todos cuantos pecados hay en los padres contra los hijos y las acciones desconcertadas que los mismos niños cometen, porque si bien no son culpables, pero el demonio dice que todas son obras suyas y que tiene derecho para continuarlas en aquella alma. Y si ella con el uso de la razón comienza a pecar, es fuerte la resistencia que hacen para que los Ángeles Santos no las retiren del pecado. Y para esto alegan los mismos ángeles las virtudes de sus padres y pasados y las mismas acciones buenas de los niños. Y aunque no sea más de haber pronunciado el nombre de Jesús o de María, cuando se lo enseñan a nombrar, alegan esta obra para defenderle con ella, por haber comenzado a honrar el nombre santo del Señor y de su Madre, y si tienen otras devociones y saben las oraciones cristianas y las dicen. De todo esto se valen los ángeles como de propias armas del hombre para defenderle del demonio, porque con cualquiera obra buena le quitamos

algo del derecho que adquirió contra nosotros por el pecado original y más por los actuales.

289. Entrado ya el hombre en el uso de la razón, viene a ser más contencioso el duelo y la batalla entre los ángeles y los demonios, porque desde el punto que cometemos algún pecado, pone esta serpiente extremada solicitud en que perdamos la vida antes que hagamos penitencia y nos condenemos. Y para que caigamos en otros nuevos delitos, llena de lazos y peligros todos los caminos que hay en todos los estados, sin exceptuar alguno, aunque no en todos pone unos mismos peligros. Pero si los hombres conocieran este secreto como en hecho de verdad sucede y vieran las redes y tropiezos que por culpa de los mismos hombres ha puesto el demonio, anduvieran todos temblando y muchos mudaran de su estado o no le tomaran y otros dejaran los puestos, los oficios, las dignidades que apetecen. Pero con ignorar su propio riesgo viven mal seguros, porque no saben entender ni creer más de aquello que perciben por los sentidos, y así no temen los enredos ni fóveas que les prepara el demonio para su infeliz ruina. Por esto son tantos los necios y pocos los cuerdos sabios verdaderos, son muchos los llamados y pocos los escogidos, los viciosos y pecadores son sin número y muy contados los virtuosos y perfectos. Al paso que se multiplican los pecados de cada uno, va cobrando el demonio actos positivos de posesión en el alma, y si no le puede quitar la vida al que tiene por esclavo procura a lo menos tratarle como a vil siervo, alegando que cada día es más suyo y que él mismo lo quiere ser y que no hay justicia para quitársele ni para darle auxilios, pues él no los admite, ni para aplicarle los méritos de Cristo, pues él los desprecia, ni la intercesión de los Santos, pues él los olvida.

290. Con estos y otros títulos, que no es posible referir

aquí, pretende el demonio atajar el tiempo de la penitencia a los que tiene por suyos. Y si esto no lo consigue, pretende impedirles los caminos por donde pueden llegar a justificarse, y son muchas las almas en quien lo consigue. Mas a ninguna le falta la protección divina y la defensa de los Santos Ángeles, que nos libran infinitas veces del peligro de la muerte y esto es tan cierto, que apenas hay alguno que no lo haya podido conocer en el discurso de su vida. Enviánnos continuas inspiraciones y llamamientos, mueven todas las causas y medios que conviene para avisarnos y despertarnos. Y lo que más es, nos defienden del furor y saña de los demonios y alegan contra ellos para nuestra defensa todo cuanto el entendimiento de un ángel y bienaventurado puede alcanzar y todo aquello a que su ardentísima Caridad y su poder se extiende. Y todo esto es necesario muchas veces con algunas y con muchas almas que se han entregado a la jurisdicción del demonio, y sólo para esta temeridad usan de su libertad y potencias. No hablo de **los paganos, idólatras y herejes**, que si bien los defienden los ángeles custodios y les dan buenas inspiraciones y mueven tal vez para que hagan algunas buenas obras morales, y después las alegan en su defensa, pero comúnmente lo más que con ellos hacen es defenderles la vida, para que tenga Dios más justificada su causa, habiéndoles dado tanto tiempo para convertirse [Dios da a todos gracia suficiente y quiere que todos se salven, pero el hombre tiene libre albedrío]. Y también los Ángeles trabajan porque no hagan tantas culpas como los demonios pretenden, porque la caridad de los Santos Ángeles se extiende a lo menos a que no merezcan tantas penas, como la malicia del demonio a procurárseles mayores.

291. En el Cuerpo Místico de la Iglesia son las mayores porfías entre los Ángeles y demonios, según los diferentes estados de las almas. A todos comúnmente los

defienden, como con armas comunes con que recibieron el sagrado bautismo, con el carácter, con la gracia, con las virtudes, buenas obras y merecimientos, si algunos han tenido; con las devociones de los santos, con las oraciones de los justos que ruegan por ellos y con cualquier buen movimiento que tienen en toda su vida. Esta defensa en los justos es poderosísima, porque como están en gracia y amistad de Dios tienen los Ángeles mayor derecho contra los demonios, y así los alejan y les muestran las almas justas y santas como formidables para el infierno; y sólo por este privilegio se debía estimar la gracia sobre todo lo criado. Otras almas hay tibias, imperfectas y que caen en pecado y a tiempos se levantan; contra éstas alegan más derecho los demonios para usar con ellas de su crueldad, pero los Santos Ángeles las defienden y trabajan mucho para que *la caña quebrantada* —como dice Isaías (Is 42, 3)— *no se acabe de romper, y la estopa que humea no se acabe de extinguir.*

292. Hay otras almas tan infelices y depravadas, que en toda su vida no han hecho una obra buena meritoria después que perdieron la gracia del bautismo [los pecadores en estado de pecado mortal pueden hacer obras naturalmente buenas, pero estas obras para ellos no son meritorias para la vida eterna ya que son obras muertas] o, si alguna vez se han levantado del pecado, vuelven a él tan de asiento, que parece han rematado cuentas con Dios y viven y obran como sin esperanza de otra vida ni temor del infierno, ni reparo en algún pecado. En estas almas no hay acción vital de gracia, ni movimiento de verdadera virtud, ni los Ángeles Santos tienen de parte del alma que alegar en su defensa cosa buena ni eficaz. Los demonios claman: Esta, a lo menos, nuestra es de todas maneras y a nuestro imperio está sujeta y no tiene la gracia parte en ella. Y para esto representan los demonios a los Ángeles, todos los

pecados, maldades y vicios de aquella alma que a tan mal dueño como éste sirve de su voluntad. Aquí es increíble e indecible lo que pasa entre los demonios y los Ángeles, porque los enemigos resisten con sumo furor, para que no se le den inspiraciones y auxilios. Y como en esto no pueden resistir al divino poder, ponen a lo menos grande esfuerzo para que no las admitan ni atiendan a la vocación del cielo. Y en tales almas sucede de ordinario una cosa muy notable, que cuantas veces las envía Dios por sí, o por medio de sus Ángeles, alguna inspiración santa o movimiento, tantas es necesario ahuyentar a los demonios y alejarlos de aquella alma para que atiendan y para que estas aves de rapiña no vengan luego y destruyan aquella santa semilla. Esta defensa hacen los Ángeles de ordinario con aquellas palabras que arriba dije (Cf. supra n. 285): ¿Quién como Dios que habita en las alturas? ¿Quién como Cristo que está a la diestra del Eterno Padre? Y, ¿quién como María santísima?—Y otras semejantes de que huyen los dragones infernales, y tal vez caen al profundo, aunque después, como no se les acaba la ira, vuelven a su contienda.

293. Procuran también los enemigos con todo su conato que los hombres multipliquen los pecados, para que se llene luego el número de sus iniquidades y se les ataje el tiempo de la penitencia y de la vida y los lleven a sus tormentos. Pero los Santos Ángeles, que se gozan de la conversión del pecador (Lc 15, 10), ya que no puedan conseguirla, trabajan mucho con los hijos de la Iglesia en detenerlos cuanto pueden, excusándoles infinitas ocasiones de pecar y que en ellas se detengan o pequen menos. Y cuando con todas estas diligencias, y otras que no saben los mortales, no pueden reducir a tantas almas como conocen en pecado, válense de la intercesión de María santísima y la piden se interponga por medianera con el Señor y que tome la mano en confundir a los demonios. Y para que por algún modo obliguen los

pecadores a su clementísima piedad, solicitan los Ángeles con sus almas que tengan alguna especial devoción con esta gran Señora y que le hagan algún servicio que ofrecerle. Y aunque es verdad que todas las obras buenas hechas en pecado son muertas y como armas flaquísimas contra el demonio, pero siempre tienen alguna congruencia, aunque remota, por la honestidad de sus objetos y buenos fines, y con ellas está menos indispuerto el pecador que sin ellas. Y sobre todo, estas obras presentadas por los Ángeles, y más por María santísima, tienen no sé qué vida o semejanza de ella en la presencia del Señor, que las mira diferentemente que en el pecador, y aunque no se obliga por ellas hácelo por quien lo pide.

294. Por este camino salen infinitas almas del pecado y de las uñas del Dragón, interponiéndose María santísima, cuando no basta la defensa de los Ángeles, porque son sin número las almas que llegan a tan formidable estado, que necesitan de brazo poderoso como el de esta gran Reina. Por esto los demonios son tan atormentados de su propio furor, cuando conocen que algún pecador llama o se acuerda de esta gran Señora, porque ya saben la piedad con que los admite, y que en tomando ella la mano hace suya la causa y no les queda esperanza ni aliento para resistirla, antes se dan luego por vencidos y rendidos. Y sucede muchas veces, cuando Dios quiere hacer alguna particular conversión, que la misma Reina manda con imperio a los demonios que se alejen de aquella alma y vayan al profundo, como siempre que ella se lo manda sucede. Otras veces, sin mandarles con imperio la misma Señora, les pone Dios especies de sus misterios y del poder y santidad que en ella se encierran, y con estas nuevas noticias huyen y son aterrados y vencidos y dejan a las almas que respondan y cooperen con la gracia que la misma Señora les alcanza de su Hijo santísimo.

295. Mas con ser tan poderosa la intercesión de esta gran Reina y su imperio tan formidable para los demonios, y aunque ningún favor hace el Altísimo a la Iglesia y a las almas en que no intervenga María santísima, con todo eso, en muchas ocasiones pelea por nosotros la humanidad del mismo Verbo encarnado y nos defiende de Lucifer y sus secuaces, declarándose con su Madre en nuestro favor y aniquilando y venciendo a los demonios. Tanto y tal es el amor que tiene a los hombres y lo que solicita su salvación eterna. Y sucede esto, no solamente cuando las almas se justifican por medio de los sacramentos, porque entonces sienten los enemigos contra sí la virtud de Cristo y sus merecimientos más inmediatamente; pero en otras conversiones maravillosas les da especies particulares a estos malignos con que los aterra y confunde, representándoles alguno o muchos misterios suyos, como arriba dije (Cf. supra n. 285). Y a este modo fue la conversión de San Pablo, de Santa María Magdalena y de otros santos; o cuando es necesario defender a la Iglesia, o a algún reino católico, de las traiciones y maldades que contra ellos fabrica el infierno para destruirlos. Y en semejantes sucesos no sólo la humanidad santísima, pero la divinidad infinita, con la potencia que se le atribuye al Padre Eterno, se declara inmediatamente contra todos los demonios por el modo dicho, dándoles nuevo conocimiento y especies de los misterios y omnipotencia con que los quiere oprimir, vencer y despojar de la presa que han hecho o intentan hacer.

296. Y cuando el Altísimo interpone estos medios tan poderosos contra el dragón infernal, queda todo aquel reino de confusión aterrado y acobardado en el profundo para muchos días, dando lamentables aullidos, y no se pueden mover de aquel lugar hasta que el mismo Señor les da permiso para salir al mundo. Pero cuando

conocen que le tienen, vuelven a perseguir las almas con su antigua indignación. Y aunque parece que no se ajusta con la soberbia y arrogancia volver a porfiar contra quien los ha derribado y vencido, con todo eso la envidia que tienen de que los hombres puedan llegar a gozar de Dios y la indignación con que desean impedirselo prevalecen en estos demonios, para no desistir en perseguirnos hasta el fin de la vida. Pero si los pecados de los hombres no hubieran desobligado tan desmedidamente a la misericordia divina, he entendido que usara Dios muchas veces del poder infinito para defender a muchas almas, aunque fuera con modo milagroso. Y en particular hiciera estas demostraciones en defensa del Cuerpo Místico de la Iglesia y de algunos Reinos Católicos, desvaneciendo los consejos del infierno con que procura destruir la cristiandad, como en estos infelices siglos lo vemos a nuestros ojos; y no merecemos que nos defienda el poder divino, porque todos comúnmente irritamos su justicia y el mundo se ha confederado con el infierno, en cuyo poder le deja Dios que se entregue, porque tan ciega y contenciosamente porfían los hombres en hacer este desatino.

297. En la conversión de San Pablo se manifestó esta protección del Altísimo que hemos visto; porque le segregó —como él dice (Gal 1, 15)— desde el vientre de su madre, señalándole por su Apóstol y vaso de elección en la mente divina. Y aunque el discurso de su vida hasta la persecución de la Iglesia fue con variedad de sucesos en que se deslumbre el demonio, como le sucede con muchas almas, pero desde su concepción le observó y tanteó el natural y el cuidado con que los Ángeles le defendían y guardaban. De aquí le creció el odio al Dragón, para desearle acabar con los primeros años. Y como no pudo conseguirlo, procuró conservarle la vida, cuando le vio perseguidor de la Iglesia, como arriba dije (Cf. supra n. 253). Y como para retraerle y revocarle de

este engaño, a que tan de corazón se había entregado a los demonios, no fueron poderosos los Ángeles, entró la poderosa Reina tomando la causa por suya, y por ella interpuso su virtud divina el mismo Cristo y el Eterno Padre, y con brazo poderoso le sacó de las uñas del Dragón, y a él le confundió con todos sus demonios hasta el profundo, a donde fueron arrojados en un momento con la presencia de Cristo todos cuantos iban acompañando y provocando a Saulo en el camino de Damasco.

298. Sintieron en esta ocasión Lucifer y sus demonios el azote de la omnipotencia divina y como aterrados y amedrentados de ella estuvieron algunos días apegados a los profundos de las cavernas infernales. Mas al punto que les quitó el Señor aquellas especies que les había dado para confundirlos, volvieron a respirar en su indignación. Y el Dragón grande convocó a los demás y les habló de esta manera: ¿Cómo es posible que yo tenga sosiego a vista de tan repetidos agravios que cada día recibo de este Verbo humanado y de aquella Mujer que le engendró y parió hecho hombre? ¿Dónde está mi fortaleza? ¿Dónde mi potencia y mi furor y los grandes triunfos con que con él he ganado de los hombres, después que sin razón me arrojó Dios de los cielos a este profundo? Parece, amigos míos, que el Omnipotente quiere cerrar las puertas de estos infiernos y hacer patentes las del cielo, con que nuestro imperio quedará destruido y se desvanecerán mis pensamientos y deseos de traer a estos tormentos a todo el resto de los hombres. Si Dios hace por ellos tales obras sobre haberlos redimido con su muerte, si tanto amor les manifiesta, si con tan poderoso brazo y maravillas los granjea y los reduce a su amistad, aunque tengan ánimos de fieras y corazones diamantinos se dejarán vencer de tanto amor y beneficios. Todos le amarán y seguirán, y si no, son más rebeldes y obstinados que nosotros. ¿Qué alma será tan insensible que no la obligue a ser agradecida a este

Dios-Hombre que con tal caricia solicita su misma gloria? Saulo era nuestro amigo, instrumento de mis intentos, sujeto a mi voluntad e imperio, enemigo del Crucificado y le tenía yo destinado para darle crudelísimos tormentos en este infierno. Y en medio de todo esto impensadamente me lo quitó de las manos y con brazo poderoso y fuerte levantó a un hombrecillo terreno a tan subida gracia y beneficios, que nosotros con ser sus enemigos quedamos admirados. ¿Qué obras hizo Saulo para granjear tan alta dicha? ¿No estaba en mi servicio ejecutando mis mandatos y desobligando al mismo Dios? Pues si con él ha sido tan liberal, ¿qué hará con otros menos pecadores? Y cuando no los llame y convierta a sí con tantas maravillas, los reducirá por el bautismo y otros sacramentos con que se justifica cada día. Y con este raro ejemplo se llevará al mundo tras de sí, cuando pretendía yo por Saulo extinguir la Iglesia y ahora la defenderá con mucho esfuerzo. ¿Es posible que vea yo a la vil naturaleza de los hombres levantada a la felicidad y gracia que yo perdí, y que ha de entrar en los cielos de donde yo fui arrojado? Esto me atormenta más que el fuego en mi propio furor, rabio y desatino porque no puedo aniquilarme; hágalo Dios y no me conserve en esta pena. Pues esto no ha de ser, decidme, vasallos míos, ¿qué haremos contra este Dios tan poderoso? A Él no le podemos ofender, pero en estos hombres, que tanto ama, podemos tomar venganza, pues en esto contravenimos a su querer. Y porque mi grandeza está más ofendida e indignada contra aquella Mujer nuestra enemiga que le dio el ser humano, quiero intentar de nuevo destruirla y vengar la injuria de habernos quitado a Saulo y arrojarnos a este infierno. No sosegaré hasta vencerla. Y para esto determino ejecutar con ella todos los arbitrios que mi ciencia ha inventado contra Dios y contra los hombres, después que bajé al profundo. Venid todos, para que me ayudéis en esta demanda y ejecutéis mi voluntad.

299. Hasta aquí llegó el arbitrio y exhortación de Lucifer. A que le respondieron algunos demonios y dijeron: Capitán y caudillo nuestro, prontos estamos a tu obediencia, conociendo lo mucho que nos oprime y atormenta esta Mujer nuestra enemiga, pero será posible que ella por sí sola nos resista y desprecie nuestras diligencias y tentaciones, como en otras ocasiones conocemos que lo ha hecho, mostrándose a todo superior, Lo que sentirá sobre todo es que le toquemos en los seguidores de su Hijo, porque los ama como Madre y cuida mucho de ellos. Levantemos juntamente la persecución contra los fieles, que para esto tenemos de nuestra parte a todo el Judaísmo, irritado contra esta nueva Iglesia del Crucificado, y por medio de los pontífices y fariseos conseguiremos todo lo que contra estos fieles intentamos y luego convertirás tu saña contra esta Mujer enemiga.—Aprobó Lucifer este consejo, dándose por satisfecho de los demonios que lo propusieron, y así quedó acordado que saliesen a destruir la Iglesia por mano de otros, como lo habían intentado por Saulo. Y de este decreto resultaron las cosas que diré adelante (Cf. infra n. 307-345; 431-528), y la pelea que tuvo María santísima con el Dragón y sus demonios, ganando grandes triunfos para la Santa Iglesia, como lo traigo citado de la primera parte (Cf. supra p. I n. 128), capítulo 10, para este lugar.

Doctrina que me dio la gran Señora de los Ángeles.

300. Hija mía, con ninguna ponderación de palabras llegarás en la vida mortal a manifestar enteramente la envidia de Lucifer y sus demonios contra los hombres, la malicia, astucia, dolos y engaños con que su indignación los persigue para llevarlos al pecado y después a las penas eternas. Todas cuantas buenas obras pueden hacer procura impedir las, y si las hacen se las calumnia,

y trabaja por destruirlas y pervertirlas. Todas las malas que su ingenio alcanza, pretende su malicia introducir en las almas. Contra esta suma iniquidad es admirable la protección divina, si los hombres cooperasen y correspondiesen de su parte. Para esto los amonestó el Apóstol (Ef 5, 15-16), que entre los peligros y asechanzas de los enemigos atiendan a vivir con cautela, no como insipientes, sino como sabios, redimiendo el tiempo, porque los días de la vida mortal son malos y llenos de peligros. Y en otra parte dice (1 Cor 15, 58) que sean estables y constantes para abundar en todas las obras buenas, porque su trabajo no será en vano delante del Señor. Esta verdad conoce el enemigo y la teme, y así procura con suma malicia desmayar a las almas en cometiendo una culpa, para que, desconfiadas, se despechen y dejen todas las obras buenas, y les quitan las armas con que los Santos Ángeles pueden defender a las mismas almas y hacen guerra a los demonios. **Y aunque estas obras naturalmente buenas en el pecador no tienen alma de caridad ni vida de merecimiento de la gracia y gloria, pero con todo eso son de gran provecho para el que las hace.** Y algunas veces sucede que por acostumbrarse al bien obrar se inclina la divina piedad a dar más eficaces auxilios para hacer las mismas obras con más plenitud y fervor o con dolor de los pecados y verdadera caridad, con que llegan a conseguir la justificación.

301. Pero de todo lo bueno que hace la criatura tomamos algún motivo los bienaventurados para defenderla de sus enemigos y para pedir a la misericordia divina la mire y saque del pecado. Oblíganse también los Santos de que los invoquen y llamen de todo corazón en los peligros y necesidades y tengan con ellos afectuosa devoción. Y si los Santos, por la caridad que tienen, están tan inclinados a favorecer a los hombres entre los peligros y contradicción que

conocen les busca el demonio, no te admires, carísima, que yo sea tan piadosa con los pecadores que me llaman y acuden a mi clemencia por su remedio, que yo les deseo infinito más que ellos mismos. No se pueden numerar los que yo he rescatado del Dragón infernal por haber tenido devoción conmigo, aunque sea sólo con rezar una Ave María o pronunciar una sola palabra en mi honor e invocación. Tanta es mi caridad con ellos, que si con tiempo y con verdad me llamasen, ninguno perecería, pero no lo hacen los pecadores y réprobos [precitos]; porque las heridas espirituales del pecado, como no son sensibles para el cuerpo, no los lastiman, y cuanto más se repiten, menos dolor y sentimiento causan, porque el segundo pecado es ya herida en cuerpo muerto, que ni sabe temer ni prevenir, ni sentir el daño que recibe.

302. De esta torpísima insensibilidad resulta en los hombres el olvido de su eterna condenación y del desvelo con que se la procuran los demonios. Y sin saber en qué fundan su falsa seguridad, duermen y descansan en su propio daño, cuando fuera justo que le temieran y que hicieran ponderación de la **eterna muerte** que les amenaza muy de cerca, y a lo menos acudieran al Señor, a mí y a los Santos a pedir el remedio. Pero aun esto que les cuesta poco no saben hacer, hasta el tiempo que muchas veces no le pueden alcanzar, porque le piden sin las condiciones que conviene para dársele. Y si yo le alcanzo para algunos en el último aprieto, porque veo cuánto le costó a mi Hijo santísimo redimirlos, pero este privilegio no puede ser ley común para todos. Y por eso **se condenan tantos hijos de la Iglesia**, que como ingratos e insipientes desprecian tantos y tan poderosos remedios como les ofreció la divina clemencia en el tiempo más oportuno. Y también será para ellos nueva confusión que conociendo la misericordia del Altísimo y la piedad con que yo los quiero remediar y la caridad de los Santos para interceder por ellos, no quisieron dar a Dios la

gloria, y a mí y a los Ángeles y Santos el gozo que tuviéramos de remediarlos si nos llamaran de todo corazón.

303. Y quiero, hija mía, manifestarte otro secreto. Ya sabes que mi Hijo y mi Señor dice en el Evangelio (Lc 15, 10): Los ángeles tienen gozo en el cielo cuando algún pecador hace penitencia y se convierte al camino de la vida eterna por medio de su justificación. Y lo mismo sucede en su modo cuando los justos hacen obras de verdadera virtud y mérito de nuevos grados de gloria. Pues al modo que esto sucede en la conversión de los pecadores y merecimientos de los justos, hay su novedad en los demonios y en el infierno cuando los justos pecan o cuando los pecadores cometen nuevas culpas, porque ninguna hacen los hombres, por pequeña que sea, de que no tengan complacencia los demonios y en el infierno; y los que andan tentándolos dan luego aviso a los que están en aquellos eternos calabozos para que se alegren y tengan noticia de aquellos nuevos pecados, guardándose como en registro, para acusar a los delincuentes delante del justo juez, y para que conozcan que tienen mayor dominio y jurisdicción sobre los infelices pecadores que han reducido a su voluntad más o menos, según la gravedad del pecado que han cometido. Tanto es el odio que tienen contra los hombres y la traición que les hacen cuando los engañan con algún deleite momentáneo y aparente. Pero el Altísimo, que es justo en todas sus obras, ordenó también como en castigo de esta alevosía que la conversión de los pecadores y buenas obras de los justos fuesen también de tormento particular para estos enemigos, que con suma iniquidad se alegran de la perdición humana.

304. Este azote de la divina Providencia atormenta grandemente a todos los demonios, porque no solamente los confunde y oprime en el odio mortal que tienen contra

los hombres, sino con las victorias de los santos y de los pecadores convertidos les quita el Señor en grande parte las fuerzas que les dieron y dan los que se dejan vencer de sus engaños y pecan contra su Dios verdadero. Y con el nuevo tormento que reciben los enemigos en estas ocasiones atormentan también a los condenados, y como hay nuevo gozo en el cielo de las obras santas y penitencia de los pecadores, hay escándalo y nueva confusión en el infierno con aullidos y despechos de los demonios, que de nuevo causan **accidentales penas** en cuantos viven en aquellos calabozos de confusión y horror. De esta manera se comunican el cielo y el infierno en la conversión y justificación del pecador con tan contrarios efectos. Y cuando las almas se justifican por medio de los sacramentos, particularmente por la confesión hecha con dolor verdadero, sucede muchas veces que los demonios en algún tiempo no se atreven a parecer delante del penitente, ni en muchas horas tienen ánimo para mirarle, si él mismo no les da fuerzas con ser desagradecido y convirtiéndose luego a los peligros y ocasiones del pecado, que con esto pierden los demonios el miedo que les puso la verdadera penitencia y justificación.

305. En el cielo no puede haber tristeza ni dolor, pero si esto fuera posible, de ninguna cosa de las del mundo la tuvieran los Santos si no es de que el justificado vuelva a caer y perder la gracia, y de que el pecador se aleje más y se vaya imposibilitando para adquirirla. Y tan poderoso es el pecado de su naturaleza para conmover al cielo con dolor y pena, como lo es la virtud y penitencia para atormentar el infierno. Atiende, pues, carísima, en qué peligrosa ignorancia de estas verdades viven comúnmente los mortales, privando al cielo del gozo que recibe de la justificación de cualquiera alma, a Dios de la gloria exterior que le resulta y al infierno de la pena y castigo que reciben los demonios por lo que se alegran

de la caída y perdición de los hombres. De ti quiero que trabajes como fiel y prudente sierva en recompensar estos males con la ciencia que recibes. Y procura llegar siempre al Sacramento de la Confesión con fervor, aprecio y veneración y con íntimo dolor de tus culpas; que este remedio es para el Dragón de gran terror y se desvela mucho en impedir a las almas y engañarlas astutamente, para que reciban este sacramento tibiamente, por costumbre, sin dolor y sin las condiciones que conviene recibirle. Y esto procura el demonio, no sólo para perder las almas, sino también para excusar el tormento que recibe de ver un penitente verdadero y justificado, que le oprime y confunde en la malignidad de su soberbia.

306. Sobre todo esto te advierto, amiga mía, que aunque es verdad infalible que estos dragones infernales son autores y maestros de la mentira y que tratan con los hombres con ánimo de engañarlos en todo y con duplicada astucia pretenden infundirles siempre el espíritu de error con que los pierden, con todo eso, cuando estos enemigos en sus conciliábulos confieren entre sí las fraudulentas determinaciones con que engañarán a los mortales, entonces tratan algunas verdades que conocen y no las pueden negar, porque todas las entienden y las comunican, no para enseñarlas a los hombres, sino para oscurecerlos en ellas y mezclarlas con errores y falsedades que sirven para introducir sus maldades. Y porque tú en este capítulo y en toda esta Historia has declarado tantos conciliábulos y secretos de la malicia de estas serpientes malévolas, están indignadísimas contra ti, porque juzgan que jamás llegarían estos secretos a noticia de los hombres ni conocerían lo que contra ellos maquinan en sus juntas y conferencias. Por esta causa procuran tomar venganza de la indignación que han concebido contra ti, pero el Altísimo te asistirá, si tú le llamas y procuras quebrantar

la cabeza del Dragón. Pide también a la clemencia divina que estos avisos y doctrina que te doy se logre en el desengaño de los mortales y que les dé su divina luz para que se aprovechen de este beneficio. Y tú procura la primera corresponder de tu parte con toda fidelidad, como la más obligada entre todos los hijos de este siglo, pues al paso que recibes más, sería más horrible tu ingratitud y mayor el triunfo de tus enemigos los demonios, si conociendo su malignidad no te esfuerzas a vencerlos con la protección del Altísimo y los Ángeles.

CAPITULO 16

Conoció María santísima los consejos del demonio para perseguir a la Iglesia, pide el remedio en la presencia del Altísimo en el cielo, avisa a los Apóstoles, viene Santiago a predicar a España, donde le visitó una vez María santísima.

307. Cuando Lucifer con sus príncipes de las tinieblas, después de la conversión de San Pablo, estaban fabricando la venganza que deseaban tomar de María santísima y de los hijos de la Iglesia, como queda dicho en el capítulo pasado, no imaginaron que la vista de la gran Reina y Señora del mundo penetraba aquellas oscuras y profundas cavernas infernales y lo más oculto de sus consejos de maldad. Y con este engaño se prometían aquellos cruentísimos dragones más segura la victoria y la ejecución de sus decretos contra ella y contra los discípulos de su Hijo santísimo. Pero la beatísima Madre desde su retiro estuvo mirando en la claridad de su divina ciencia todo cuanto conferían y determinaban estos enemigos de la luz. Conoció todos sus fines y los medios que arbitraron para conseguirlos, la indignación que tenían contra Dios y contra ella y el mortal odio contra los Apóstoles y los demás fieles de la Iglesia. Y aunque junto con esto consideraba la

prudentísima Señora que los demonios nada pueden ejecutar de su malicia sin permisión del Señor, pero como la batalla es inexcusable en la vida mortal y conocía la fragilidad humana y la ignorancia que tienen los hombres, por ley común, de la maliciosa astucia con que los demonios solicitan su perdición, diole grande cuidado y dolor el haber visto los acuerdos y consejos tan alevosos como los enemigos tomaban para destruir a los fieles.

308. Con esta ciencia y caridad eminentísima, participada tan inmediatamente de la del mismo Señor, se le comunicó también otro linaje de actividad infatigable, semejante al Ser divino, que siempre obra como acto purísimo. Porque continuamente la diligentísima Madre estaba en actual amor y solicitud de la gloria del Altísimo y del remedio y consuelo de sus hijos, y en su pecho castísimo y prudentísimo confería los misterios soberanos, lo pasado con lo presente y todo con lo futuro, previniéndolo con discreción y providencia más que humana. El ardentísimo deseo de la salvación de todos los hijos de la Iglesia y la compasión maternal que sentía de sus trabajos y peligros la solicitaba para hacer propias suyas todas las tribulaciones que a ellos amenazaban; y cuanto era de parte de su amor, deseaba padecerlas ella por todos si fuera posible, y que los demás seguidores de Cristo trabajaran en la Iglesia con gozo y alegría, mereciendo la gracia y vida eterna, y que las penas y tribulaciones de todos se convirtieran contra ella sola. Y aunque esto no era posible en la equidad y providencia divina, mas los hombres debemos a la caridad de María santísima este raro y maravilloso afecto y que tal vez condescendiese con él en efecto la voluntad de Dios para satisfacer a su amor y descansarle en sus ansias, padeciendo ella por nosotros y mereciéndonos grandes beneficios.

309. No conoció en particular lo que contra ella arbitaban los enemigos en aquel conciliábulo, porque sólo entendió era contra ella su mayor indignación. Y fue disposición divina ocultarle algo de lo que determinadamente prevenían, para que después fuese más glorioso el triunfo que del infierno había de alcanzar, como adelante diremos (Cf. infra n. 512ss). Y tampoco era necesaria esta prevención de las tentaciones y persecuciones que había de padecer la invencible Reina, como lo era en los demás fieles, que no eran de corazón tan alto y tan magnánimo, de cuyos trabajos y tribulaciones tuvo más expreso conocimiento. Y como en todos los negocios acudía a la oración para consultarlos con el Señor, como enseñada por la doctrina y ejemplo de su Hijo santísimo, hizo luego esta diligencia retirándose a solas y con admirable reverencia y fervor postrada en tierra como solía hizo oración y dijo:

310. Altísimo Señor y Dios eterno, incomprendible y santo, aquí está postrada en vuestro acatamiento esta humilde sierva y vil gusanillo de la tierra: suplícoos, Padre Eterno, que por Vuestro Unigénito y mi Señor Jesucristo, no desechéis mis peticiones y gemidos, que de lo íntimo de mi alma presento delante de Vuestra caridad inmensa y con la que, salida del amoroso incendio de Vuestro pecho, habéis comunicado a Vuestra esclava. En nombre de toda Vuestra Iglesia Santa, de Vuestros Apóstoles y siervos fieles presento, Señor mío, el sacrificio de la muerte y sangre de Vuestro Unigénito, el de su cuerpo sacramentado, las peticiones y oraciones que ofreció a Vos aceptas y agradables en el tiempo de su carne mortal y pasible, el amor con que tomó la forma de hombre en mis entrañas para redimir al mundo, el haberle traído en ellas nueve meses y criado y alimentado a mis pechos; todo lo presento, Dios mío, para que me deis licencia de pedir lo que desea mi corazón a vuestros ojos patente.

311. En esta oración fue la gran Reina elevada con un divino éxtasis, en que vio a su Unigénito, cómo pedía al Eterno Padre, a cuya diestra estaba, que concediese lo que pedía su Madre santísima, pues todas sus peticiones merecían ser oídas y admitidas, porque era su Madre verdadera y en todo agradable en su aceptación divina. Vio también cómo el Eterno Padre se daba por obligado y se complacía de sus ruegos y que mirándola con sumo agrado la decía: María, hija mía, asciende más alto.—A esta voz del Padre descendió del cielo innumerable multitud de Ángeles de diferentes órdenes y llegando a la presencia de María santísima la levantaron de la tierra donde estaba postrada y pegado el rostro con ella. Y luego la llevaron en alma y cuerpo al cielo empíreo y la pusieron ante el trono de la Beatísima Trinidad, que se le manifestó por una visión altísima, aunque no fue intuitivamente sino por especies. Postróse ante el trono y adoró el ser de Dios en las tres divinas Personas con profundísima humildad y reverencia y dio gracias a su Hijo santísimo por haber presentado su petición al Eterno Padre y le suplicó lo hiciese de nuevo. Y Su Majestad soberana, que a la diestra del Padre reconocía por digna Madre a la Reina de los cielos, no quiso olvidar la obediencia que en la tierra le había mostrado, antes en presencia de todos los cortesanos renovó este reconocimiento de Hijo y como tal presentó de nuevo al Padre los deseos y ruegos de su beatísima Madre, a que respondió el mismo Padre Eterno y dijo estas palabras:

312. Hijo mío, en quien mi voluntad santa tiene la plenitud de mi agrado (Mt 17, 5), atentos están mis oídos a los clamores de vuestra Madre y mi clemencia inclinada a todos sus deseos y peticiones.—Y volviéndose a María santísima prosiguió y dijo: Amiga mía, e hija mía, escogida entre millares para mi beneplácito, tú eres el instrumento de mi omnipotencia y el depósito de mi

amor; descansa en tus cuidados y dime, hija mía, lo que pides, que mi voluntad se inclina a tus deseos y peticiones santas en mis ojos.—Con este beneplácito habló María santísima y dijo: Eterno Padre mío y Dios altísimo, que dais el ser y conservación a todo lo criado, por Vuestra Santa Iglesia son mis deseos y súplicas. Atended piadoso, que ella es la obra de Vuestro Unigénito humanado, adquirida y plantada con su misma sangre. Contra ella se levanta de nuevo el Dragón infernal con todos Vuestros enemigos sus aliados, y todos pretenden la ruina y perdición de Vuestros fieles, que son el fruto de la Redención de Vuestro Hijo y mi Señor. Confundid los consejos de maldad de esta antigua serpiente y defended a Vuestros siervos los Apóstoles y a los otros fieles de la Iglesia. Y para que ellos queden libres de las asechanzas y furor de estos enemigos, conviértanse todas contra mí, si es posible. Yo, Señor mío, soy una pobre, y Vuestros siervos muchos; gocen ellos de Vuestros favores y tranquilidad, con que hagan la causa de Vuestra exaltación y gloria, y padezca yo las tribulaciones que a ellos amenazan. Yo pelearé con Vuestros enemigos, y Vos con el poder de Vuestro brazo los venceréis y confundiréis en su maldad.

313. Esposa mía y mi dilecta —respondió el Eterno Padre— tus deseos son aceptos en mis ojos y tu petición concederé en la parte que es posible. Yo defenderé a mis siervos en lo que para mi gloria es conveniente y les dejaré padecer en lo que para su corona es necesario. Y para que tú entiendas el secreto de mi sabiduría con que conviene dispensar estos misterios, quiero que subas a mi trono, donde tu caridad ardiente te da lugar en el consistorio de nuestro gran consejo y en la singular participación de nuestros divinos atributos. Ven, amiga mía, y entenderás nuestros secretos para el gobierno de la Iglesia y sus aumentos y progresos, y tú ejecutarás tu voluntad, que será la nuestra, como ahora te la

manifestaremos.— A la fuerza de esta suavísima voz conoció María santísima cómo era levantada al trono de la divinidad y colocada a la diestra de su unigénito Hijo, con admiración y júbilo de todos los Bienaventurados, que conocieron la voz y voluntad del Todopoderoso. Y de verdad fue cosa nueva y admirable para todos los Ángeles y Santos ver que una mujer en carne mortal fuese levantada y llamada al trono del gran consejo de la Beatísima Trinidad, para darle cuenta de los misterios ocultos a los demás y que estaban encerrados en el pecho del mismo Dios para el gobierno de su Iglesia.

314. Grande maravilla pareciera, si en cualquiera ciudad del mundo se hiciera esto con una mujer, llamándola a las juntas donde se trata del gobierno público. Y mayor novedad fuera introducirla en los estrados y juntas de los supremos consejos, donde se confieren y resuelven los negocios públicos de mayor dificultad y peso para los reinos y para todo su gobierno. Y con razón pareciera esta novedad poco segura, pues dijo Salomón (Ecl 7, 28-29) que anduvo inquiriendo la verdad y la razón entre los hombres y de los varones halló uno entre mil que la alcanzaba, pero que de las mujeres ninguna. Son tan pocas las que tienen el juicio constante y recto por su natural fragilidad, que por orden común de ninguna se presume, y si hay algunas no hacen número para tratar negocios arduos y de gran discurso, sin otra luz más que la ordinaria y natural. Pero esta ley común no comprendía a nuestra gran Reina y Señora, porque si nuestra madre Eva comenzó como ignorante a destruir la casa de este mundo que Dios había edificado, María santísima, que fue sapientísima y madre de la sabiduría, la reedificó y renovó con su incomparable prudencia y por ella fue digna de entrar en el acuerdo de la Santísima Trinidad, donde se trataba este reparo.

315. Allí fue preguntada de nuevo de lo que pedía y

deseaba para sí y para toda la Iglesia Santa, en particular para los Apóstoles y discípulos del Señor. Y la prudentísima Madre declaró otra vez sus fervorosos deseos de la gloria y exaltación del santo nombre del Altísimo y del alivio de los fieles en la persecución que contra ellos fraguaban los enemigos del mismo Señor. Y aunque todo esto lo conocía su infinita sabiduría, con todo eso le mandaron a la gran Señora lo propusiese, para aprobarlo y complacerse de ello y hacerla más capaz de nuevos misterios de la divina sabiduría y de la predestinación de los escogidos. Y para manifestar y declararme en lo que de este sacramento se me ha dado a entender, digo que, como la voluntad de María santísima era rectísima, santa y en todo y por todo sumamente ajustada y agradable a la Beatísima Trinidad, parece que —a nuestro modo de entender— no podía Dios querer cosa alguna contra la voluntad de esta purísima Señora, a cuya inefable santidad estaba inclinado y como herido de los cabellos y de los ojos de tan dilecta Esposa (Cant 4, 9), única entre todas las criaturas; y como el Eterno Padre la trataba como a Hija, y el Hijo como a Madre, el Espíritu Santo como a Esposa, y todos la habían entregado la Iglesia confiando de ella su corazón (Prov 31, 11), por todos estos títulos no querían las tres divinas Personas ordenar cosa alguna en la ejecución sin consulta y sabiduría y como beneplácito de esta Reina de todo lo criado.

316. Y para que la voluntad del Altísimo y la de María santísima fuese una misma en estos decretos, fue necesario que la gran Señora recibiese primero nueva participación de la divina ciencia y ocultísimos consejos de su Providencia, con que en peso y medida dispone todas las cosas de sus criaturas (Sab 11, 21), sus fines y medios con suma equidad y conveniencia. Para esto se le dio a María santísima en aquella ocasión nueva luz clarísima de todo lo que en la Iglesia militante convenía

obrar y disponer el poder divino. Y conoció las razones secretísimas de todas estas obras, y cuáles y cuántos Apóstoles convenía que padeciesen y muriesen antes que ella pasase de esta vida, los trabajos que convenía padeciesen por el nombre del Señor, las razones que había para esto conforme a los ocultos juicios del Señor y **predestinación de los santos**, y que así plantasen la Iglesia, derramando su propia sangre, como lo hizo su Maestro y Redentor, para fundarla sobre su pasión y muerte. Entendió también que con aquella noticia de lo que convenía padeciesen los Apóstoles y seguidores de Cristo recompensaba con su propio dolor y compasión el no padecer ella todo lo que deseaba, porque era inexcusable en ellos este momentáneo trabajo para llegar al eterno premio que les esperaba (2 Cor 4, 17). Para que la gran Señora tuviese materia de este merecimiento más copiosa, aunque conoció la breve muerte de Santiago que había de padecer y la prisión de San Pedro al mismo tiempo, no le declaró entonces la libertad de las prisiones de que sacaría el Ángel al Apóstol. Entendió asimismo que a cada uno de los Apóstoles y fieles les concedería el Señor el linaje de penas y martirio proporcionado con las fuerzas de su gracia y espíritu.

317. Y para satisfacer en todo a la caridad ardentísima de esta purísima Madre, la concedió el Señor que pelease sus batallas de nuevo con los dragones infernales y alcanzase de ellos las victorias y triunfos que los demás mortales no podían conseguir, y que con esto les quebrantase la cabeza y les confundiese en su arrogancia, para debilitarlos contra los hijos de la Iglesia y quebrantarles las fuerzas. Para estas peleas la renovaron todos los dones y participación de los divinos atributos, y todas tres Personas dieron a la gran Reina su bendición. Y los Santos Ángeles la volvieron al oratorio del cenáculo en la misma forma que la habían llevado al

cielo empíreo. Luego que se halló fuera de este éxtasis, se postró en tierra en forma de cruz y pegada con el polvo con increíble humildad y derramando tiernas lágrimas hizo gracias al Todopoderoso por aquel nuevo beneficio con que la había favorecido, sin haber olvidado en él los cariños de su incomparable humildad. Confirió algún rato con sus Santos Ángeles los misterios y necesidades de la Iglesia, para acudir por su ministerio a aquello que era más preciso. Y parecióle conveniente prevenir en algunas cosas a los Apóstoles y alentarlos, animándolos para los trabajos que les causaría el común enemigo, porque contra ellos armaba su mayor batería. Para esto habló a San Pedro y a San Juan Evangelista y a los demás que estaban en Jerusalén y les dio aviso de muchas cosas particulares que les sucederían a ellos y a toda la Santa Iglesia y los confirmó en la noticia que ya tenían de la conversión de San Pablo, declarándoles el celo con que predicaba el nombre y ley de su Maestro y Señor.

318. A los apóstoles que ya estaban fuera de Jerusalén envió Ángeles y también a los discípulos, que les diesen noticia de la conversión de San Pablo y los previniesen y alentasen con los mismos avisos que la Reina había dado a los que estaban presentes. Y señaladamente ordenó a uno de los Santos Ángeles que diese noticia a San Pablo de las asechanzas que contra él trazaba el demonio y le animase y confirmase en la esperanza del favor divino en sus tribulaciones. Y todas estas legacías hicieron los Ángeles con su acostumbrada presteza, obedeciendo a su gran Reina y Señora, y se manifestaron en forma visible a los Apóstoles y discípulos a quien los enviaba. Y para todos fue de increíble consuelo y de nuevo esfuerzo este singular favor de María santísima, y cada uno la respondió por medio de los mismos embajadores, con humilde reconocimiento, ofreciéndole que morirían alegres por la honra de su Redentor y Maestro. Señálase

también San Pablo en esta respuesta, porque su devoción y deseos de ver a su Remediadora y serle agradecido le solicitaban para mayores demostraciones y rendimiento. Estaba entonces San Pablo en Damasco predicando y disputando con los judíos de aquellas sinagogas, aunque luego fue a la Arabia a predicar, y de allí volvió otra vez a Damasco, como diré adelante (Cf. infra n. 375).

319. Santiago el Mayor estaba más lejos que ninguno de los Apóstoles, porque fue el primero que salió de Jerusalén a predicar, como dije arriba (Cf. supra n. 236), y habiendo predicado algunos días en Judea vino a España. Para esta jornada se embarcó en el puerto de Jope, que ahora se llama Jafa. Y esto fue el año del Señor de treinta y cinco, por el mes de agosto, que se llamaba sextil, un año y cinco meses después de la pasión del mismo Señor, ocho meses después del martirio de San Esteban y cinco antes de la conversión de San Pablo, conforme a lo que he dicho en los capítulos 11 y 14 de esta tercera parte. De Jafa vino San Jacobo [Santiago] a Cerdeña y, sin detenerse en aquella isla llegó con brevedad a España y desembarcó en el puerto de Cartagena, donde comenzó su predicación en estos reinos. Detúvose pocos días en Cartagena, y gobernado por el Espíritu del Señor tomó el camino para Granada, donde conoció que la mies era copiosa y la ocasión oportuna para padecer trabajos por su Maestro, como en hecho de verdad sucedió.

320. Y antes de referirlo advierto que nuestro gran Apóstol Santiago fue de los carísimos y más privados de la gran Señora del mundo. Y aunque en las demostraciones exteriores no se señalaba mucho con él, por la igualdad con que prudentísimamente los trataba a todos, como dije en el capítulo 11 (Cf. supra n. 180), y porque Santiago era su deudo; y aunque San Juan Evangelista, como hermano suyo, también tenía el mismo

parentesco con María santísima, corrían diferentes razones, porque todo el colegio sabía que el mismo Señor en la Cruz le había señalado por hijo de su Madre purísima, y así con San Juan Evangelista no tenía el inconveniente para los Apóstoles, como si con su hermano Santiago o con otro se señalara en demostraciones exteriores la prudentísima Reina y Maestra; pero en el interior tenía especialísimo amor a Santiago, de que dije algo en la segunda parte (Cf. supra p. II n. 1084), y se le manifestó en singularísimos favores que le hizo en todo el tiempo que vivió hasta su martirio. Mereciólos Santiago con el singular y piadoso afecto que tenía a María santísima, señalándose mucho en su íntima devoción y veneración. Y tuvo necesidad del amparo de tan gran Reina, porque era de generoso y magnánimo corazón y de ferventísimo espíritu, con que se ofrecía a los trabajos y peligros con invencible esfuerzo. Y por esto fue el primero que salió a la predicación de la fe y padeció martirio antes que otro alguno de todos los Apóstoles. Y en el tiempo que anduvo peregrinando y predicando, fue verdaderamente un rayo, como Hijo del trueno, que por esto fue llamado y señalado con este prodigioso nombre (Mc 3, 17) cuando entró en el apostolado.

321. En la predicación de España se le ofrecieron increíbles trabajos y persecuciones que le movió el demonio por medio de los judíos incrédulos. Y no fueron pequeñas las que después tuvo en Italia y el Asia Menor, por donde volvió a predicar, y padecer martirio en Jerusalén, habiendo discurrido en pocos años por tan distantes provincias y diferentes naciones. Y porque no es de este intento referir todo lo que padeció Santiago en tan varias jornadas, sólo diré lo que conviene a esta Historia. Y en lo demás he entendido que la gran Reina del cielo tuvo especial atención y afecto a Santiago por las razones que he dicho (Cf. supra n. 320) y que por medio de sus Ángeles le defendió y rescató de grandes y

muchos peligros y le consoló y confortó diversas veces, enviándole a visitar y a darle noticias y avisos particulares, como los había menester más que otros Apóstoles en tan breve tiempo como vivió. Y muchas veces el mismo Cristo nuestro Salvador le envió Ángeles de los cielos, para que defendiesen a su grande Apóstol y le llevasen de unas partes a otras guiándole en su peregrinación y predicación.

322. Pero mientras anduvo en estos reinos de España, entre los favores que recibió Santiago de María santísima fueron dos muy señalados, porque vino la gran Reina en persona a visitarle y defenderle en sus peligros y tribulaciones. La una de estas apariciones y venida de María santísima a España es la que hizo en Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], tan cierta como celebrada en el mundo, y que no se pudiera negar hoy sin destruir una verdad tan piadosa, confirmada y asentada con grandes milagros y testimonios por mil seiscientos años y más; y de esta maravilla hablaré en el capítulo siguiente. De la otra, que fue primera, no sé que haya memoria en España, porque fue más oculta, y sucedió en Granada, como se me ha dado a entender. Fue de esta manera: Tenían los judíos en aquella ciudad algunas sinagogas desde los tiempos que pasaron de Palestina a España, donde por la fertilidad de la tierra y por estar más cerca de los puertos del mar Mediterráneo, vivían con mayor comodidad para la correspondencia de Jerusalén. Cuando Santiago llegó a predicar a Granada, ya tenían noticia de lo que en Jerusalén había sucedido con Cristo nuestro Redentor. Y aunque algunos deseaban ser informados de la doctrina que había predicado y saber qué fundamento tenía, pero a otros, y a los más, había ya prevenido el demonio con impía incredulidad, para que no la admitiesen ni permitiesen se predicase a los gentiles, porque era contraria a los ritos judaicos y a Moisés, y si los gentiles recibían aquella nueva ley destruirían a todo el judaísmo. Y con este diabólico

engaño impedían los judíos la fe de Cristo en los gentiles, que sabían cómo Cristo nuestro Señor era judío, y viendo cómo los de su nación y de su ley le desecharon por falso y engañador, no tan fácilmente se inclinaban a seguirle en los principios de la Iglesia.

323. Llegó el Santo Apóstol a Granada, y comenzando la predicación salieron los judíos a resistirle, publicándole por hombre advenedizo, engañador y autor de falsas sectas, hechicero y encantador. Llevaba Santiago doce discípulos consigo, a imitación de su Maestro. Y como todos perseverasen en predicar, crecía contra ellos el odio de los judíos y de otros que los acompañaron, de manera que intentaron acabar con ellos, y de hecho quitaron luego la vida a uno de los discípulos de Santiago, que con ardiente celo se opuso a los judíos. Pero como el Santo Apóstol y sus discípulos no sólo no temían a la muerte, antes la deseaban padecer por el nombre de Cristo, continuaron la predicación de su santa fe con mayor esfuerzo. Y habiendo trabajado en ella muchos días y convertido gran número de infieles de aquella ciudad y comarca, el furor de los judíos se encendió más contra ellos. Prendieron a todos y para darles la muerte los sacaron fuera de la ciudad atados y encadenados y en el campo les ataron de nuevo los pies para que no huyesen, porque los tenían por magos y encantadores. Estando ya para degollarlos a todos juntos, el Santo Apóstol no cesaba de invocar el favor del Altísimo y de su Madre Virgen, y hablando con ella la dijo: Santísima María, Madre de mi Señor y Redentor Jesucristo, favoreced en esta hora a vuestro humilde siervo. Rogad, Madre dulcísima y clementísima por mí y por estos fieles profesores de la santa fe. Y si es voluntad del Altísimo que acabemos aquí las vidas por la gloria de su santo nombre, pedid, Señora, que reciba mi alma en la presencia de su divino rostro. Acordaos de mí, Madre piadosísima, y bendecidme en nombre del que os eligió

entre todas las criaturas. Recibid el sacrificio de que no vea yo vuestros ojos misericordiosos ahora, si ha de ser aquí la última de mi vida. ¡Oh María, oh María!

324. Estas últimas palabras repitió muchas veces Santiago, pero todas las que dijo oyó la gran Reina desde el oratorio del cenáculo donde estaba mirando por visión muy expresa todo lo que pasaba por su amantísimo Apóstol San Jacobo [Santiago Mayor]. Y con esta inteligencia se conmovieron las maternas entrañas de María santísima en tierna compasión de la tribulación en que su siervo padecía y la llamaba. Tuvo mayor dolor por hallarse tan lejos, aunque, como sabía que nada era difícil al poder divino, se inclinó con algún afecto a desear ayudar y defender a su Apóstol en aquel trabajo. Y como conocía también que él había de ser el primero que diese la vida y sangre por su Hijo santísimo, creció más esta compasión en la clementísima Madre. Pero no pidió al Señor ni a los Ángeles que la llevasen a donde Santiago estaba, porque la detuvo en esta petición su admirable prudencia, con que conocía que nada negaría la Providencia divina ni faltaría si fuese necesario, y en pedir estos milagros regulaba su deseo con la voluntad del Señor, con suma discreción y medida, cuando vivía en carne mortal.

325. Pero su Hijo y Dios verdadero, que atendía a todos los deseos de tal Madre, como santos, justos y llenos de piedad, mandó al punto a los mil ángeles que la asistían ejecutasen el deseo de su Reina y Señora. Manifestáronsele todos en forma humana y la dijeron lo que el Altísimo les mandaba y sin dilación alguna la recibieron en un trono formado de una hermosa nube y la trajeron a España sobre el campo donde estaban Santiago y sus discípulos aprisionados. Y los enemigos que los habían preso tenían ya desnudas las cimitarras o alfanjes para degollarlos a todos. Vio sólo el Apóstol a la

Reina del cielo en la nube, de donde le habló y con dulcísima caricia le dijo: Jacobo, hijo mío y carísimo de mi Señor Jesucristo, tened buen ánimo y sed bendito eternamente del que os crió y os llamó a su divina luz. Ea, siervo fiel del Altísimo, levantaos y sed libre de las prisiones.—A la presencia de María se había postrado el Apóstol en tierra, como le fue posible estando tan aprisionado. Y a la voz de la poderosa Reina se le desataron instantáneamente las prisiones a él y a sus discípulos, y se hallaron libres. Pero los judíos, que estaban con las armas en las manos, cayeron todos en tierra, donde sin sentidos estuvieron algunas horas. Y los demonios, que los asistían y provocaban, fueron arrojados al profundo, con que Santiago y sus discípulos pudieron libremente dar gracias al Todopoderoso por este beneficio. Y el mismo Apóstol singularmente las dio a la divina Madre con incomparable humildad y júbilo de su alma. Los discípulos de Santiago, aunque no vieron a la Reina ni a los Ángeles, del suceso conocieron el milagro, y su maestro les dio la noticia que convino para confirmarlos en la fe y esperanza y en la devoción de María santísima.

326. Fue mayor este raro beneficio de la Reina, porque no sólo defendió de la muerte a Santiago, para que gozara toda España de su predicación y doctrina, pero desde Granada le ordenó su peregrinación y mandó a cien Ángeles de los de su guarda que acompañasen al Apóstol y le fuesen encaminando y guiando de unos lugares a otros y en todos le defendiesen a él y a sus discípulos de todos los peligros que se les ofreciesen, y que habiendo rodeado a todo lo restante de España le encaminasen a Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania]. Todo esto ejecutaron los cien ángeles, como su Reina se lo ordenaba, y los demás la volvieron a Jerusalén. Y con esta celestial compañía y guarda peregrinó Santiago por toda España, más seguro que los israelitas por el

desierto. Dejó en Granada algunos discípulos de los que traía, que después padecieron allí martirio, y con los demás que tenía, y otros que iba recibiendo, prosiguió las jornadas predicando en muchos lugares de la Andalucía. Vino después a Toledo, y de allí pasó a Portugal y a Galicia, y por Astorga y divirtiéndose a diferentes lugares llegó a la Rioja y por Logroño pasó a Tudela y Zaragoza, donde sucedió lo que diré en el capítulo siguiente. Por toda esta peregrinación fue Santiago dejando discípulos por Obispos en diferentes ciudades de España y plantando la fe y culto divino. Y fueron tantos y tan prodigiosos los milagros que hizo en este reino, que no han de parecer increíbles los que se saben, porque son muchos más los que se ignoran. El fruto que hizo con la predicación fue inmenso, respecto del tiempo que estuvo en España, y ha sido error decir o pensar que convirtió muy pocos, porque en todas las partes o lugares que anduvo dejó plantada la fe, y para eso ordenó tantos Obispos en este Reino, para el gobierno de los hijos que había engendrado en Cristo.

327. Y para dar fin a este capítulo quiero advertir aquí que por diferentes medios he conocido las muchas opiniones encontradas de los historiadores eclesiásticos sobre muchas cosas de las que voy escribiendo, como son, la salida de los Apóstoles de Jerusalén a predicar, el haberse repartido por suertes todo el mundo y ordenado el Símbolo de la fe, la salida de Santiago y su muerte. Sobre todos éstos y otros sucesos tengo entendido que varían mucho los escritores en señalar los años y tiempos en que sucedieron y en ajustarlo con el texto de los Libros Canónicos. Pero yo no tengo orden del Señor para satisfacer a todas estas y otras dudas ni componer estas controversias, antes desde el principio he declarado (Cf. p. I n. 10, etc.) que Su Majestad me ordenó y mandó escribir esta Historia sin opiniones, o para que no las hubiese con la noticia de la verdad. Y si lo que escribo va

consiguiente y no se opone en cosa alguna al texto sagrado y corresponde a la dignidad de la materia que trato, no puedo darle mayor autoridad a la Historia, y tampoco pediré más la piedad cristiana. También será posible que se concuerden por este orden algunas diferencias de los historiadores, y esto harán los que son leídos y doctos.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima

328. Hija mía, la maravilla que has escrito en este capítulo de haberme levantado el poder infinito a su real trono para consultarme los decretos de su divina sabiduría y voluntad, es tan grande y singular, que excede a toda capacidad humana en la vida de los viadores y sólo en la patria y visión beatífica conocerán los hombres este sacramento con especialísimo júbilo de gloria accidental. Y porque este beneficio y admirable favor fue como efecto y premio de la caridad ardentísima con que amaba y amo al sumo bien y de la humildad con que me reconocía esclava suya, y estas virtudes me levantaron al trono de la divinidad y dieron lugar en él cuando vivía en carne mortal, quiero que tengas mayor noticia de este misterio, que sin duda fue de los más levantados que en mí obró la omnipotencia divina y de mayor admiración para los Ángeles y Santos. Y la que tú tienes quiero que la conviertas en un vigilantísimo cuidado y en vivos afectos de imitarme y seguirme en los que merecieron en mí tales favores.

329. Advierte, pues, carísima, que no fue sola una vez sino muchas las que fui levantada al trono de la Beatísima Trinidad en carne mortal, después de la venida del Espíritu Santo hasta que subí después de mi muerte para gozar eternamente de la gloria que tengo. Y en lo que te resta de escribir mi vida, entenderás otros secretos de este beneficio. Pero siempre que la diestra

del Altísimo me le concedió, recibí copiosísimos efectos de gracia y dones por diferentes modos que caben en el poder infinito y en la capacidad que me dio para la inefable y casi inmensa participación de las divinas perfecciones. Y algunas veces en estos favores me dijo el Eterno Padre: Hija mía y esposa mía, tu amor y fidelidad sobre todas las criaturas nos obliga y nos da la plenitud de complacencia que nuestra voluntad santa desea. Asciende a nuestro lugar y trono, para que seas absorta en el abismo de nuestra divinidad y tengas en esta Trinidad el lugar cuarto, en cuanto es posible a pura criatura. Toma la posesión de nuestra gloria, cuyos tesoros ponemos en tus manos. Tuyo es el cielo, la tierra y todos los abismos. Goza en la vida mortal los privilegios de bienaventurada sobre todos los santos. Sírvanse todas las naciones y criaturas a quien dimos el ser que tienen, obedézcanle las potestades de los cielos y estén a tu obediencia los supremos serafines, y todos nuestros bienes te sean comunes en nuestro eterno consistorio. Entiende el gran consejo de nuestra sabiduría y voluntad y ten parte en nuestros decretos, pues tu voluntad es rectísima y fidelísima. Penetra las razones que tenemos para lo que justa y santamente determinamos, y sea una tu voluntad y la nuestra y uno el motivo en lo que disponemos para nuestra Iglesia.

330. Con esta dignación tan inefable como singular gobernaba mi voluntad el Altísimo para conformarla con la suya y para que nada se ejecutase en la Iglesia que no fuese por mi disposición, y ésta fuese la del mismo Señor, cuyas razones, motivos y conveniencias conocía en su eterno consejo. En él vi que no era posible por ley común padecer yo todos los trabajos y tribulaciones de la Iglesia, y en especial de los Apóstoles, como deseaba. Y este afecto de caridad, aunque era imposible ejecutarle, no fue desviarme de la voluntad divina, que me le dio como en indicio y testimonio del amor sin medida con que

le amaba, y por el mismo Señor tenía tanta caridad con los hombres que deseaba padecer yo los trabajos y penalidades de todos. Y porque de mi parte esta caridad era verdadera y estaba mi corazón aparejado para ejecutarla si fuera posible, por esto fue tan aceptable en los ojos del Señor y me la premió como si de hecho la hubiera ejecutado, porque padecí gran dolor de no padecer por todos. De aquí nacía en mí la compasión que tuve de los martirios y tormentos con que murieron los Apóstoles y los demás que padecieron por Cristo, porque en todos y con todos era afligida y atormentada y en algún modo moría con ellos. Tal fue el amor que tuve a mis hijos los fieles, y ahora, fuera del padecer, es el mismo, aunque ni ellos conocen ni saben hasta dónde les obliga mi caridad para ser agradecidos.

331. Estos inefables beneficios recibía a la diestra de mi Hijo santísimo, cuando era levantada del mundo y colocada en ella, gozando de sus preeminencias y glorias en el modo que era posible comunicarse a pura criatura. Y los decretos y sacramentos ocultos de la Sabiduría infinita se manifestaban en primer lugar a la humanidad santísima de mi Señor, con el orden admirable que tiene con la divinidad a quien está unida en el Verbo Eterno. Y luego, mediante mi Hijo santísimo, se me comunicaba a mí por otro modo. Porque la unión de su humanidad con la persona del Verbo es inmediata y sustancial, intrínseca para ella, y así participa de la divinidad y de sus decretos con modo correspondiente y proporcionado a la unión sustancial y personal. Pero yo recibía este favor por otro orden admirable y sin ejemplar, más de en ser con criatura pura y sin tener divinidad, pero como semejante a la humanidad santísima y después de ella la más inmediata a la misma divinidad. Y no podrás ahora entender más, ni penetrar este misterio, pero los Bienaventurados le conocieron cada uno en el grado de ciencia que le tocaba y todos entendieron esta

conformidad y similitud mía con mi Hijo santísimo y también la diferencia; y todo les fue motivo, y lo es ahora, para hacer nuevos cánticos de gloria y alabanza del Omnipotente, porque esta maravilla fue una de las grandes obras que hizo conmigo su brazo poderoso.

332. Y para que más extiendas tus fuerzas y las de la gracia en afectos y deseos santos, aunque sea en lo que no puedes ejecutar, te declaro otro secreto. Este es que, cuando yo conocía los efectos de la Redención en la justificación de las almas y la gracia que se les comunicaba para limpiarlas y santificarlas por la contrición, o por el bautismo y otros sacramentos, hacía tanto aprecio de aquel beneficio, que tenía de él como una santa emulación y deseos. Y como yo no tenía culpas de qué justificarme y limpiarme, no podía recibir aquel favor en el grado que los pecadores le recibían. Mas porque lloré sus culpas más que todos y agradecí al Señor aquel beneficio hecho a las almas con tan liberal misericordia, alcancé con estos afectos y obras más gracia de la que fue necesaria para justificar a todos los hijos de Adán. Tanto como esto se dejaba obligar el Altísimo de mis obras y tanta fue la virtud que les dio el mismo Señor para que hallasen gracia en sus divinos ojos.

333. Considera ahora, hija mía, en qué obligación estás, dejándote informada e ilustrada de tan venerables secretos. No tengas ociosos los talentos, ni malogres y desprecies tantos bienes del Señor; sígueme por la imitación perfecta de todas las obras que de mí te manifiesto. Y para que más te enciendas en el amor divino, acuérdate continuamente de cómo mi Hijo santísimo y yo en la vida mortal estábamos anhelando siempre y suspirando por la salvación de las almas de todos los hijos de Adán y llorando la perdición eterna que tantos con alegría falsa y engañosa para sí mismos

procuran. En esta caridad y celo quiero que te señales y ejercites mucho, como esposa fidelísima de mi Hijo, que por esta virtud se entregó a muerte de cruz, y como hija y discípula mía, que si no me quitó la vida la fuerza de esta caridad fue porque me la conservó el Señor por milagro, pero ella es la que me dio lugar en el trono y consejo de la Beatísima Trinidad. Y si tú, amiga, fueres tan diligente y fervorosa en imitarme y tan atenta para obedecerme como de ti lo quiero, te aseguro participarás de los favores que hice a mi siervo Jacobo, acudiré a tus tribulaciones y te gobernaré, como muchas veces te lo he prometido; y a más de esto el Altísimo será más liberal contigo de lo que tus deseos pueden extenderse.

CAPITULO 17

Dispone Lucifer otra nueva persecución contra la Iglesia y María santísima, manifiéstasela a San Juan Evangelista y por su orden determina ir a Efeso, aparécesele su Hijo santísimo y la manda venir a Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] a visitar al Apóstol Santiago y lo que sucedió en esta venida.

334. De la persecución que movió el infierno contra la Iglesia después de la muerte de San Esteban hace mención San Lucas en el capítulo 8 de los Hechos apostólicos (Act 8, 1), donde la llama grande, porque lo fue hasta la conversión de San Pablo, por cuya mano la ejecutaba el Dragón infernal; y de esta persecución hablé en los capítulos 12 y 14 de esta parte. Pero de lo que en los capítulos inmediatos queda dicho, se entenderá que no descansó este enemigo de Dios ni se dio por vencido para no levantarse de nuevo contra su Santa Iglesia y contra María santísima. Y de lo que el mismo San Lucas refiere (Act 12, 1ss.) en el capítulo 12 de la prisión que hizo Herodes de San Pedro y Santiago, se conocerá que fue de nuevo esta persecución después de

la conversión de San Pablo, cuando no dijera expresamente que el mismo Herodes envió ejércitos o tropas para afligir a algunos hijos de la Iglesia. Y para que mejor se entienda todo lo que queda dicho y adelante diré, advierto que estas persecuciones eran todas fraguadas y movidas por los demonios que irritaban a los perseguidores, como diversas veces he dicho (Cf. supra n. 141, 186, 205, 250). Y porque la Providencia divina a tiempos les daba este permiso y en otros se les quitaba y los arrojaba al profundo (Cf. supra n. 208, 297, 325, etc.), como sucedió en la conversión de San Pablo y en otras ocasiones, por esto la Iglesia primitiva gozaba algunas veces de tranquilidad y sosiego, como en todos los siglos ha sucedido, y otros tiempos, acabándose estas treguas, era molestada y afligida.

335. La paz era conveniente para la conversión de los infieles y la persecución para su mérito y ejercicio, y así las alternaba y alterna siempre la sabiduría y Providencia divina. Y por estas causas después de la conversión de San Pablo tuvo algunos y muchos meses de quietud, mientras Lucifer y sus demonios estuvieron oprimidos en el infierno, hasta que volvieron a salir, como diré luego (Cf. infra n. 336). Y de esta tranquilidad habla San Lucas (Act 9, 31) en el capítulo 9 después de la conversión de San Pablo, cuando dice que la Iglesia tenía paz por toda Judea, Galilea y Samaría, y se edificaba y caminaba en el temor del Señor y consolación del Espíritu Santo. Y aunque esto lo cuenta el Evangelista después de haber escrito la venida de San Pablo a Jerusalén, pero esta paz fue mucho antes, porque San Pablo vino entrados cinco años después de la conversión a Jerusalén, como diré adelante (Cf. infra n. 487); y San Lucas, para ordenar su historia, la contó anticipadamente tras de la conversión, como sucede a los Evangelistas en otros muchos sucesos, que los suelen anticipar en la historia, para dejar dicho lo que toca al intento de que

hablan, porque ellos no escriben por anales todos los casos de su historia, aunque en lo esencial guardan el orden de los tiempos.

336. Entendido todo esto, y prosiguiendo lo que dije en el capítulo 15 del conciliábulo que hizo Lucifer después de la conversión de San Pablo, digo que aquella conferencia duró algún tiempo, en que el Dragón infernal con sus demonios tomó y pensó diversos medios y arbitrios con que destruir la Iglesia y derribar, si pudiera, a la gran Reina del estado altísimo de santidad en que la imaginaba, aunque ignoraba infinito más de lo que conocía esta serpiente. Pasados estos días en que la Iglesia gozaba de sosiego, salieron del profundo los príncipes de las tinieblas, para ejecutar los consejos de maldad que en aquellos calabozos habían fabricado. Salió por caudillo de todos el dragón grande Lucifer, y es cosa digna de atención que fue tanta la indignación y furor de esta cruentísima bestia contra la Iglesia y María santísima, que sacó del infierno mucho más de las dos partes de sus demonios para esta empresa que intentaba; y sin duda dejara despoblado todo aquel reino de tinieblas, si la misma malicia no le obligara a dejar allá alguna parte de estos infernales ministros para tormento de los condenados, porque a más del fuego eterno que les administra la justicia divina, y que no les podía faltar, no quiso este Dragón que tampoco les faltase la vista y compañía de sus demonios, para que no recibiesen este pequeño alivio los hombres por el tiempo que estuviesen fuera del infierno los demonios. Por esta causa nunca faltan demonios en aquellas cavernas, ni quieren perdonar este azote a los infelices condenados, aunque sea para Lucifer de tanta codicia destruir a los mortales que viven en el mundo. A tan impío, tan cruel, tan inhumano señor sirven los desdichados pecadores.

337. La ira de este Dragón había llegado a lo sumo y no

ponderable, por los sucesos que iba conociendo en el mundo, después de la muerte de nuestro Redentor, y la santidad de su Madre y el favor y protección que en ella tenían los fieles, como lo había experimentado en San Esteban, San Pablo y en otros sucesos. Y por esto Lucifer tomó asiento en Jerusalén, para ejecutar por sí mismo la batería contra lo más fuerte de la Iglesia y para gobernar desde allí a todos los escuadrones infernales, que sólo guardan orden en hacer guerra para destruir a los hombres, cuando en lo demás todos son confusión y desconcierto. No les dio el Altísimo la permisión que su envidia deseaba, porque en un momento trasegaran y destruyeran el mundo, pero dióseles con limitación y en cuanto convenía, para que afligiendo a la Iglesia se fundase con la sangre y merecimientos de los santos y con ellos echase más hondas las raíces de su firmeza, y para que en las persecuciones y tormentos se manifestase más la virtud y sabiduría del piloto que gobierna esta navecilla de la Iglesia. Luego mandó Lucifer a sus ministros que rodeasen toda la tierra, para reconocer dónde estaban los Apóstoles y discípulos del Señor y dónde se predicaba su nombre, y le diesen noticia de todo. Y el Dragón se puso en la ciudad santa lo más lejos que pudo de los lugares consagrados con la sangre y misterios de nuestro Salvador, porque a él y a sus demonios les eran formidables y al paso que se acercaban a ellos sentían que se les debilitaban las fuerzas y eran oprimidos de la virtud divina. Y este efecto experimentan hoy y le sentirán hasta el fin del mundo. ¡Gran dolor, por cierto, que aquel sagrado para los fieles esté hoy en poder de paganos enemigos, por los pecados de los hombres, y dichosos los pocos hijos de la Iglesia que gozan este privilegio, cuales son los hijos de nuestro gran Padre y reparador de la Iglesia San Francisco!

338. Informóse el Dragón del estado de los fieles y de todos los lugares donde se predicaba la fe de Cristo, por

relaciones que le trajeron los demonios. Y dioles nuevas órdenes para que unos asistiesen a perseguirlos, asignando mayores o menores demonios, según la diferencia de los Apóstoles, discípulos y fieles. A otros ministros mandó que fuesen y viniesen a darle cuenta de lo que fuese sucediendo y llevasen órdenes de lo que habían de obrar contra la Iglesia. Señaló también Lucifer algunos hombres incrédulos, pérfidos y de malas condiciones y depravadas costumbres, para que sus demonios los irritasen, provocasen y llenasen de indignación y envidia contra los seguidores de Cristo. Y entre éstos fueron el rey Herodes, por el aborrecimiento que tenían contra el mismo Señor a quien habían crucificado, cuyo nombre deseaban borrar de la tierra de los videntes (Jer 11, 19). También se valieron de otros gentiles más ciegos y asidos a la idolatría, y entre unos y otros investigaron estos enemigos con desvelo cuáles eran peores y más perdidos, para servirse de ellos y hacerlos propios instrumentos de su maldad. Y por estos medios encaminaron la persecución de la Iglesia, y siempre ha usado de esta arte diabólica el Dragón infernal para destruir la virtud y el fruto de la Redención y sangre de Cristo. Y en la primitiva Iglesia hizo grande estrago en los fieles, persiguiéndolos por diversos modos de tribulaciones que no están escritas ni se saben en la Iglesia, aunque, por mayor, lo que dijo San Pablo en la carta de los Hebreos (Heb 11, 37) de los antiguos santos sucedió en los nuevos. Y sobre estas persecuciones exteriores afligía el mismo demonio y los demás a todos los justos, Apóstoles, discípulos y fieles con tentaciones ocultas, sugerencias, ilusiones y otras iniquidades, como hoy lo hace con todos los que desean caminar por la divina ley y seguir a Cristo nuestro Redentor y Maestro. Y no es posible en esta vida conocer todo lo que en la primitiva Iglesia trabajó Lucifer para extinguirla, como tampoco lo que hace ahora con el mismo intento.

339. Pero nada se le ocultó entonces a la gran Madre de la sabiduría, porque en la claridad de su eminente ciencia conocía todo este secreto de las tinieblas, oculto a los demás mortales. Y aunque los golpes y las heridas, cuando nos hallan prevenidos, no suelen hacer tan grande mella en nosotros, y la prudentísima Reina estaba tan capaz de los trabajos futuros de la Santa Iglesia y ninguno le podía venir de improviso y con ignorancia suya, con todo eso, como tocaban en los Apóstoles y en todos los fieles, la herían el corazón, donde los tenía con entrañable amor de Madre piadosísima, y su dolor se regulaba con su casi inmensa caridad, y muchas veces le costara la vida si, como he repetido en diversas partes, no la conservara el Señor milagrosamente. Y en cualquiera de las almas justas y perfectas en el amor divino hiciera grandes efectos el conocimiento de la ira y malicia de tantos demonios, tan vigilantes y astutos, contra tan pocos fieles sencillos, pobres y de condición frágil y llena de miserias propias. Con este conocimiento olvidara María santísima otros cuidados de sí misma y todas sus penas, si las tuviera, por acudir al remedio y consuelo de sus hijos. Multiplicaba por ellos sus peticiones, suspiros, lágrimas y diligencias. Dábales grandes consejos, avisos y exhortaciones para prevenirlos y animarlos, particularmente a los Apóstoles y discípulos. Mandaba muchas veces con imperio de Reina a los demonios, y les sacó de sus uñas innumerables almas que engañaban y pervertían y las rescataba de la eterna muerte. Y otras veces les impedía grandes crueldades y asechanzas que ponían a los ministros de Cristo, porque intentó Lucifer quitar luego la vida a los Apóstoles, como lo había procurado por medio de Saulo, y arriba se dijo (Cf. supra n. 252), y lo mismo sucedió con otros discípulos que predicaban la santa fe.

340. Con estos cuidados y compasión, aunque la divina Maestra guardaba suma tranquilidad y sosiego interior,

sin que la solicitud de officiosa Madre la turbase, y en el exterior conservaba igualdad y serenidad de Reina, con todo eso las penas del corazón la entristecieron un poco el semblante en la esfera de su compostura y apacibilidad. Y como San Juan Evangelista la asistía con tan desvelada atención y dependencia de hijo, no se le pudo ocultar a la vista de esta águila perspicaz la pequeña novedad en el semblante de su Madre y Señora. Afligióse grandemente el Evangelista y, habiendo conferido consigo mismo su cuidado, se fue al Señor y pidiéndole nueva luz para el acierto le dijo: Señor y Dios inmenso y reparador del mundo, confieso la obligación en que sin méritos míos y por sola Vuestra dignación me pusisteis, dándome por Madre a la que verdaderamente lo es Vuestra, porque os concibió, parió y alimentó a sus pechos. Yo, Señor, con este beneficio quedé próspero y enriquecido con el mayor tesoro del cielo y de la tierra. Pero vuestra Madre y mi Señora quedó sola y pobre sin vuestra real presencia, que ni pueden recompensar ni suplir todos los Ángeles ni los hombres, cuanto menos este vil gusano y siervo Vuestro. Hoy, Dios mío y Redentor del mundo, veo triste y afligida a la que os dio forma de hombre y es alegría de Vuestro pueblo. Deséola consolar y aliviarla de su pena, pero soy insuficiente para hacerlo. La razón y amor me solicitan, la veneración y mi fragilidad me detienen. Dadme, Señor, virtud y luz de lo que debo hacer en Vuestro agrado y servicio de Vuestra digna Madre.

341. Después de esta oración quedó San Juan dudoso un rato, sobre si preguntaría a la gran Señora del cielo la causa de su pena. Por una parte lo deseaba con afecto, por otra no se atrevía, con el temor santo y el respeto con que la miraba; y aunque alentado interiormente llegó tres veces a la puerta del oratorio donde estaba María santísima, le detuvo el encogimiento para no entrar a preguntarla lo que deseaba. Pero la divina Madre

conoció todo lo que San Juan hacía y lo que pasaba por su interior. Y por el respeto que la celestial Maestra de la humildad tenía al Evangelista como Sacerdote y ministro del Señor, se levantó de la oración y salió a donde estaba y le dijo: Señor, decidme lo que mandáis a vuestra sierva —Ya he dicho otras veces (Cf. supra n. 99, 102, 106, etc.) que la gran Reina llamaba señores a los Sacerdotes y ministros de su Hijo santísimo. El Evangelista se consoló y animó con este favor, y aunque no sin algún encogimiento respondió: Señora mía, la razón y el deseo de serviros me ha obligado a reparar en vuestra tristeza y pensar que tenéis alguna pena, de que deseo veros aliviada.

342. No se alargó San Juan en más razones, pero la Reina conoció el deseo que tenía de preguntarla por sus cuidados, y como prontísima obediente quiso responderle a la voluntad, antes que por palabras se la manifestase, como a quien reconocía por superior y le tenía por tal. Volvióse María santísima al Señor y dijo: Dios mío e Hijo mío, en lugar Vuestro me dejasteis a vuestro siervo Juan, para que me acompañase y asistiese, y yo le recibí por mi prelado y superior, a cuyos deseos y voluntad, conociéndola, deseo obedecer, para que esta humilde sierva Vuestra siempre viva y se gobierne por Vuestra obediencia. Dadme licencia para manifestarle mi cuidado, como él desea saberlo.—Sintió luego el *fiat* de la divina voluntad. Y puesta de rodillas a los pies de San Juan Evangelista, le pidió la bendición y le besó la mano, y pidiéndole licencia para hablar le dijo: Señor, causa tiene el dolor que aflige mi corazón, porque el Altísimo me ha manifestado las tribulaciones que han de venir a la Iglesia y las persecuciones que han de padecer todos sus hijos, y mayores los Apóstoles. Y para disponer en el mundo y ejecutar esta maldad, he visto que ha salido a él de las cavernas de lo profundo el Dragón infernal con innumerables legiones de espíritus malignos, todos con implacable indignación y furor, para destruir el cuerpo

de la Iglesia Santa. Y esta ciudad de Jerusalén se turbará la primera, y más que otras, y en ella quitarán la vida a uno de los Apóstoles y otros serán presos y afligidos por industria del demonio. Mi corazón se contrista y aflige de compasión, y de la contradicción que harán los enemigos a la exaltación del nombre santo del Altísimo y remedio de las almas.

343. Con este aviso se afligió también el Evangelista y se turbó un poco, pero con el esfuerzo de la divina gracia respondió a la gran Reina, diciendo: Madre y Señora mía, no ignora Vuestra sabiduría que de estos trabajos y tribulaciones sacará el Altísimo grandes frutos para su Iglesia y sus hijos fieles y que les asistirá en su tribulación. Aparejados estamos los Apóstoles para sacrificar nuestras vidas por el Señor, que ofreció la suya por todo el linaje humano. Hemos recibido inmensos beneficios y no es justo que en nosotros sean ociosos y vacíos. Cuando éramos pequeños en la escuela de nuestro Maestro y Señor, obrábamos como párvulos, pero después que nos enriqueció con su divino Espíritu y encendió en nosotros el fuego de su amor, perdimos la cobardía y deseamos seguir el camino de su Cruz, que con su doctrina y ejemplos nos enseñó, y sabemos que la Iglesia se ha de plantar y conservar con la sangre de sus ministros e hijos. Rogad, vos, Señora mía, por nosotros, que con la virtud divina y Vuestra protección alcanzaremos victoria de nuestros enemigos y en gloria del Altísimo triunfaremos de todos ellos. Pero si en esta ciudad de Jerusalén se ha de ejecutar lo fuerte de la persecución, paréceme, Señora y Madre mía, que no es justo la esperéis en ella, para que la indignación del infierno, por medio de la malicia humana, no intente alguna ofensa contra el tabernáculo de Dios.

344. La gran Reina y Señora del cielo, con el amor y compasión de los Apóstoles y todos los otros fieles, se

inclinaba sin temor a quedarse en Jerusalén para hablar, consolar y animar a todos en la tribulación que les amenazaba. Pero no manifestó al Evangelista este afecto, aunque era tan santo, porque salía de su dictamen y le cedió a la humildad y obediencia del Apóstol, porque le tenía por su prelado y superior. Y con este rendimiento, sin replicar al Evangelista, le dio las gracias por el esfuerzo con que deseaba padecer y morir por Cristo; y en cuanto a salir de Jerusalén, le dijo que ordenase y dispusiese aquello que juzgaba por más conveniente, que a todo obedecería como súbdita, y pediría a nuestro Señor le gobernase con su divina luz, para que eligiese aquello que fuese de su mayor agrado y exaltación de su santo nombre. Con esta resignación de tanto ejemplo para nosotros y reprensión de nuestra inobediencia, determinó el Evangelista que se fuese a la ciudad de Efeso, en los términos del Asia Menor. Y proponiéndolo a María santísima, la dijo: Señora y Madre mía, para alejarnos de Jerusalén y tener fuera de aquí ocasión oportuna para trabajar por la exaltación del nombre del Altísimo, me parece nos retiremos a la ciudad de Efeso, donde haréis en las almas el fruto que no espero en Jerusalén. Yo deseara ser uno de los que asisten al trono de la Santísima Trinidad para servirlos dignamente en esta jornada, pero soy un vil gusano de la tierra, mas el Señor será con nosotros y en todas partes le tenéis propicio, como Dios y como Hijo Vuestro.

345. Quedó determinada la partida de Efeso en acomodando y disponiendo lo que en Jerusalén convenía advertir a los fieles, y la gran Señora se retiró a su oratorio, donde hizo esta oración: Altísimo Dios eterno, esta humilde sierva Vuestra se postra ante Vuestra real presencia y de lo íntimo de mi alma os suplico me gobernéis y encaminéis a Vuestro mayor agrado y beneplácito; esta jornada quiero hacer por obediencia de Vuestro siervo Juan, cuya voluntad será la Vuestra. No es

razón que esta sierva y Madre Vuestra, tan obligada de Vuestra poderosa mano, dé un paso que no sea para mayor gloria y exaltación de Vuestro santo nombre. Asistid, Señor mío, a mi deseo y peticiones, para que yo obre lo más acertado y justo.—Respondióla el señor luego y la dijo: Esposa y paloma mía, mi voluntad ha dispuesto la jornada para mi mayor agrado. Obedeced a Juan y caminad a Efeso, que allí quiero manifestar mi clemencia con algunas almas por medio de vuestra presencia y asistencia, por el tiempo que fuere conveniente.—Con esta respuesta del Señor quedó María santísima más consolada e informada de la divina voluntad y pidió a Su Majestad la bendición y licencia para disponer la jornada cuando el Apóstol la determinase; y llena de fuego de caridad se encendía en el deseo del bien de las almas de Efeso, de quien el Señor la había dado esperanzas se sacaría fruto de su gusto y agrado.

346. *Viene María santísima de Jerusalén a Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] en España, por voluntad de su Hijo nuestro Salvador, a visitar a Santiago, y lo que sucedió en esta venida y el año y día en que se hizo.*— Todo el cuidado de nuestra gran Madre y Señora María santísima estaba empleado y convertido a los aumentos y dilatación de la Santa Iglesia, al consuelo de los Apóstoles, discípulos y de los otros fieles, y a defenderlos del infernal Dragón y sus ministros en la persecución y asechanzas que, como se ha dicho (Cf. supra n. 337), les prevenían estos enemigos. Con su incomparable caridad, antes de venir a Efeso ni partir de Jerusalén, ordenó y dispuso muchas cosas, en cuanto le fue posible, por sí y por ministerio de los Santos Ángeles, para prevenir todo lo que en su ausencia le pareció conveniente, porque entonces no tenía noticia del tiempo que duraría esta jornada y la vuelta a Jerusalén. Y la mayor diligencia que pudo hacer fue su continua y poderosa oración y

peticiones a su Hijo santísimo, para que con el poder infinito de su brazo defendiese a sus Apóstoles y siervos y quebrantase la soberbia de Lucifer, desvaneciendo las maldades que en su astucia fabricaba contra la gloria del mismo Señor. Sabía la prudentísima Madre que de los Apóstoles el primero que derramaría su sangre por Cristo nuestro Señor era San Jacobo [Santiago Mayor], y por esta razón, y por lo mucho que la gran Reina le amaba, como dije arriba (Cf. supra n. 320), hizo particular oración por él entre todos los Apóstoles.

347. Estando la divina Madre en estas peticiones, un día, que era el cuarto antes de partir a Efeso, sintió en su castísimo corazón alguna novedad y efectos dulcísimos, como le sucedía otras veces para algún particular beneficio que se le acercaba. Estas obras se llaman palabras del Señor en el estilo de la Escritura, y respondiendo a ellas María santísima, como maestra de la ciencia, dijo: Señor mío, ¿qué me mandáis hacer y qué queréis de mí? Hablad, Dios mío, que vuestra sierva oye.—Y en repitiendo estas razones vio a su Hijo santísimo que en persona descendía del cielo a visitarla en un trono de inefable majestad y acompañado de innumerables Ángeles de todos los órdenes y coros celestiales. Entró Su Majestad con esta grandeza en el oratorio de su beatísima Madre, y la religiosa y humilde Virgen le adoró con excelente culto y veneración de lo íntimo de su purísima alma. Luego la habló el Señor y la dijo: Madre mía amantísima, de quien recibí el ser humano para salvar al mundo, atento estoy a vuestras peticiones y deseos santos y agradables en mis ojos. Yo defenderé a mis apóstoles e Iglesia y seré su padre y protector, para que no sea vencida, ni prevalezcan contra ella las puertas del infierno (Mt 16, 18). Ya sabéis que para mi gloria es necesario que trabajen con mi gracia los Apóstoles y que al fin me sigan por el camino de la cruz y muerte que padecí para redimir al linaje humano.

Y el primero que me ha de imitar en esto es Jacobo [Santiago Mayor] mi fiel siervo, y quiero que padezca martirio en esta ciudad de Jerusalén. Y para que él venga a ella y otros fines de mi gloria y vuestra, es mi voluntad que luego le visitéis en España, donde predica mi santo nombre. Quiero, Madre mía, que vayáis a Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], donde está ahora, y le ordenéis que vuelva a Jerusalén y antes que parta de aquella ciudad edifique en ella un templo en honra y título de vuestro nombre, donde seáis venerada e invocada para beneficio de aquel reino y gloria y beneplácito mío y de nuestra Beatísima Trinidad.

348. Admitió la gran Reina del cielo esta obediencia de su Hijo santísimo con nuevo júbilo de su alma. Y con el rendimiento digno respondió y dijo: Señor mío y verdadero Dios, hágase Vuestra voluntad santa en Vuestra sierva y Madre por toda la eternidad y en ella os alaben todas las criaturas por las obras admirables de Vuestra piedad inmensa con Vuestros siervos. Yo, Señor mío, Os magnifico y bendigo en ellas y os doy humildes gracias en nombre de toda la Santa Iglesia y mío. Dadme licencia, Hijo mío, para que en el Templo que mandáis edificar a Vuestro siervo Jacobo pueda yo prometer en Vuestro santo nombre la protección especial de Vuestro brazo poderoso, y que aquel lugar sagrado sea parte de mi herencia para todos los que en él invocaren con devoción Vuestro mismo nombre y el favor de mi intercesión con Vuestra clemencia.

349. Respondióla Cristo nuestro Redentor: Madre mía, en quien se complació mi voluntad, yo os doy mi real palabra que miraré con especial clemencia y llenaré de bendiciones de dulzura a los que con humildad y devoción vuestra me invocaren y llamaren en aquel templo por medio de vuestra intercesión. En vuestras manos tengo depositados y librados todos mis tesoros, y

como Madre que tenéis mis veces y potestad podéis enriquecer y señalar aquel lugar y prometer en él vuestro favor, que todo lo cumpliré como fuere vuestra agradable voluntad.—Agradeció de nuevo María santísima esta promesa de su Hijo y Dios omnipotente, y luego, por mandato del mismo Señor, grande número de los Ángeles que la acompañaban formaron un trono real de una nube refulgentísima y la pusieron en él como a Reina y Señora de todo lo criado. Cristo nuestro Señor con los demás Ángeles se subió a los cielos, dándola su bendición. Y la purísima Madre, en manos de serafines y acompañada de sus mil Ángeles con los demás, partió a Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], en España, en alma y cuerpo mortal. Y aunque la jornada se pudo hacer en brevísimo tiempo, ordenó el Señor que fuese de manera que los Santos Ángeles formando coros de dulcísima armonía viniesen cantando a su Reina loores de júbilo y alegría.

350. Unos cantaban el *Ave María*, otros *Salve Sancta parens* y *Salve Regina*, otros, *Regina coeli laetare*, etc. Alternando estos cánticos a coros y respondiéndose unos a otros con armonía y consonancia tan concertada, cuanto no alcanza la capacidad humana. Respondía también la gran Señora oportunamente, refiriendo toda aquella gloria al Autor que se la daba, con tan humilde corazón, cuanto era grande este favor y beneficio. Repetía muchas veces: Santo santo, santo Dios de Sabaot, ten misericordia de los míseros hijos de Eva. Tuya es la gloria, tuyo es el poder y la majestad, tú sólo el Santo, el Altísimo y el Señor de todos los ejércitos celestiales y de lo criado. Y los Ángeles respondían también a estos cánticos tan dulces en los oídos del Señor, y con ellos llegaron a Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] cuando ya se acercaba la media noche.

351. El felicísimo Apóstol Santiago estaba con sus

discípulos fuera de la ciudad, pero arrimado al muro que correspondía a las márgenes del río Ebro, y para ponerse en oración se había apartado de ellos algún espacio competente, quedando los discípulos algunos durmiendo y otros orando como su maestro; y porque todos estaban desimaginados de la novedad que les venía, se alargó un poco la procesión de los Santos Ángeles con la música, de manera que no sólo Santiago lo pudiese oír de lejos, sino también los discípulos, con que despertaron los que dormían y todos fueron llenos de suavidad interior y admiración, con celestial consuelo que los ocupó y casi enmudeció, dejándolos suspensos y derramando lágrimas de alegría. Reconocieron en el aire grandísima luz, más que si fuera al mediodía, aunque no se extendía universalmente más que en algún espacio, como un gran globo. Con esta admiración y nuevo gozo estuvieron sin menearse hasta que los llamó su Maestro. Con estos maravillosos efectos que sintieron, ordenó el Señor que estuviesen prevenidos y atentos a lo que de aquel gran misterio se les manifestase. Los Santos Ángeles pusieron el trono de su Reina y Señora a la vista del Apóstol, que estaba en altísima oración y más que los discípulos sentía la música y percibía la luz. **Traían consigo los Ángeles prevenida una pequeña columna de mármol o de jaspe, y de otra materia diferente habían formado una imagen no grande de la Reina del cielo.** Y a esta imagen traían otros Ángeles con gran veneración, y todo se había prevenido aquella noche con la potencia que estos divinos espíritus obran en las cosas que la tienen.

352. Manifestósele a Santiago la Reina del cielo desde la nube y trono donde estaba rodeada de los coros de los Ángeles, todos con admirable hermosura y refulgencia, aunque la gran Señora los excedía en todo a todos. El dichoso Apóstol se postró en tierra y con profunda reverencia adoró a la Madre de su Criador y Redentor y vio juntamente la Imagen y columna o pilar en mano de

algunos Ángeles. La piadosa Reina le dio la bendición en nombre de su Hijo santísimo y le dijo: Jacobo [Santiago Mayor], siervo del Altísimo, bendito seáis en su diestra; Él os salve y manifieste la alegría de su divino rostro.— Y todos los Ángeles respondieron: Amén.—Prosiguió la Reina del cielo y dijo: Hijo mío Jacobo [Santiago Mayor], este lugar ha señalado y destinado el altísimo y todopoderoso Dios del cielo, para que en la tierra le consagréis y dediquéis en un Templo y casa de oración, de donde debajo del título de mi nombre quiere que el suyo sea ensalzado y engrandecido y que los tesoros de su divina diestra se comuniquen, franqueando liberalmente sus antiguas misericordias con todos los fieles y que por mi intercesión las alcancen, si las pidieren con verdadera fe y piadosa devoción. Yo en nombre del Todopoderoso les prometo grandes favores y bendiciones de dulzura y mi verdadera protección y amparo, porque éste ha de ser Templo y casa mía y mi propia herencia y posesión. Y en testimonio de esta verdad y promesa **quedará aquí esta columna y colocada mi propia imagen, que en este lugar donde edificaréis mi templo perseverará y durará con la santa fe hasta el fin del mundo.** Daréis luego principio a esta casa del Señor, y habiéndole hecho este servicio partiréis a Jerusalén, donde mi Hijo santísimo quiere que le ofrezcáis el sacrificio de vuestra vida en el mismo lugar en que dio la suya para la Redención humana.

353. Dio fin la gran Reina a su razonamiento, mandando a los Ángeles que colocasen la columna y sobre ella la santa Imagen en el mismo lugar y puesto que hoy están, y así lo ejecutaron en un momento. Luego que se erigió la columna y se asentó en ella la sagrada Imagen, los mismos Ángeles, y también el Santo Apóstol, reconocieron aquel lugar y título por casa de Dios, puerta del cielo y tierra santa y consagrada en templo para gloria del Altísimo e invocación de su beatísima Madre. Y

en fe de esto dieron culto, adoración y reverencia a la divinidad, y Santiago se postró en tierra, y los Ángeles con nuevos cánticos celebraron los primeros con el mismo Apóstol la nueva y primera dedicación de Templo que se instituyó en el orbe después de la Redención humana y en nombre de la gran Señora del cielo y tierra. Este fue el origen felicísimo del santuario de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], que con justa razón se llama cámara angelical, casa propia de Dios y de su Madre purísima, y digna de la veneración de todo el orbe y fiador seguro y abonado de los beneficios y favores del cielo, que no desmerecieron nuestros pecados. Paréceme a mí que nuestro gran patrón y Apóstol el segundo Jacobo dio principio más glorioso a este templo que el primer Jacobo al suyo de Betel, cuando caminaba peregrino a Mesopotamia, aunque aquel título y piedra que levantó (Gen 28, 18) fuese lugar del futuro templo de Salomón. Allí vio en sueños Jacob la escala mística en figura y sombra con los Ángeles, pero aquí vio nuestro Jacobo la escala verdadera del cielo con los ojos corporales, y más Ángeles que en aquélla. Allí se levantó la piedra en título para el templo que muchas veces se había de destruir y en algunos siglos tendría fin, pero aquí, en la firmeza de esta verdadera columna consagrada, se aseguró el templo, la fe y culto del Altísimo hasta que se acabe el mundo, subiendo y bajando Ángeles a las alturas con las oraciones de los fieles y con incomparables beneficios y favores que distribuye nuestra gran Reina y Señora a los que en aquel lugar con devoción la invocan y con veneración la honran.

354. Dio humildes gracias nuestro Apóstol a María santísima y la pidió el amparo de este reino de España con especial protección, y mucho más de aquel lugar consagrado a su devoción y nombre. Y todo se lo ofreció la divina Madre, y dándole de nuevo su bendición, la volvieron los Ángeles a Jerusalén con el mismo orden que

la habían traído. Pero antes, a petición suya, ordenó el Altísimo que para guardar aquel santuario y defenderle quedase en él un Ángel Santo encargado de su custodia, y desde aquel día hasta ahora persevera en este ministerio y le continuará cuanto allí durare y permaneciere la Imagen sagrada y la columna. De aquí ha resultado la maravilla que todos los fieles y católicos reconocen de haberse conservado aquel santuario ileso y tan intacto por mil seiscientos [dos mil] años entre la perfidia de los enemigos de la santa fe, la idolatría de los romanos, la herejía de los arrianos y la bárbara furia de los moros y paganos [y modernos comunistas]; y fuera mayor la admiración de los cristianos, si en particular tuvieran noticia de los arbitrios y medios que todo el infierno ha fabricado en diversos tiempos para destruir este santuario por mano de todos estos infieles y naciones. No me detengo en referir estos sucesos, porque no es necesario y tampoco pertenecen a mi intento. Basta decir que por todos estos enemigos de Dios lo ha intentado Lucifer muchas veces, y todas lo ha defendido el Ángel Santo que guarda aquel sagrario.

355. Pero advierto dos cosas que se me han manifestado para que aquí las escriba. La una, que las promesas aquí referidas, así de Cristo nuestro Salvador como de su Madre santísima, para conservar aquel templo y lugar suyo, aunque parecen absolutas, tienen implícita o encerrada la condición, como sucede en otras muchas promesas de la Escritura Sagrada, que tocan a particulares beneficios de la divina gracia. Y la condición es, que de nuestra parte obremos de manera que no desobliguemos a Dios para que nos prive del favor y misericordia que nos promete y ofrece. Y porque Su Majestad en el secreto de su justicia reserva el peso de estos pecados con que le podemos desobligar, por eso no expresa ni declara esta condición; y porque también estamos avisados en su Santa Iglesia, que sus promesas y

favores no son para que usemos de ellos contra el mismo Señor, ni pequemos en confianza de su liberal misericordia, pues ninguna ofensa tanto como ésta nos hace indignos de ella. Y tales y tantos pueden ser los pecados de estos reinos y de aquella piadosa ciudad de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], que lleguemos a poner de nuestra parte la condición y número por donde merezcamos ser privados de aquel admirable beneficio y amparo de la gran Reina y Señora de los Ángeles.

356. La segunda advertencia no menos digna de consideración es, que Lucifer y sus demonios, como conocen estas verdades y promesas del Señor, **ha pretendido y pretende siempre la malicia de estos Dragones infernales introducir mayores vicios y pecados en aquella ilustre ciudad y en sus moradores con más eficacia y astucia que en otras, y en especial de los que más pueden desobligar y ofender a la pureza de María santísima.** El intento de esta serpiente antigua mira a dos cosas execrables: la una que, si puede ser, desobliguen los fieles a Dios para que les conserve allí aquel sagrado y por este camino consiga Lucifer lo que por otros no ha podido; la otra, que si no puede alcanzar esto, por lo menos impida en las almas la veneración y piedad de aquel templo sagrado y los grandes beneficios que tiene prometidos en él María santísima a los que dignamente los pidieren. Conoce bien Lucifer y sus demonios que los vecinos y moradores de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] están obligados a la Reina de los cielos con más estrecha deuda que muchas otras ciudades y provincias de la cristiandad, porque tienen dentro de sus muros la oficina y fuente de los favores y beneficios que otros van a buscar a ella. Y si con la posesión de tanto bien fuesen peores, y despreciasen la dignación y clemencia que nadie les pudo merecer, esta ingratitud a Dios y a su Madre santísima merecería mayor indignación y más grave castigo de la Justicia divina. Confieso con

alegría a todos los que leyeren esta Historia, que por escribirla a solas dos jornadas de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] tengo por muy dichosa esta vecindad [en Soria] y miro aquel santuario con gran cariño de mi alma, por la deuda que todos conocerán tengo a la gran Señora del mundo. Reconózcome también obligada y agradecida a la piedad de aquella ciudad, y en retorno de todo esto quisiera con voces vivas renovar en sus moradores la cordial e íntima devoción que deben a María santísima y los favores que con ella pueden alcanzar y con el olvido y poca atención desmerecer. Considérense, pues, más beneficiados y obligados que otros fieles. Estimen su tesoro, gócenle felizmente y no hagan del propiciatorio de Dios casa inútil y común, convirtiéndola en tribunal de justicia, pues la puso María santísima para taller o tribunal de misericordias.

357. Pasada la visión de María santísima, llamó Santiago [Mayor] a sus discípulos, que de la música y resplandor estaban absortos, aunque ni oyeron ni vieron otra cosa. Y el gran maestro les dio noticia de lo que convenía, para que le ayudasen en la edificación del sagrado templo, en que puso mano y diligencia; y antes de partir de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] acabó la pequeña capilla donde está la santa Imagen y columna, con favor y asistencia de los Ángeles. Y después con el tiempo los católicos edificaron el suntuoso templo y lo demás que adorna y acompaña aquel tan celebrado santuario. El Evangelista San Juan no tuvo por entonces noticia de esta venida de la divina Madre a España, ni ella se lo manifestó, porque estos favores y excelencias no pertenecían ala fe universal de la Iglesia y por esto las guardaba en su pecho; aunque declaró otras mayores a San Juan y a los otros Evangelistas, porque eran necesarias para la común instrucción y fe de los fieles. Pero cuando Santiago [Mayor] volvió de España por Efeso, entonces dio cuenta a su hermano Juan

Evangelista de lo que había sucedido en la peregrinación y predicación de España, y le declaró las dos veces que en ella había sido favorecido con las visiones de la beatísima Madre y de lo que en esta segunda le había sucedido en Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], del Templo que dejaba edificado en esta ciudad. Y por relación del Evangelista tuvieron noticia de este milagro muchos de los Apóstoles y discípulos a quien se lo refirió él mismo después en Jerusalén para confirmarlos en la fe y devoción de la Señora del cielo, y en la confianza de su amparo. Y fue así, porque desde entonces los que conocieron este favor de Jacobo [Santiago Mayor] la llamaban y la invocaban en sus trabajos y necesidades, y la piadosa Madre socorrió a muchos, y a todos en diferentes ocasiones y peligros.

358. Sucedió este milagroso aparecimiento de María santísima en Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], entrando el año del nacimiento de su Hijo nuestro Salvador de cuarenta, la segunda noche de dos de enero. Y desde la salida de Jerusalén a la predicación habían pasado cuatro años, cuatro meses y diez días, porque salió el Santo Apóstol año de treinta y cinco, como arriba dije (Cf. supra n. 319), a veinte de agosto; y después del aparecimiento gastó en edificar el templo, en volver a Jerusalén y predicar, un año, dos meses y veinte y tres días; **murió a los veinte y cinco de marzo del año cuarenta y uno. La gran Reina de los Ángeles, cuando se le apareció en Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], tenía de edad cincuenta y cuatro años, tres meses y veinte y cuatro días; y luego que volvió a Jerusalén partió a Efeso, como diré en el libro y capítulo siguiente; al cuarto día se partió. De manera que se le dedicó este templo muchos años antes de su glorioso tránsito, como se entenderá cuando al fin de esta Historia (Cf. infra n. 742) de la gran Señora declare su edad y el año en que murió, que desde este aparecimiento pasaron más de los**

que de ordinario se dice. Y en todos estos años ya en España era venerada con culto público y tenía templos, porque a imitación de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] se le edificaron luego otros, donde se le levantaron aras con solemne veneración.

359. Esta excelencia y maravilla es la que sin contradicción engrandece a España sobre cuanto de ella se puede predicar, pues ganó la palma a todas las naciones y reinos del orbe en la veneración, culto y devoción pública de la gran Reina y Señora del cielo María santísima, y viviendo en carne mortal se señaló con ella en venerarla [con culto de hiperdulía] e invocarla más que otras naciones lo han hecho después que murió y subió a los cielos para no volver al mundo. En retorno de esta antigua y general piedad y devoción de España con María santísima, tengo entendido que la piadosa Madre ha enriquecido tanto a estos reinos en lo público, con tantas imágenes suyas aparecidas y santuarios como hay en ellos, dedicados a su santo nombre, más que en otros reinos del mundo. Con estos singularísimos favores ha querido la divina Madre hacerse más familiar en este reino, ofreciéndole su amparo con tantos templos y santuarios como tiene, saliéndonos al encuentro en todas partes y provincias, para que la reconozcamos por nuestra Madre y Patrona, y también para que entendamos la obligación de esta nación en la defensa de su honor y la dilatación de su gloria por todo el orbe.

360. Ruego yo y humildemente suplico a todos los naturales y moradores de España y en el nombre de esta Señora les amonesto despierten la memoria y aviven la fe, renueven y resuciten la devoción antigua de María santísima y se reconozcan por más rendidos y obligados a su servicio que otras naciones; y singularmente tengan en suma veneración el santuario de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], como de mayor dignidad y

excelencia sobre todos y como original de la piedad y veneración que España reconoce a esta Reina. Y crean todos los que leyeren esta Historia, que las antiguas dichas y grandezas de esta monarquía las recibió por María santísima y por los servicios que le hicieron en ella, y si hoy las reconocemos tan arruinadas y casi perdidas, lo ha merecido así nuestro descuido, con que obligamos al desamparo que sentimos. Y si deseamos el remedio de tantas calamidades, sólo podemos alcanzarle por mano de esta poderosa Reina, obligándola con nuevos y singulares servicios y demostraciones. Y pues el admirable beneficio de la fe católica y los que he referido nos vinieron por medio de nuestro gran patrón y Apóstol Santiago, renuévese también su devoción e invocación, para que por su intercesión el Todopoderoso renueve sus maravillas.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

361. Hija mía, advertida estás que no sin misterio en el discurso de esta Historia te he manifestado tantas veces los secretos del infierno contra los hombres, los consejos y traiciones que fabrica para perderlos, la furiosa indignación y desvelo con que lo procura, sin perder punto, lugar ni ocasión y sin dejar piedra que no mueva, ni camino, estado o persona a quien no ponga muchos lazos en que caiga y, más peligrosos y más engañosos por más ocultos, los derrama contra los que cuidadosos desean la vida eterna y la amistad de Dios. Y sobre estos generales avisos se te han manifestado muchas veces los conciliábulos y prevenciones que contra ti confieren y disponen. A todos los hijos de la Iglesia les importa salir de la ignorancia en que viven de tan inevitables peligros de su eterna perdición, sin conocer ni advertir que fue castigo del primer pecado perder la luz de estos secretos y después, cuando podían merecerla, se hacen incapaces y más indignos por los pecados propios. Con esto, viven

muchos de los mismos fieles tan olvidados y descuidados como si no hubiera demonios que los persiguieran y engañaran, y si tal vez lo advierten es muy superficialmente y de paso y luego se vuelven a su olvido, que pesa en muchos no menos que las penas eternas. Si en todos tiempos y lugares, en todas obras y ocasiones, les pone asechanzas el demonio, justo y debido era que ningún cristiano diera un solo paso sin pedir el favor divino, para conocer el peligro y no caer en él. Pero como es tan torpe el olvido que de esto tienen los hijos de Adán, apenas hacen obra que no sean lastimados y heridos de la serpiente infernal y del veneno que derrama por su boca, con que acumulan culpas a culpas, males a males, que irritan la justicia divina y desmerecen la misericordia.

362. Entre estos peligros te amonesto, hija mía, que como has conocido contra ti mayor indignación y desvelo del infierno, le tengas tú con la divina gracia tan grande y continuo desvelo, como te conviene para vencer a este astuto enemigo. Atiende a lo que yo hice cuando conocí el intento de Lucifer para perseguirme a mí y a la Santa Iglesia: multipliqué las peticiones, lágrimas, suspiros y oraciones; y porque los demonios se querían valer de Herodes y de los judíos de Jerusalén, aunque yo pudiera estar con menor temor en la ciudad y me inclinaba a esto, la desamparé para dar ejemplo de cautela y de obediencia: de lo uno alejándome del peligro y de lo otro gobernándome por la voluntad y obediencia de San Juan Evangelista. Tú no eres fuerte y tienes mayor peligro por las criaturas y a más de esto eres mi discípula, tienes mis obras y vida por ejemplar para la tuya; y así quiero que en reconociendo el peligro te alejes de él, si fuere necesario, cortes por lo más sensible y siempre te arrimes a la obediencia de quien te gobierna como a norte seguro y columna fuerte para no caer. Advierte mucho si debajo de piedad aparente te esconde el ene-

migo algún lazo; guárdate no padezcas tú por granjear a oíros. Ni te fíes de tu dictamen, aunque te parezca bueno y seguro; no dificultes obedecer en cosa alguna, pues yo por la obediencia salí a peregrinar con muchos trabajos y descomodidades.

363. Renueva también los afectos y deseos de seguir mis pasos y de imitarme con perfección, para proseguir lo que resta de mi vida y escribirlo en tu corazón. Corre por el camino de la humildad y obediencia tras el olor de mi vida y virtudes, que si me obedecieres, como de ti quiero y tantas veces te repito y exhorto, yo te asistiré como a hija en tus necesidades y tribulaciones y mi Hijo santísimo cumplirá en ti su voluntad como lo desea, antes que acabes esta obra, y se ejecutarán las promesas que muchas veces nos has oído, y serás bendita de su poderosa diestra. Magnifica y engrandece al Altísimo por el favor que hizo a mi siervo Jacobo [Santiago Mayor] en Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] y por el Templo que allí me edificó antes de mi tránsito y todo lo que de esta maravilla te he manifestado, y porque aquel Templo fue el primero de la Ley Evangélica y de sumo agrado para la Beatísima Trinidad.

LIBRO VIII

CONTIENE LA JORNADA DE MARÍA SANTÍSIMA CON SAN JUAN EVANGELISTA A ÉFESO; EL GLORIOSO MARTIRIO DE SANTIAGO [MAYOR]; LA MUERTE Y CASTIGO DE HERODES; LA DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO DE DIANA; LA VUELTA DE MARÍA SANTÍSIMA DE ÉFESO A JERUSALÉN; LA INSTRUCCIÓN QUE DIO A LOS EVANGELISTAS; EL ALTÍSIMO ESTADO QUE TUVO SU ALMA PURÍSIMA ANTES DE MORIR; SU FELICÍSIMO TRÁNSITO, SUBIDA A LOS CIELOS Y CORONACIÓN.

CAPITULO 1

Parte de Jerusalén María santísima con san Juan Evangelista para Éfeso, viene san Pablo de Damasco a Jerusalén, vuelve a ella Santiago (Mayor), visita en Éfeso a la gran Reina; decláranse los secretos que en estos viajes sucedieron a todos.

365. Volvió María santísima a Jerusalén en manos de serafines desde Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], dejando mejorada y enriquecida aquella ciudad y reino de España con su presencia, con su protección y promesas, y con el templo que para título y monumento de su sagrado nombre le dejaba edificando Santiago [Mayor], con asistencia y favor de los Santos Ángeles. Al punto que la gran Señora del cielo y Reina de los Ángeles descendió de la nube o trono en que la traían y pisó el suelo del cenáculo, se postró en él, pegándose con el polvo, para alabar al Muy Alto por los favores y beneficios que con ella, con Santiago [Mayor] y aquellos reinos había obrado su poderosa diestra en aquella milagrosa jornada. Y considerando con su inefable humildad, que en carne mortal se le edificaba templo a su nombre e invocación, de tal manera se aniquiló y deshizo en su estimación en la divina presencia, como si totalmente se le olvidara que era Madre de Dios verdadera, criatura impecable y superior en santidad sobre todos los supremos serafines excediéndoles sin medida. Tanto se humilló y agradeció estos beneficios, como si fuera un gusanillo y la menor y más pecadora de las criaturas, e hizo juicio que debía levantarse sobre sí misma con esta deuda a nuevos grados de santidad más alta y remontada. Así lo propuso y cumplió llegando su sabiduría y humildad hasta donde no alcanza nuestra capacidad.

366. En estos ejercicios gastó lo más de los cuatro días

después que volvió a Jerusalén, y también en pedir con gran fervor por la defensa y aumento de la Santa Iglesia. En el ínterin el Evangelista San Juan prevenía la jornada y la embarcación para Éfeso, y al cuarto día, que era el quinto de enero del año de cuarenta, la dio aviso San Juan Evangelista cómo era tiempo de partir, porque había embarcación y estaba todo dispuesto para caminar. La gran Maestra de la obediencia sin réplica ni dilación se puso de rodillas y pidió licencia al Señor para salir del cenáculo y de Jerusalén, y luego se fue a despedirse del dueño de la casa y de sus moradores. Bien se deja entender el dolor que a todos tocaría de esta despedida, porque de la conversación dulcísima de la Madre de la gracia y de los favores y bienes que recibían de su liberal mano estaban todos cautivos, presos y rendidos a su amor y veneración, y en un punto quedaban sin consuelo y sin el tesoro riquísimo del cielo donde hallaban tantos bienes. Ofreciéronse todos a seguirla y a acompañarla, pero, como esto no era conveniente, la pidieron con muchas lágrimas acelerase la vuelta y no desamparase del todo aquella casa, de que tenía larga posesión. Agradeció la divina Madre estos ofrecimientos piadosos y caritativos con agradables y humildes demostraciones, y con la esperanza de su vuelta les templó algo su dolor.

367. Pidió luego licencia a San Juan Evangelista para visitar los Lugares Santos de nuestra Redención y venerar en ellos con culto y adoración al Señor que los consagró con su presencia y preciosa sangre, y en compañía del mismo Apóstol hizo estas sagradas estaciones con increíble devoción, lágrimas y reverencia; y San Juan Evangelista, con suma cosolación que recibió de acompañarla, ejercitó actos heroicos de las virtudes. Vio en los Lugares Santos la beatísima Madre a los Santos Ángeles que en cada uno estaban para su guarda y defensa, y de nuevo les

encargó que resistiesen a Lucifer y sus demonios para que no destruyesen ni profanasen con irreverencia aquellos lugares sagrados, como lo deseaban y lo intentarían por mano de los incrédulos. Y para esta defensa advirtió a los santos espíritus que desvaneciesen con santas inspiraciones los malos pensamientos y sugerencias diabólicas con que el Dragón infernal procuraba inducir a los judíos y demás mortales para borrar la memoria de Cristo nuestro Señor en aquellos Santos Lugares. Y para todos los siglos futuros les encargó este cuidado, porque la ira de los malignos espíritus duraría para siempre contra los lugares y obras de la Redención. Obedecieron los Santos Ángeles a su Reina y Señora en todo lo que les ordenó.

368. Hecha esta diligencia pidió la bendición a San Juan Evangelista, puesta de rodillas, para caminar, como lo hacía con su Hijo santísimo (Cf. supra p. II n. 698), porque siempre ejercitó con el amado discípulo que le dejó en su lugar las dos virtudes grandiosas de obediencia y humildad. Muchos fieles de los que había en Jerusalén la ofrecieron dinero, joyas y carrozas para el camino hasta el mar y para todo el viaje lo necesario. Pero la prudentísima Señora con humildad y estimación satisfizo a todos sin admitir cosa alguna, y para las jornadas hasta el mar le sirvió un humilde jumentillo en que hizo el camino, como Reina de las virtudes y de los pobres. Acordábase de las jornadas y peregrinaciones que antes había hecho con su Hijo santísimo y con su esposo San José; y esta memoria, y el amor divino que la obligaba de nuevo a peregrinar, despertaban en su columbino corazón tiernos y devotos afectos; y para ser en todo perfectísima, hizo nuevos afectos de resignación en la voluntad divina, de carecer, por su gloria y exaltación de su nombre, de la compañía de Hijo y Esposo en aquella jornada, que en otras había tenido y gozado de tan gran consuelo, y de dejar la quietud del

cenáculo, los Lugares Santos y la compañía de muchos y fieles devotos; y alabó al Altísimo porque le daba al discípulo amado para que la acompañase en estas ausencias.

369. Y para mayor alivio y consuelo en la jornada de la gran Reina, se le manifestaron al salir del cenáculo todos sus Ángeles en forma corpórea y visible, que la rodearon y cogieron en medio. Y con la escolta de este celestial escuadrón y la compañía humana de solo San Juan Evangelista, caminó hasta el puerto donde estaba el navío que navegaba a Éfeso. Y gastó todo este camino en repetidos y dulces coloquios y cánticos con los espíritus soberanos en alabanza del Altísimo, y alguna vez con San Juan Evangelista, que cuidadoso y oficioso la servía con admirable reverencia en todo lo que se ofrecía y el dichosísimo Apóstol conocía que era menester. Esta solicitud de San Juan Evangelista agradecía María santísima con increíble humildad, porque las dos virtudes, de gratitud y humildad, hacían en la Reina muy grandes los beneficios que recibía y, aunque se le debían por tantos títulos de obligación y justicia, los reconocía como si fueran favores y muy de gracia.

370. Llegaron al puerto y luego se embarcaron en una nave como otros pasajeros. Entró la gran Reina del mundo en el mar, la primera vez que había llegado a él por este modo. Penetró y vio con suma claridad y comprensión todo aquel vastísimo piélago del mar Mediterráneo y la comunicación que tiene con el Océano. Vio su profundidad y altura, su longitud y latitud, las cavernas que tiene y oculta disposición, sus arenas y mineros, flujos y reflujos, sus animales, ballenas, variedad de peces grandes y pequeños, y cuanto en aquella portentosa criatura estaba encerrado. Conoció también cuántas personas en ella se habían anegado y perecido navegando, y se acordó de la verdad que dijo el

Eclesiástico (Eclo 43, 26), de que cuentan los peligros del mar aquellos que le navegan, y lo de Santo Rey y Profeta David (Sal 92, 4), que son admirables las elaciones y soberbia de sus hinchadas olas. Y pudo conocer la divina Madre todo esto, así por especial dispensación de su Hijo santísimo, como también porque gozaba en grado muy supremo de los privilegios y gracias de la naturaleza angélica y de otra singular participación de los divinos atributos, a imitación y similitud y semejanza de la humanidad santísima de Cristo nuestro Salvador. Y con estos dones y privilegios, no sólo conocía todas las cosas como ellas son en sí mismas y sin engaño, pero la esfera de su conocimiento era mucho más dilatada para penetrar y comprender más que los ángeles.

371. Y cuando a las potencias y sabiduría de la gran Reina se le propuso aquel dilatado mapa en que reverberaban como en espejo clarísimo la grandeza y omnipotencia del Criador, levantó su espíritu con vuelo ardentísimo hasta llegar al ser de Dios, que tanto resplandece en sus admirables criaturas, y en todas y por todas le dio alabanza, gloria y magnificencia. Y compadeciéndose como piadosa Madre de todos los que se entregan a la indómita fuerza del mar, para navegarle con tanto riesgo de sus vidas, hizo por ellos fervorosísima oración y pidió al Todopoderoso defendiese en aquellos peligros a todos los que en ellos invocasen su intercesión y nombre, pidiendo devotamente su amparo. Concedió luego el Señor esta petición y la dio su palabra de favorecer en los peligros del mar a los que llevasen alguna imagen suya y con afecto llamasen en las tormentas a la estrella del mar María santísima. De esta promesa se entenderá que si los católicos y fieles tienen malos sucesos y perecen en las navegaciones, la causa es porque ignoran este favor de la Reina de los Ángeles, o porque merecen por sus pecados no acordarse de ella en las tormentas que allí padecen y no la llaman y piden su

favor con verdadera fe y devoción; pues ni la palabra del Señor puede faltar (Mt 24, 35), ni la gran Madre se negaría a los necesitados y afligidos en el mar [también en el aire, en la carretera].

372. Sucedió también otra maravilla, y fue que, cuando María santísima vio el mar y sus peces y los demás animales marítimos, les dio a todos su bendición y les mandó que en el modo que les pertenecía reconociesen y alabasen a su Criador. Fue cosa admirable que, obedeciendo todos los pescados del mar a esta palabra de su Señora y Reina, acudieron con increíble velocidad a ponerse delante el navío, sin faltar de ningún género de estos animales de quien no fuese innumerable multitud. Y rodeando todos la nave descubrían las cabezas fuera del agua y con movimientos y meneos extraordinarios y agradables estuvieron grande rato como reconociendo a la Reina y Señora de las criaturas, dándole la obediencia y festejándola y como agradeciéndole que se dignase de haber entrado en el elemento y morada en que ellos vivían. Esta nueva maravilla extrañaron todos los que iban en el navío, como nunca vista. Y porque aquella multitud de peces grandes y pequeños, tan juntos y apiñados impedían algo a la nave para caminar, les motivó más a atender y discurrir, pero no conocieron la causa de la novedad; sólo San Juan Evangelista la entendió y en mucho rato no pudo contener las lágrimas de alegría devota. Y pasando algún espacio, pidió a la divina Madre que diese su bendición y licencia a los peces para que se fuesen, pues tan prontamente la habían obedecido cuando los convidó a alabar al Altísimo. Hízolo así la dulcísima Madre, y luego se desapareció aquel ejército de pescados, y el mar quedó en leche y muy tranquilo, sereno y lindo, con que prosiguieron el viaje y en pocos días llegaron a desembarcar en Éfeso.

373. Salieron a tierra, y en ella y en el mar hizo grandes maravillas la gran Reina, curando enfermos y endemoniados, que llegando a su presencia quedaban libres sin dilación. Y no me detengo a escribir todos estos milagros, porque sería menester muchos libros y más tiempo si hubiera de referir todos los que María santísima iba obrando y los favores del cielo que derramaba en todas partes como instrumento y dispensera de la omnipotencia del Altísimo. Sólo escribo los que son necesarios para la Historia y los que bastan para manifestar algo de lo que no se sabía de las obras y maravillas de nuestra Reina y Señora. En Éfeso vivían algunos fieles que desde Jerusalén y Palestina habían venido. Eran pocos; pero en sabiendo la llegada de la Madre de Cristo nuestro Salvador, fueron a visitarla y a ofrecerle sus posadas y haciendas para su servicio. Pero la gran Reina de las virtudes, que ni buscaba ostentación ni comodidades temporales, eligió para su morada la casa de unas mujeres recogidas, retiradas y no ricas, que vivían solas sin compañía de varones. Ellas se la ofrecieron por disposición del Señor con caridad y benevolencia, y reconociendo su habitación, interviniendo en todo los Ángeles, señalaron un aposento muy retirado para la Reina y otro para San Juan Evangelista. Y en esta posada vivieron mientras estuvieron en aquella ciudad de Éfeso.

374. Agradeció María santísima este beneficio a las vecinas y dueñas de la casa, y luego se retiró sola a su aposento, y postrada en tierra como acostumbraba para hacer oración adoró al ser inmutable del Altísimo, y ofreciéndose en sacrificio para servirle en aquella ciudad dijo estas palabras: Señor y Dios omnipotente, con la inmensidad de Vuestra divinidad y grandeza llenáis todos los cielos y la tierra. Yo, Vuestra humilde sierva, deseo hacer en todo Vuestra voluntad perfectamente en toda ocasión, lugar y tiempo, en que Vuestra Providencia

divina me pusiere; porque Vos sois todo mi bien, mi ser y vida, a Vos sólo se encaminan mis deseos y los afectos de mi voluntad. Gobernad, altísimo Señor, todos mis pensamientos, palabras y obras, para que todas sean de Vuestro agrado y beneplácito.— Conoció la prudentísima Madre que aceptó el Señor esta petición y ofrenda y que respondía a sus deseos con virtud divina que la asistiría y gobernaría siempre.

375. Continuó la oración, pidiendo por la Iglesia Santa, y disponiendo lo que deseaba hacer y ayudar desde allí a los fieles. Llamó a los Santos Ángeles y despachó algunos para que socorriesen a los Apóstoles y discípulos, que conoció estaban más afligidos con las persecuciones que por medio de los infieles movía contra ellos el demonio. En aquellos días San Pablo salió huyendo de Damasco por la persecución que allí le hacían los judíos, como él lo refiere en la segunda a los Corintios, cuando le descolgaron por el muro de la ciudad (2 Cor 11, 33). Y para que defendiesen al Apóstol de estos peligros y de los que prevenía Lucifer contra él en la jornada que hacía a Jerusalén, envió la gran Reina ángeles que le asistieron y guardaron, porque la indignación del infierno estaba contra San Pablo más irritada y furiosa que contra los otros Apóstoles. Esta jornada es la que el mismo Apóstol refiere en la epístola *ad Galatas (Gal 1, 18)*, que hizo después de tres años, subiendo a Jerusalén para visitar a San Pedro. Y estos tres años dichos no se han de contar después de la conversión de San Pablo, sino después que volvió de Arabia a Damasco. Y aunque esto se colige del texto de San Pablo, porque en acabando de decir que volvió de Arabia a Damasco añade luego que después de tres años subió a Jerusalén, y si estos tres años se contasen de antes que fuera a Arabia quedaba el texto muy confuso.

376. Pero con mayor claridad se prueba esto, del

cómputo que arriba se ha hecho (Cf supra n. 198) desde la muerte de San Esteban y de esta jornada de María santísima a Éfeso. Porque San Esteban murió cumplido el año de treinta y cuatro de Cristo, como dije en su lugar, contando los años desde el mismo día del nacimiento; y contándolos del día de la circuncisión, como ahora los computa la Santa Iglesia, murió San Esteban los siete días antes de cumplirse el año de treinta y cuatro, que restaban hasta primero de enero. La conversión de San Pablo fue el año de treinta y seis, a los veinte y cinco de enero. Y si tres años después viniera a Jerusalén, hallara allí a María santísima y a San Juan Evangelista, y él mismo dice (Gal 1, 19) que no vio en Jerusalén a ninguno de los Apóstoles más que a San Pedro y Santiago el Menor, que se llamaba Alfeo; y si estuvieran en Jerusalén la Reina y San Juan Evangelista, no dejara San Pablo de verlos, y también nombrara a san Juan Evangelista a lo menos, pero asegura que no le vio. Y la causa fue que San Pablo vino a Jerusalén el año de cuarenta, cumplidos cuatro de su conversión, y poco más de un mes después que María santísima partió a Éfeso, entrando ya el quinto año de la conversión del Apóstol, cuando los otros Apóstoles, fuera de los dos que vio, estaban ya fuera de Jerusalén, cada uno en su provincia, predicando el Evangelio de Jesucristo.

377. Y conforme a esta cuenta, San Pablo gastó el primer año de su conversión, o la mayor parte de él, en la jornada y predicación de la Arabia, y los tres siguientes en Damasco. Y por esto el evangelista San Lucas en el capítulo 9 de los Hechos apostólicos (Act 9, 23), aunque no cuenta la jornada de San Pablo a Arabia, pero dice que después de muchos días de su conversión trataron los judíos de Damasco cómo le quitarían la vida, entendiendo por estos muchos días los cuatro años que habían pasado. Y luego añade (Act 9, 24-25) que, conocidas las asechanzas de los judíos, le descolgaron

los discípulos una noche por el muro de la ciudad y vino a Jerusalén. Y aunque los dos Apóstoles que allí estaban y otros nuevos discípulos sabían ya su milagrosa conversión, con todo eso les duraba siempre el temor y recelo de su perseverancia, por haber sido tan declarado enemigo de Cristo nuestro Salvador. Y con este recelo se recataban de San Pablo al principio, hasta que San Bernabé le habló y le llevó a la presencia de San Pedro y Santiago el Menor y otros discípulos. Allí se postró Pablo a los pies del Vicario de Cristo nuestro Salvador, y se los besó, pidiéndole con copiosas lágrimas le perdonase como a quien estaba reconocido de sus errores y pecados, que le admitiese en el número de sus súbditos y seguidores de su Maestro, cuyo santo nombre y fe deseaba predicar hasta derramar sangre.

378. De este miedo y recelo que tuvieron San Pedro y Santiago el Menor Alfeo de la perseverancia de San Pablo se colige también que cuando vino a Jerusalén no estaba en ella María santísima ni San Juan Evangelista; porque si se hallaran en la ciudad, primero se presentara a ella que a otro alguno, con que les quitara el temor; y también ellos se informaran de la divina Madre más inmediatamente para saber si podían fiarse de San Pablo, y todo lo previniera la prudentísima Señora, pues era tan oficiosa y atenta al consuelo y acierto de los Apóstoles y más de San Pedro. Pero como la gran Señora estaba ya en Éfeso, no tuvieron quien los asegurase de la constancia y gracia de San Pablo, hasta que San Pedro la experimentó viéndole rendido a sus pies. Y entonces le admitió con gran júbilo de su alma y de todos los demás discípulos. Dieron todos humildes y fervientes gracias al Señor y ordenaron que San Pablo saliese a predicar en Jerusalén, como de hecho lo hizo con admiración de los judíos que le conocían. Y porque sus palabras eran flechas encendidas que penetraban los corazones de todos cuantos le oían, quedaron asombrados, y en dos

días se conmovió toda Jerusalén con la voz que corrió de la venida y novedad de San Pablo, que ya iban conociendo por experiencia.

379. No dormía Lucifer ni sus demonios en esta ocasión, en que para su mayor tormento los despertó más el azote del Todopoderoso, porque al entrar San Pablo en Jerusalén sintieron estos dragones infernales que los atormentaba, oprimía y arruinaba la virtud divina que estaba en el Apóstol. Pero como aquella soberbia y malicia nunca se extinguirá mientras eternamente duraren estos enemigos, luego que sintieron contra sí tan violenta fuerza, se irritaron más contra San Pablo en quien la reconocían. Y Lucifer, con increíble saña, convocó a muchas legiones de sus demonios y les exhortó de nuevo que todos se animasen y estrenasen la fuerza de su malicia en aquella demanda para destruir de todo punto a San Pablo, sin dejar piedra que para este fin no moviesen en Jerusalén y en todo el mundo. Y sin dilación ejecutaron los demonios este acuerdo, irritando a Herodes y a los judíos contra el Apóstol y tomando ocasión para esto del increíble y ardiente celo con que comenzó a predicar en Jerusalén.

380. Tuvo noticia de todo esto la gran Señora del cielo que estaba en Éfeso, porque a más de su admirable ciencia trajeron aviso de todo lo que pasaba con San Pablo los mismos Ángeles que envió a su defensa. Y como la beatísima Madre tenía prevenida la turbación de Jerusalén, por la malicia de Herodes y otros mortales, y por otra parte la importancia de conservar la vida de San Pablo para la exaltación del nombre del Altísimo y dilatación del Evangelio y conocía el peligro en que estaba en Jerusalén (Cf. supra n. 375), todo esto dio nuevo cuidado a la divina Señora y crecía más por hallarse ausente de Palestina donde pudiera asistir a los Apóstoles más de cerca. Pero hízolo desde Éfeso con la

eficacia de sus continuas oraciones y peticiones, multiplicándolas sin cesar con lágrimas y gemidos y con otras diligencias por ministerio de los Santos Ángeles. Y para aliviarla en estos cuidados el Señor la respondió un día en la oración, que se haría lo que pedía por Pablo y que le guardaría Su Majestad la vida y la defendería de aquel peligro y asechanzas del demonio. Y sucedió así; porque estando San Pablo un día orando en el templo tuvo un éxtasis admirable y de altísimas iluminaciones e inteligencias, con gran júbilo de su espíritu, y en él le mandó el Señor saliese luego de Jerusalén, porque convenía para salvar su vida del odio de los judíos que no admitirían su doctrina y predicación.

381. Por esta razón no se detuvo San Pablo en Jerusalén más de quince días en esta jornada, como él mismo lo dice en el capítulo 1 *ad Galatas* (*Gal 1, 18*). Y después de algunos años que volvió de Mileto y Éfeso a Jerusalén, donde le prendieron, refiere este suceso del éxtasis que tuvo en el templo y del mandato del Señor para que saliese luego de Jerusalén, como se contiene en el capítulo 22 de los Hechos apostólicos (*Act 22, 17-18*). De esta visión y orden del Señor dio cuenta San Pablo a San Pedro como cabeza del apostolado y, conferido el peligro en que estaba la vida de Pablo, le despacharon ocultamente a Cesárea y Tarso, para que predicase a los gentiles sin diferencia, como lo hizo. Pero de todas estas maravillas y favores era María santísima el instrumento y medianera, por cuya intercesión las obraba su Hijo santísimo, y de todo tenía luego noticia y daba las gracias en su nombre y de toda la Iglesia.

382. Asegurada ya entonces la vida de San Pablo, tenía la piadosa Madre esperanza de que la divina Providencia favorecería a Jacobo [Santiago el Mayor] su sobrino, de quien tenía singular cuidado, que siempre estaba en Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] asistido de los

cien ángeles que le dio en Granada para su compañía y defensa, como dejo dicho (Cf. supra n. 326). Estos divinos espíritus iban y venían muchas veces a la presencia de María santísima con las peticiones de nuestro Apóstol y con otros avisos de nuestra gran Reina, y por este medio tuvo Santiago noticia de la venida de la gran Señora a Éfeso. Y cuando tuvo la capilla y pequeño templo del Pilar de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] en la disposición que convenía, la dejó encomendada al Obispo y discípulos que dejaba en aquella ciudad como en otras de España. Hecho esto, después de algunos meses del aparecimiento de la gran Reina, partió Santiago [el Mayor] de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] continuando por diversos lugares su predicación, y llegando a la costa de Cataluña se embarcó para Italia, donde sin detenerse mucho prosiguió el viaje predicando siempre, hasta que se embarcó otra vez para Asia, con ardientes deseos de ver en ella a María santísima, su Señora y amparo.

383. Consiguiólo felicísimamente Santiago [el Mayor], y llegando a Éfeso se postró a los pies de la Madre de su Criador derramando copiosas lágrimas de júbilo y veneración. Y con estos vivos afectos la dio humildes gracias por los incomparables favores que por su medio había recibido de la divina diestra en la peregrinación y predicación de España y por haberlo visitado en ella con su real presencia y por todos los beneficios que en estas visitas le había hecho. La divina Madre, como maestra de la humildad, levantó luego del suelo al Santo Apóstol y le dijo: Señor mío, advertid que sois ungido del Señor, su cristo y su ministro, y yo un humilde gusanillo.—Y con estas palabras se arrodilló la gran Señora y le pidió la bendición a Santiago [el Mayor] como a Sacerdote del Altísimo. Estuvo algunos días en Éfeso en compañía de María santísima y de su hermano San Juan, a quien dio cuenta de todo lo que en España le había sucedido; y con

la prudentísima Madre tuvo aquellos días altísimos coloquios y conferencias, de los cuales basta referir solos los siguientes:

384. Para despedir a Jacobo [Santiago el Mayor] le habló María santísima un día y le dijo: Jacobo [Santiago el Mayor], hijo mío, éstos serán los últimos y pocos días de vuestra vida. Y ya sabéis cuán de corazón os amo en el Señor, deseando llevaros a lo íntimo de su caridad y amistad eterna, para la cual os crió, redimió y llamó. En lo que os restare de vida, deseo manifestaros este amor y os ofrezco todo lo que con la divina gracia pudiere hacer por vos como verdadera madre.—A este favor tan inefable respondió Jacobo [Santiago el Mayor] con increíble veneración y dijo: Señora mía y Madre de mi Dios y Redentor, de lo íntimo de mi alma os doy gracias por este nuevo beneficio, digno de sola vuestra caridad sin medida. Pido, Señora mía, que me deis vuestra bendición para ir a padecer martirio por Vuestro Hijo y mi verdadero Dios y Señor. Y si fuere voluntad suya y de su gloria, desea mi alma suplicaros que no me desamparéis en el sacrificio de mi vida, sino que os vean mis ojos en aquel tránsito, para que me ofrezcáis por agradable hostia en su divina presencia.

385. A esta petición de Santiago [el Mayor] respondió María santísima que la presentaría al Señor, y se la cumpliría si la divina voluntad y dignación lo disponía para su gloria. Y con esta esperanza y otras razones de vida eterna confortó al Apóstol y le animó para el martirio que le esperaba, y entre otras palabras le dijo las siguientes: Hijo mío Jacobo [Santiago el Mayor], ¿qué tormentos y qué penas parecieran graves para entrar en el eterno gozo del Señor? Todo lo violento es suave y lo más terrible amable y deseable, a quien ha conocido al infinito y sumo Bien, que ha de poseer por un momentáneo dolor (2 Cor 4, 17). Yo os doy, Señor mío, la

enhorabuena de vuestra felicísima suerte y que estéis tan cerca de salir de estas prisiones de la carne mortal, para gozar del Bien infinito como comprensor y ver la alegría de su divino rostro. En esta dicha me lleváis el corazón, porque tan en breve habéis de conseguir lo que desea mi alma, y daréis la vida temporal por la posesión indefectible del eterno descanso. Yo os doy la bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, para que todas tres personas en unidad de una esencia os asistan en la tribulación y os encaminen en vuestros deseos, y el mío os acompañará en vuestro glorioso martirio.

386. Sobre estas razones añadió la gran Reina otras de admirable sabiduría y de suma consolación para despedir a Santiago y le ordenó que cuando llegase a la vista beatífica alabase a la Beatísima Trinidad en nombre de la misma Señora y todas las criaturas y que rogase por la Santa Iglesia. Ofrecióla Santiago hacer todo lo que le ordenaba y de nuevo la pidió su favor y protección en la hora de su martirio, y la divina Madre se lo prometió otra vez. En las últimas razones de la despedida dijo Santiago [el Mayor]: Señora mía y bendita entre las mujeres, Vuestra vida y Vuestra intercesión es el apoyo en que la Santa Iglesia ahora y en todos los siglos ha de permanecer segura entre las persecuciones y tentaciones de los enemigos del Señor, y Vuestra caridad será el instrumentó de Vuestro legítimo martirio. Acordaos siempre, como dulcísima madre, del reino de España donde se ha plantado la Santa Iglesia y fe de Vuestro Hijo santísimo y mi Redentor. Recíbidle debajo de Vuestro especial amparo y conservad en él Vuestro sagrado templo y la fe que yo, indigno, he predicado, y dadme Vuestra santa bendición.—Ofrecióle María santísima que cumpliría su petición y deseos y dándole la bendición le despidió.

387. Despidióse también Santiago de su hermano San

Juan Evangelista con grandes lágrimas de entrambos, no de tristeza tanto como de júbilo por la dicha del mayor hermano, que había de ser el primero en la felicidad eterna y palma del martirio. Y luego caminó Santiago [el Mayor], sin detenerse, a Jerusalén, donde predicó algunos días antes que muriese, como diré en el capítulo siguiente. Quedó en Éfeso la gran Señora del mundo, atenta a todo lo que sucedía a Santiago [el Mayor] y a todos los demás Apóstoles, sin perderlos de su vista interior y sin intermitir las peticiones y oraciones por ellos y por todos los fieles de la Iglesia. Y con la ocasión del martirio que Santiago [el Mayor] iba a padecer por el nombre de Cristo, se despertaron en el inflamado corazón de la purísima Madre tantos incendios de amor y deseos de dar su vida por el mismo Señor, que mereció muchas más coronas que el Apóstol y más que todos juntos, porque con cada uno padeció muchos martirios de amor, más sensibles para su castísimo y ardentísimo corazón que los tormentos de navajas y fuego para los cuerpos de los Mártires.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

388. Hija mía, en las advertencias de este capítulo tienes muchas reglas de perfección y de bien obrar. Advierte, pues, que así como Dios es principio y origen de todo el ser y potencias de las criaturas, así también, conforme al orden de la razón, ha de ser el fin de todas ellas; porque si todo lo reciben sin merecerlo, todo lo deben a quien se lo dio de gracia, y si se lo dieron para obrar, todas las obras deben a su Criador y no a sí misma ni a otro alguno. Esta verdad, que yo entendía sin engaño y la confería en mi corazón, me obligaba al ejercicio que tantas veces con admiración has escrito (Cf. supra p. I n. 786; p. II n. 180; p. III n. 4ss.) y entendido de postrarme en tierra, pegarme con ella y adorar al ser de Dios inmutable con profunda reverencia, veneración y culto.

Consideraba cómo había sido criada de la nada y formada de tierra, y en presencia del ser de Dios me aniquilaba, reconociéndole por autor que me daba vida, ser y movimiento (Act 17, 28), y que sin Él fuera nada, y todo se lo debía como a único principio y fin de todo lo criado. Con la ponderación de esta verdad me parecía poco todo cuanto hacía y padecía y, aunque no cesaba en obrar bien, siempre anhelaba y suspiraba por hacer y padecer, mas nunca se saciaba mi corazón, porque siempre me hallaba deudora y me consideraba pobre y más obligada. Muy cerca de la razón natural está esta ciencia, y más de la luz de la fe, si los hombres atendieran a ella, pues la deuda es común y manifiesta. Pero entre este general olvido quiero, hija mía, que estés advertida para imitarme en estas obras y ejercicios que te he manifestado, y en especial te advierto que te pegues al polvo y te deshagas más cuando el Altísimo te levantara a los favores y regalos de sus abrazos más estrechos. Este ejemplo tienes patente en mi humildad, cuando recibía algún beneficio singular, como fue mandar el Señor que en la vida mortal se me dedicase templo donde fuese invocada y honrada con veneración y culto; y este favor y otros me humillaron sobre toda ponderación humana. Y si yo hacía esto sobre tantas obras, pondera tú lo que debes hacer cuando contigo es tan liberal el Señor y tu retribución ha sido tan corta.

389. Quiero también, hija mía, que me imites en ser muy circunspecta y de espíritu pobre en satisfacer a tus necesidades sin muchas comodidades, aunque te las ofrezcan tus monjas o los que te quieren bien. Elige siempre en esto o admite lo más pobre, moderado, desechado y humilde; pues de otra manera no puedes imitarme ni seguir mi espíritu, con que despedí sin hacer extremos todas las comodidades, ostentación y abundancia que los fieles me ofrecieron en Jerusalén y en Éfeso; para mi jornada y habitación, yo admití lo

menos que me bastaba. Y en esta virtud están encerradas muchas que hacen muy dichosa a la criatura, y el mundo engañado y ciego se paga y se arroja a todo lo contrario de esta virtud y verdad.

390. De otro común engaño procura también guardarte con todo cuidado. Esto es, que los hombres, aunque deben conocer que todos los bienes del cuerpo y del alma son propios del Señor, con todo eso de ordinario se los apropian a sí mismos y los tienen tan asidos, que no sólo no los ofrecen de voluntad a su Criador y Señor, pero si alguna vez se los quita lo sienten y lamentan como si fueran injuriados y como si Dios les hiciera algún agravio. Tan desordenadamente suelen amar los padres a los hijos y los hijos a los padres, los maridos a las mujeres y ellas a ellos, y todos a la hacienda, la honra y la salud y otros bienes temporales; y muchas almas los espirituales, que si éstos les faltan no tienen modo en el dolor y sentimiento y, aunque sea imposible recuperar lo que desean, viven inquietos y sin consuelo, pasando del sentimiento sensible al desorden de la razón e injusticia. Con este vicio no sólo condenan las obras de la divina Providencia y pierden el gran mérito que alcanzarán ofreciéndolo al Señor y sacrificándole lo que es propio suyo, sino que dan a entender que tendrían por última felicidad poseer y gozar aquellos bienes transitorios que han perdido y que vivirían contentos muchos siglos con sólo aquel bien aparente, caduco y perecedero.

391. Ninguno de los hijos de Adán pudo amar más ni tanto otra cosa visible como yo a mi Hijo santísimo y a mi esposo José; y con ser este amor tan bien ordenado cuando vivía en su compañía, ofrecí al Señor de todo corazón el carecer de su trato y conversación todo el tiempo que sin ella viví en el mundo. Esta conformidad y resignación quiero que imites cuando te faltare alguna cosa de las que en Dios debes amar, que fuera de Su

Majestad para ninguna tienes licencia. Sólo han de ser en ti perpetuas las ansias y deseos de ver el sumo bien y de amarle enteramente y para siempre en la patria [del Cielo]. Por esta felicidad debes anhelar con lágrimas y suspiros de lo íntimo de tu corazón, por ella debes padecer con alegría todas las penalidades y aflicciones de la vida mortal. Y en estos afectos has de caminar, de manera que desde hoy tengas vivos deseos de padecer todo cuanto oyeres y entendieres que han padecido los Santos para hacerte digna de Dios. Pero advierte que estos deseos de padecer y las aspiraciones y conatos de ver a Dios han de ser de condición que con el afecto del padecer recompenses el dolor que no consigues y le tengas de que no mereces lo que tanto deseas. Y en los vuelos de anhelar a la visión beatífica no se ha de mezclar otro motivo de aliviarte con el gozo de su vista de las penalidades de la vida, porque desear la vista del sumo bien para carecer del trabajo no es amor de Dios, sino de sí mismo y de propia comodidad, que no merece premio en los ojos del Omnipotente, que todo lo penetran y pesan. Pero si tú obrares estas cosas sin engaño y con plenitud de perfección, como fiel sierva y esposa de mi Hijo, deseando verle para amarle y alabarle y para no ofenderle más eternamente, y codiciares todos los trabajos y tribulaciones para sólo este fin, cree y asegúrate que nos obligarás mucho y llegarás al estado de amor que siempre deseas, que para esto somos contigo tan liberales.

CAPITULO 2

El glorioso martirio de Santiago [EL Mayor], asístele en él María santísima y lleva su alma a los cielos, viene su cuerpo a España, la prisión de San Pedro y su libertad de la cárcel y los secretos que en todo sucedieron.

392. Llegó a Jerusalén nuestro Gran Apóstol Santiago

[Mayor] en ocasión que toda aquella ciudad estaba muy turbada contra los discípulos y seguidores de Cristo nuestro Señor. Esta nueva indignación habían fomentado los demonios ocultamente, inficionando más con su venenoso aliento los corazones de los judíos, encendiendo en ellos el celo de su ley y la emulación contra la nueva evangélica, con la ocasión de la predicación de San Pablo, que aunque no estuvo en Jerusalén más de quince días, en este breve tiempo obró tanto en él la virtud divina que convirtió a muchos y puso a todos en admiración y asombro. Y aunque los judíos incrédulos se animaron algo con saber que San Pablo había salido de Jerusalén, entró luego Santiago [Mayor] no menos lleno de sabiduría divina y celo del nombre de Cristo nuestro Redentor, con que se volvieron a inmutar. Y Lucifer, que no ignoraba su venida, solicitaba y aumentaba la indignación de los pontífices, sacerdotes y escribas, para que el nuevo predicador les sirviese de más tósigo que los inquietase y alterase. Entró Santiago [Mayor] predicando fervorosamente el nombre del Crucificado, su misteriosa muerte y resurrección. Y a los primeros días convirtió a la fe algunos judíos; entre éstos fueron señalados un Hermogenes y otro Fileto, entrambos mágicos y hechiceros, que tenían pacto con el demonio. Era Hermogenes más docto en la mágica y Fileto era su discípulo, pero de los dos se quisieron valer los judíos contra el Apóstol, para que o le convenciesen en disputa o, si esto no conseguían, le quitasen la vida con algún maleficio de sus artes mágicas.

393. Esta maldad maquinaron los demonios por medio de los judíos, como por instrumentos de su iniquidad, porque no podían por sí mismos llegar cerca del Apóstol, aterrados de la divina gracia que en él sentían. Pero llegando a la disputa con los dos magos, entró primero Fileto arguyendo a Santiago [Mayor], para que si no le concluyese entrase después Hermogenes, como maestro

y más perito en la ciencia mágica. Propuso Fileto sus argumentos sofisticados y falsos y el Sagrado Apóstol se los desvaneció como los rayos del sol destierran las tinieblas, y habló con tanta sabiduría y eficacia que Fileto quedó vencido y reducido a la verdadera fe de Cristo, y desde entonces se hizo defensor del Apóstol y de su doctrina. Pero temiendo a su maestro Hermogenes, pidió a Santiago [Mayor] le defendiese de él y de sus artes diabólicas, con que le perseguiría para destruirle. Y el Santo Apóstol dio a Fileto un paño o lienzo que de mano de María santísima había recibido y con aquella reliquia se defendió el nuevo convertido de los maleficios de Hermogenes por algunos días, hasta que el mismo Hermogenes llegó a la disputa con el Apóstol.

394. No pudo Hermógenes excusarse, aunque temía a Santiago, porque estaba empeñado con los judíos para disputar con él y convencerle, y así procuró esforzar sus errores con mayores argumentos que su discípulo Fileto. Pero todo este conato fue en vano contra el poder y la sabiduría del cielo, que en el Sagrado Apóstol era como una impetuosa corriente. Anegó a Hermógenes y le obligó a confesar la fe de Cristo y sus misterios, como lo había hecho su discípulo Fileto, y entrambos creyeron la santa fe y doctrina que predicaba Jacobo [Santiago Mayor]. Los demonios se irritaron contra Hermógenes y con el imperio que sobre él habían tenido le maltrataron por su conversión; y como tuvo noticia que Fileto se había defendido de ellos con la reliquia o lienzo que el Santo Apóstol le había dado, le pidió también el mismo favor contra los enemigos, y Santiago [Mayor] dio a Hermógenes el báculo que traía en su peregrinación, y con él ahuyentó a los demonios para que no le afligiesen ni llegasen a él.

395. A estas conversiones y a las demás que hizo Santiago [Mayor] en Jerusalén, ayudaron las oraciones,

lágrimas y suspiros que la gran Reina del cielo ofrecía desde su oratorio en Efeso, donde, como en otras partes queda dicho (Cf. supra n. 80, 158, 324, 380, etc.), conocía por visión todo lo que obraban los Apóstoles y fieles de la Iglesia, y de su amado Apóstol tenía particular cuidado, por estar más vecino al martirio. Hermógenes y Fileto perseveraron algún tiempo en la fe de Cristo, pero después desfallecieron y la perdieron en el Asia, como consta en la epístola segunda a Timoteo, donde el Apóstol le avisa cómo se habían apartado de él Figelo o Fileto y Hermógenes. Y aunque la semilla de la fe nació en aquellos corazones, pero no hizo raíces para resistir a las tentaciones del demonio, a quien largo tiempo habían servido y tratado con familiaridad, y siempre se quedaron en ellos las reliquias malas y perversas raíces de los vicios que volvieron a prevalecer, derribándolos del estado de la fe que habían recibido.

396. Pero cuando los judíos vieron frustrada su vana confianza, por hallarse convencidos y convertidos a Hermógenes y Fileto, concibieron nueva indignación contra el Apóstol Santiago y determinaron acabar con él dándole la muerte que le deseaban. Para esto solicitaron con dinero a Demócrito y Lisias, centuriones de la milicia de los romanos, y concertaron con ellos en secreto que prendiesen al Apóstol con la gente que tenían a su cuenta y que para disimular la traición fingirían un alboroto o pendencia en uno de los días y lugares que predicase y entonces le entregarían en sus manos. La ejecución de esta maldad quedó a cargo de Abiatar, que era sumo sacerdote en aquel año, y de Josías, otro escriba del mismo espíritu que el sacerdote. Y como lo pensaron, así lo ejecutaron. Porque estando Santiago [Mayor] predicando al pueblo el misterio de la Redención humana y probándole con admirable sabiduría y testimonios de las antiguas Escrituras, el auditorio se conmovió a lágrimas de compunción. Y el sumo sacerdote

y escriba se encendieron en furor diabólico y, dando la señal a la gente romana, envió el primero a Josías y prendió a Santiago, echándole una soga al cuello, y proclamándole por inquietador de la república y autor de nueva religión contra el imperio romano.

397. Con esta ocasión llegaron Demócrito y Lisias con su gente y prendieron al Apóstol y le llevaron a Herodes, hijo de Arquelao, que también estaba prevenido, en lo cauteloso con la astucia de Lucifer y en lo exterior con la odio de los judíos. Incitado Herodes de todos estos estímulos, había movido contra los discípulos del Señor, a quien aborrecía, la persecución que San Lucas dice en el capítulo 12 de los Hechos apostólicos (Act 12, 1), enviando tropas de soldados para afligirlos y prenderlos, y luego mandó degollar a Santiago [Mayor], como los judíos se lo pedían. Fue increíble el gozo de nuestro grande Apóstol viéndose prender y atar a la semejanza de su Maestro y que se le llegaba el plazo tan deseado de pasar de esta vida mortal a la eterna por medio del martirio, como la Reina del cielo se lo había dicho y prevenido (Cf. supra n.385). Hizo humildes y fervorosos actos de agradecimiento por este beneficio y públicamente confesó de nuevo y protestó la santa fe de Cristo nuestro Señor. Y acordándose de la petición que había hecho en Efeso (Cf. supra n. 384), de que le asistiese en su muerte, la invocó y llamó de lo íntimo de su alma.

398. Oyó María santísima desde su oratorio estas peticiones de su amado Apóstol y sobrino, como quien estaba atenta a todo lo que pasaba por él, y con eficaz oración le acompañaba y favorecía. Y estando en ella vio la gran Señora que descendía del cielo gran multitud de Ángeles y espíritus supremos de todas las jerarquías, y parte de ellos se encaminó a Jerusalén y rodearon al Santo Apóstol cuando lo sacaban al lugar del suplicio.

Otros Ángeles fueron a Efeso donde la Reina estaba, y uno de los supremos la dijo: Emperatriz de las alturas y Señora nuestra, el altísimo Dios y Señor de los ejércitos dice que luego vayáis a Jerusalén para consolar a su gran siervo Jacobo [Santiago el Mayor], asistirle en su muerte y correspondáis a sus deseos santos y piadosos.— Este favor admitió María santísima con gran júbilo y agradecimiento, y alabó al Muy Alto por la protección con que defiende y ampara a los que fían en su misericordia infinita y viven debajo de su protección. En el ínterin que pasaba esto, era llevado el Apóstol al martirio, y en el camino hizo muchos milagros en todos los enfermos de varias enfermedades y dolencias y en algunos endemoniados, porque a todos los dejó sanos y libres. Y como corrió la voz de que Herodes le mandaba degollar, acudieron muchos necesitados a buscar su remedio antes que les faltase el común medio de su consuelo.

399. Al mismo tiempo los Santos Ángeles recibieron a su gran Reina y Señora en un trono refulgentísimo, como en otras ocasiones he dicho (Cf. supra n. 165, 193, 325, 349), y la llevaron a Jerusalén al lugar donde llegaba Santiago [Mayor] para ser justiciado. Puso las rodillas en tierra el Santo Apóstol para ofrecer a Dios el sacrificio de su vida, y cuando levantó los ojos al cielo vio en el aire y en su presencia a la Reina de los mismos cielos, a quien estaba invocando en su corazón. Viola vestida de divinos resplandores y con grande hermosura, acompañada de la multitud de Ángeles que la asistían. Y con este divino espectáculo fue todo inflamado en ardores de nuevo júbilo y caridad, con cuyo ímpetu se movió todo el corazón y potencias de Jacobo [Santiago el Mayor]. Y quiso dar voces aclamando a María santísima por Madre del mismo Dios y Señora de todas las criaturas, pero uno de los espíritus soberanos le detuvo en aquel fervor y le dijo: Jacobo [Santiago el Mayor], siervo de nuestro

Criador, tened en vuestro pecho estos preciosos afectos y no manifestéis a los judíos la presencia y favor de nuestra Reina, porque no son dignos ni capaces de entenderlo y antes le cobrarán odio que reverencia.— Con este aviso se reprimió el Apóstol y en silencio, moviendo los labios, habló a la divina Reina y la dijo:

400. Madre de mi Señor Jesucristo, Señora y amparo mío, consuelo de los afligidos, refugio de los necesitados, dadme, Señora, vuestra bendición tan deseada de mi alma en esta hora. Ofreced por mí a Vuestro Hijo y Redentor del mundo el sacrificio de mi vida en holocausto, encendido en el deseo de morir por la gloria de su santo nombre. Sean hoy vuestras manos purísimas y candidísimas el ara de mi sacrificio, para que le reciba aceptable el que por mí se ofreció en la Santa Cruz. En Vuestras manos, y por ellas en las de mi Criador, encomiendo mi espíritu.—Dichas estas palabras y siempre los ojos del Santo Apóstol levantados a María santísima, que le hablaba al corazón, le degolló el verdugo. Y la gran Señora y Reina del mundo —¡oh admirable dignación!— recibió el alma de su amantísimo Apóstol a su lado en el trono donde estaba y así la llevó al cielo empíreo y se la presentó a su Hijo santísimo. Entró María santísima en la corte celestial con esta nueva ofrenda, causando a todos los moradores del cielo nuevo júbilo y gloria accidental, y todos la dieron la enhorabuena con nuevos cánticos y loores. El Altísimo recibió el alma de Jacobo [Santiago el Mayor] y la colocó en lugar eminente de gloria entre los príncipes de su pueblo, y María santísima, postrada ante el trono de la infinita Majestad, hizo un cántico de alabanza, de hacimiento de gracias por el martirio y triunfo del primer Apóstol Mártir. No vio en esta ocasión la gran Señora a la divinidad con visión intuitiva, sino con la abstractiva que otras veces he dicho. Pero la Beatísima Trinidad la llenó de nuevas bendiciones y favores para sí y para la Santa

Iglesia, por quien hizo grandes peticiones; bendijéronla también todos los santos y con esto la volvieron los ángeles a su oratorio en Efeso, donde, en el ínterin que sucedió todo esto, estuvo un Ángel representando su persona, y en llegando la divina Madre de las virtudes se postró en tierra como acostumbraba (Cf. supra n. 388), dando gracias de nuevo al Altísimo por todo lo referido.

401. Los discípulos de Santiago [Mayor] aquella noche recogieron su santo cuerpo y ocultamente le llevaron al puerto de Jope, donde por disposición divina se embarcaron con él y le trajeron a Galicia en España. Y esta Señora divina les envió un Ángel que los guiase y encaminase a donde era la voluntad de Dios que desembarcase. Y aunque ellos no vieron al Santo Ángel, pero experimentaron el favor, porque los defendió en todo el viaje, y muchas veces milagrosamente. De manera que también debe España a María santísima el tesoro del cuerpo sagrado de Santiago [el Mayor], que posee para su protección y defensa, como en su vida le tuvo para enseñanza y principio de la santa fe que tan arraigada dejó en los corazones de los españoles. Murió Santiago [Mayor] el año del Señor de cuarenta y uno, a veinte y cinco de marzo, cinco años y siete meses después que salió de Jerusalén para venir a predicar a España. Y conforme a este cómputo y los que arriba he declarado (Cf. supra n. 198, 376), fue el martirio de Santiago siete años cumplidos después de la muerte de Cristo nuestro Salvador.

402. Y que su martirio fuese por fin de marzo, consta del capítulo 12 de los Hechos apostólicos, donde San Lucas dice (Act 12, 3-1) que por el gusto que tuvieron los judíos de la muerte de Santiago, encarceló Herodes a San Pedro con intento de degollarle como a Santiago en pasando la Pascua, que era la del Cordero y de los Ázimos que celebraban los judíos a los catorce de la luna

de marzo. De este lugar parece que la prisión de San Pedro fue en esta Pascua o muy cerca de ella, y que la muerte de Santiago [Mayor] había precedido pocos días antes; y aquel año de cuarenta y uno, los catorce de la luna de marzo concurren con los últimos días de este mes, según el cómputo solar de los años y meses que nosotros guardamos. Y según esto la muerte de Santiago [Mayor] sucedió a los veinte y cinco, antes de los catorce de la luna, y luego la prisión de San Pedro y la Pascua de los judíos. Pero la Iglesia Santa no celebra el martirio de Santiago [Mayor] en su día, porque ocurre con la Encarnación y de ordinario con los misterios de la pasión, y se trasladó a veinte y cinco de julio, que fue el día en que se trasladó en España el cuerpo del Santo Apóstol.

403. Con la muerte de Santiago [Mayor] y con la presteza con que se la dio Herodes, se alentó más la crueldad de los judíos, pareciéndoles que en la sevicia del inicuo rey tenían puesto instrumento de su venganza contra los seguidores de Cristo nuestro Señor. El mismo juicio hizo Lucifer y sus demonios. Ellos con sugerencias, los judíos con ruegos y lisonjas le persuadieron que mandase prender a San Pedro, como de hecho lo hizo en gracia de los judíos, a quienes deseaba tener contentos por sus fines temporales. Los demonios temían grandemente al Vicario de Cristo por la virtud que contra sí mismos sentían en él, y así apresuraron ocultamente su prisión. Tuvieron en ella a San Pedro muy bien amarrado con cadenas para justiciarle pasada la Pascua. Y aunque el invicto corazón del Apóstol estaba sin cuidado y con la misma quietud que si estuviera libre, pero todo el cuerpo de la Iglesia que estaba en Jerusalén le tenía grande cuidado, y se afligieron sumamente todos los discípulos y fieles, sabiendo que determinaba Herodes justiciarle sin dilación. Con esta aflicción multiplicaron las oraciones y peticiones al Señor para que guardase a su Vicario y cabeza de la Iglesia, con cuya muerte le amenazaba

gran ruina y tribulación. Invocaron también el amparo y poderosa intercesión de María santísima, en quien y por quien todos esperaban el remedio.

404. No se le ocultaba este aprieto de la Iglesia a la divina Madre, aunque estaba en Efeso, porque desde allí miraban sus ojos clementísimos todo cuanto pasaba en Jerusalén por la visión clarísima que de todo tenía. Al mismo tiempo acrecentaba la piadosa Madre sus ruegos con suspiros, postraciones y lágrimas de sangre, pidiendo la libertad de San Pedro y la defensa de la Santa Iglesia. Esta oración de María santísima penetró los cielos hasta herir el corazón de su Hijo Jesús nuestro Salvador. Y para responderle a ella, descendió Su Majestad en persona al oratorio de su casa, donde estaba postrada en tierra y pegado su virginal rostro con el polvo. Entró el soberano Rey a su presencia y levantándola del suelo la habló con caricia, diciendo: Madre mía, moderad vuestro dolor y decid todo lo que pedís, que os lo concederé y hallaréis gracia en mis ojos para conseguirlo.

405. Con la presencia y caricia del Señor recibió la divina Madre nuevo aliento, consuelo y alegría, porque los trabajos de la Iglesia eran el instrumento de su martirio, y el ver a San Pedro en la cárcel y condenado a muerte la afligió más que se puede ponderar, y la consideración de lo que de esto pudiera suceder a la primitiva Iglesia. Renovó sus peticiones en presencia de Cristo nuestro Redentor y dijo: Señor Dios verdadero e Hijo mío, vos sabéis la tribulación de Vuestra Santa Iglesia, y sus clamores llegan a Vuestros oídos y penetran lo íntimo de mi afligido corazón. A su Pastor y Vuestro Vicario quieren quitar la vida, y si Vos, Dueño mío, lo permitís ahora, disiparán a Vuestra pequeña grey y los lobos infernales triunfarán de Vuestro nombre, como lo desean. Ea, Señor mío y mi Dios, y vida de mi alma, para que yo viva, mandad con imperio al mar y a la

tormenta y luego sosegarán los vientos y las olas que combaten esta navecilla. Defended a Vuestro Vicario y queden confusos Vuestros enemigos. Y si fuere Vuestra gloria y voluntad, conviértanse las tribulaciones contra mí, que yo padeceré por Vuestros hijos y fieles, y pelearé con los enemigos invisibles, ayudándome Vuestra diestra por defensa de Vuestra Iglesia.

406. Respondió su Hijo santísimo: Madre mía, con la virtud y potestad que de mí habéis recibido quiero que obréis a Vuestra voluntad. Haced y deshaced todo lo que a mi Iglesia conviene. Y advertid que contra Vos se convertirá todo el furor de los demonios.—Agradeció de nuevo este favor la prudentísima Madre, y ofreciéndose a pelear las guerras del Señor por los hijos de la Iglesia, habló de esta manera: Altísimo Señor mío, esperanza y vida de mi alma, preparado está mi corazón y el ánimo de Vuestra sierva para trabajar por las almas que costaron Vuestra sangre y vida. Y aunque soy polvo inútil, Vos sois de infinita sabiduría y poder, y asistiéndome Vuestro divino favor no temo al infernal dragón. Y pues en Vuestro nombre queréis que yo disponga y obre lo que a Vuestra Iglesia conviene, yo mando luego a Lucifer y a todos sus ministros de maldad, que turban a la Iglesia en Jerusalén, desciendan todos al profundo y que allí enmudezcan mientras no les diere permiso Vuestra divina Providencia para salir a la tierra.—Esta voz de la gran Reina del mundo fue tan eficaz, que al punto que la pronunció en Efeso, cayeron los demonios que estaban en Jerusalén, descendiendo todos a lo profundo de las cavernas eternas, sin poderse resistir a la virtud divina que obraba por medio de María santísima.

407. Conoció Lucifer y sus ministros que aquel azote era de la mano de nuestra Reina, a quien ellos llamaban su enemiga, porque no se atrevían a nombrarla por su nombre, y estuvieron en el infierno confusos y aterrados

en esta ocasión, como en otras que dejó dicho (Cf. supra n. 298, 325 etc.), hasta que se les permitió levantarse para hacer guerra a la misma Señora, como se declara adelante (Cf. infra n. 451ss.); y en este tiempo estuvieron consultando de nuevo los medios que para esto pudieran elegir. Conseguido este triunfo contra el demonio para continuarle contra Herodes y los judíos, dijo María santísima a Cristo nuestro Salvador: Ahora, Hijo y Señor mío, si es voluntad Vuestra, irá uno de Vuestros Santos Ángeles a sacar de las prisiones a vuestro siervo Pedro.— Aprobó Cristo nuestro Señor la determinación de su Madre Virgen, y por la voluntad de entrambos, como de supremos reyes, fue uno de los espíritus soberanos que allí estaban a poner en libertad al Apóstol San Pedro y sacarle de la cárcel de Jerusalén.

408. Ejecutó el Ángel este mandato con gran presteza, y llegando a la cárcel halló a San Pedro amarrado con dos cadenas y entre dos soldados que le guardaban, a más de los otros que estaban a la puerta de la cárcel como en cuerpo de guardia. Era esto pasada ya la Pascua y la noche antes que se había de ejecutar la sentencia de muerte a que estaba condenado, pero se hallaba el Apóstol tan sin cuidado, que él y las guardas dormían a sueño suelto sin diferencia. Llegó el Ángel y fue necesario le diese un golpe a San Pedro para despertarle y, estando casi soñoliento, le dijo el Ángel: Levantaos aprisa, ceñios y calzaos, tomad la capa y seguidme.— Hallóse San Pedro libre de las cadenas, y sin entender lo que le sucedía siguió al Ángel, ignorando qué visión era aquella. Y habiéndole sacado por algunas calles, le dijo cómo el Dios omnipotente le había librado de las prisiones por intercesión de su Madre santísima y con esto desapareció el Ángel. Y San Pedro volviendo sobre sí, conoció el misterio y el beneficio y dio gracias por él al Señor.

409. Parecióle a San Pedro era bien ponerse en salvo, dando cuenta primero a los discípulos y a Jacobo el Menor, para hacerlo con consejo de todos. Y apresurando el paso se fue a la casa de María, madre de Juan, que también se llama Marcos. Esta era la casa del cenáculo donde estaban juntos y afligidos muchos discípulos. Llamó San Pedro a la puerta y una criada de casa, que se llamaba Rode, bajó a escuchar quién llamaba, y como conociese la voz de San Pedro, dejándosele a la puerta, creyeron que era locura de la criada, pero ella porfiaba que era Pedro, y como estaban tan desimaginados de su libertad, pensaron si sería su ángel. Entre estas demandas y respuestas se tenía a San Pedro en la calle y él llamaba a la puerta, hasta que le abrieron y conocieron con increíble gozo y alegría de ver libre al Santo Apóstol y Cabeza de la Iglesia de los trabajos de la cárcel y de la muerte. Dioles cuenta de todo el suceso, cómo le había pasado con el Ángel, para que avisasen a Jacobo el Menor y a los demás hermanos, y todo con gran secreto. Y previniendo que luego Herodes le buscaría con toda diligencia, determinaron que se saliese aquella noche de la casa y se fuese y se ausentase de Jerusalén, para que no volviesen a prenderle. Huyó San Pedro, y Herodes, cuando le echó menos y no le halló, hizo castigar a las guardas y se enfureció contra los discípulos, aunque por su soberbia e impío proceder le atajó Dios los pasos, como diré en el capítulo siguiente, castigándole severamente.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles María santísima.

410. Hija mía, con la ocasión de los efectos que te ha hecho el singular favor que recibió de mi piedad mi siervo Jacobo [Santiago el Mayor] en su muerte, quiero ahora declararte un privilegio que me confirmó el Altísimo, cuando llevé el alma de su Apóstol a presentársela en el

Cielo. Y aunque otras veces he declarado algo de este secreto, ahora le entenderás mejor, para que verdaderamente seas mi hija y mi devota. Cuando llevé al Cielo la feliz alma de Jacobo [Santiago el Mayor], me habló el Eterno Padre y me dijo, conociéndolo todos los bienaventurados: Hija y paloma mía, escogida para mi agrado entre todas las criaturas, entiendan mis cortesanos, ángeles y santos, que te doy mi real palabra en exaltación de mi nombre, gloria tuya y beneficio de los mortales, que si en la hora de su muerte te invocaren y llamaren con afecto de corazón, a imitación de mi siervo Jacobo [Santiago el Mayor], y solicitaren tu intercesión para conmigo, inclinaré a ellos mi clemencia y los miraré con ojos de piadoso Padre, los defenderé y guardaré de los peligros de aquella última hora, apartaré de su presencia los crueles enemigos que se desvelan en aquel trance porque perezcan las almas, a las cuales daré por ti grandes auxilios para que los resistan y se pongan en mi gracia si de su parte se ayudaren, y tú me presentarás sus almas, y recibirán el premio aventajado de mi liberal mano.

411. Por este privilegio hizo gracias y cántico de alabanzas al Muy Alto toda la Iglesia triunfante, y yo con ella. Y aunque los Ángeles tienen por oficio presentar las almas en el tribunal del justo juez cuando salen del cautiverio de la vida mortal, a mí se me concedió este privilegio en más alto modo que los demás que ha concedido el Omnipotente a todas las criaturas, porque yo los tengo con otro título y en grado particular y eminente; y muchas veces uso de estos dones y privilegios, y lo hice con algunos de los Apóstoles. Y porque te veo deseosa de saber cómo alcanzarás de mí este favor tan deseable para todas las almas, respondo a tu piadoso afecto, que procures no desmerecerle por ingratitud ni olvido; y en primer lugar le granjearás con la pureza inviolada, que es lo que más deseo de ti y las

demás almas, porque el amor grande que debo y tengo a Dios me obliga a desear de todas las criaturas, con íntima caridad y afecto, que todas guarden su ley santa y ninguna pierda su amistad y gracia. Esto es lo que debes anteponer a la vida, y primero morir que pecar contra tu Dios y sumo bien.

412. Luego quiero que me obedezcas, ejecutes mi doctrina y trabajes con todo conato por imitar lo que de mí conoces y escribes, y que no hagas intervalo en el amor, ni olvides un punto el cordial afecto a que te obligó la liberal misericordia del Señor; que seas agradecida a lo que le debes, y a mí, que es más de lo que en la vida mortal puedes alcanzar. Sé fiel en la correspondencia, fervorosa en la devoción, pronta en obrar lo más alto y perfecto; dilata el corazón y no le estreches con pusilanimidad, como el demonio lo pretende de ti; extiende las manos a cosas fuertes y arduas (Prov 31, 19), con la confianza que debes en el Señor; no te oprimas ni desfallezcas en las adversidades, ni impidas la voluntad de Dios en ti, ni los altísimos fines de su gloria; ten viva fe y esperanza en los mayores aprietos y tentaciones. Para todo esto te ayudarás del ejemplo de mis siervos Jacobo [Santiago el Mayor] y Pedro, y del conocimiento y ciencia que te he dado de la seguridad felicísima con que están los que viven debajo de la protección del Altísimo. Con esta confianza y con mi devoción alcanzó Jacobo [Santiago el Mayor] el singular favor que yo le hice en su martirio y venció inmensos trabajos para llegar a él. Y con esta misma estaba Pedro tan sosegado y quieto en las prisiones, sin perder la serenidad de su interior, y al mismo tiempo mereció que mi Hijo santísimo y yo tuviésemos tanto cuidado de su remedio y libertad. Estos favores desmerecen los mundanos hijos de las tinieblas, porque toda su confianza está puesta en lo visible y en su astucia diabólica y terrena. Levanta tu corazón, hija mía, y sacúdele de estos engaños, aspira a lo más puro y

santo, que contigo estará el brazo todopoderoso que obró en mí tantas maravillas.

CAPITULO 3

Lo que sucedió a María santísima sobre la muerte y castigo de Herodes, predica San Juan en Efeso sucediendo muchos milagros, levántase Lucifer para hacer guerra a la Reina del cielo.

413. En el corazón de la criatura racional hace el amor algunos efectos semejantes a la gravedad en la piedra. Esta se inclina y mueve a donde la lleva su mismo peso, que es el centro, y el amor es peso del corazón que le lleva a su centro, que es lo que ama; y si alguna vez por necesidad o inadvertencia mira otra cosa, queda el amor tan presto e inclinado, que como resorte le hace volver luego a su objeto. Este peso o imperio del amor parece quita en algún modo la libertad del corazón, en cuanto le sujeta y hace siervo de lo que ama, para que mientras vive el amor, no mande la voluntad otra cosa contra lo que él apetece y ordena. De aquí nace la felicidad o desdicha de la criatura en hacer malo o bueno el empleo de su amor, pues hace dueño de sí mismo a lo que ama; y si este dueño es malo y vil le tiraniza y envilece, y si es bueno la ennoblece y hace muy dichosa, y tanto más cuanto es más noble y excelente el bien que ama. Con esta filosofía quisiera yo declarar algo de lo que se me ha manifestado del estado en que vivía María santísima, habiendo crecido en él desde el instante de su concepción sin intervalo ni mengua, hasta que llegó a ser comprensora permanente en la visión beatífica.

414. Todo el amor santo de los Ángeles y de los hombres recopilado en uno, era menor que solo el de María santísima; y si de todos los demás hiciéramos un compuesto, claro está que resultara un incendio de un

todo que sin ser infinito nos lo pareciera, por el exceso que tuviera a nuestra capacidad; y si la caridad de nuestra gran Reina excedía todo esto, sola la sabiduría infinita pudo tomar a peso el amor de esta criatura y el peso con que la tenía poseída, inclinada y ordenada a su divinidad. Pero nosotros entenderemos que en aquel corazón castísimo, purísimo y tan inflamado no había otro dominio, otro imperio, otro movimiento ni otra libertad más de para amar sumamente al infinito bien; y esto en grado tan inmenso para nuestra corta capacidad, que más podemos creerlo que entenderlo y confesarlo que penetrarlo. Esta caridad que poseía el corazón de María purísima solicitaba y movía en él a un mismo tiempo ardentísimos deseos de ver la cara del sumo bien que tenía ausente y socorrer a la Santa Iglesia que tenía presente. Y en las ansias de estas dos causas se enardecía toda, pero de tal manera gobernaba estos dos afectos con su mucha sabiduría, que no se encontraban en ella, ni se negaba toda al uno por entregarse toda al otro, antes bien se daba toda a entrambos, con admiración de los santos y plenitud de complacencia del santo de los santos.

>>sigue parte 20>>